



UNIVERSIDAD SALESIANA

ESCUELA DE PSICOLOGÍA

INCORPORADA A LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

**“LAS TÉCNICAS ESCÉNICAS COMO COADYUVANTES EN LA
REESTRUCTURACIÓN IMAGINARIA PARA EL ACCESO A LO SIMBÓLICO
EN LA CLÍNICA PSICOANALÍTICA DE LAS NEUROSIS Y PSICOSIS
INFANTILES”**

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADA EN PSICOLOGÍA

P R E S E N T A :

STEPHANIE GOMEZ MORENO

DIRECTORA DE TESIS: MTRA. MARÍA DE JESÚS ABREGO GONZÁLEZ.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

DEDICATORIAS

De aquel deseo distorsionado atrapo el amor que tenía para ti en esquinas cansadas de recibir lo más turbio de tu ser. No creo en el perdón, creo en la comprensión y la gratitud; en la resignificación.

A los seres que con lenguaje me construyen, cuya ausencia constituyen mi esencia.

Ahora mis palabras se convierten en vida...

Madre, que con el lenguaje transformas...

Padre, que con tu presencia me bordas...

Papá y Mamá: Hoy y siempre quiero agradecer la dicha que me ha dado la vida por tener a un par de seres humanos llenos de errores, conflictos y complejos; porque han hecho de mi gran parte del humano que hoy soy.

Mamá: Eres sin duda la persona que puede cambiar las cosas con un lenguaje basto de amor, con tu abrazo cálido todo parece tener sentido. Nunca olvidaré el momento que con tus palabras pudiste crear una atmósfera de soporte y confort que logró conciliar mi sueño.

Papá: Gracias por regalarme la filosofía tan bella y profunda que tienes respecto a la vida, eres mi punto de referencia para ser una persona fuerte, valiente y sensible. Porque con una sonrisa das frente a cualquier cosa. Te amo.

Gracias por cada desvelo y cada palabra llena de soporte que me estructuró en todo momento, por los regaños y las risas interminables, por compartir conmigo lo que son y enseñarme que el esfuerzo, la dedicación y la constancia son elementos importantes para cumplir metas. Agradezco infinitamente todo aquello que pudieron darme para poder alcanzar mis sueños, LOS AMO.

A mis hermanos: Carolina, por no descansar ante la luz del tormento de mi ser y el flujo de mis ideas. Por la belleza de tu ser y tu palabra llena de soporte. Por tolerar cada sinsentido de mis pensamientos depresivos, por abrazarme con tu mirada y endulzar mi paladar con el solo acto de tu escucha. Por ser mi primera enemiga y mi

última amiga. Gracias por tu apatía constante y tu inconformidad ya que son elementos importante de movimiento. Te amo tanto.

Gracias a Dulce por tan magnífico aprendizaje de perdón que me regalas, por alimentarme con tu sonrisa, por ser incondicional en todo momento, sin duda eres el ejemplo más bonito que tengo de perfección en la vida. David gracias por saberte sensible y abrir tus más profundos sentimientos conmigo, por mostrarme la sensibilidad que se impregna en la vida cuando tu mirada está puesta allí donde casi nadie mira. Hermanos porque al abrir sus ojitos mi vida tomo un rumbo distinto. Su amor incondicional reaviva la esperanza en mí.

Al universo, al inconsciente, a la coincidencia, al azar, al infinito, a las aves, a las estrellas, a los árboles, a la incertidumbre, a la angustia, al sonido, al corazón, al agua, al sentido común, a los agujeros negros, a la energía, a los complejos, a las frustraciones, a los astronautas, a las piedras, al superyó, a las nebulosas, al ello, a la mirada, al yo, a los objetos transicionales, al aire, a la vida misma... por colocarme en el momento justo, preciso para ser encontrada por tan puntual mirada, misma que atrapa y libera. Por tan maravilloso reencuentro con mi compañero de vida y pareja: Edgar. Solo resta decirte: Gracias por todo. Te Amo.

A Rocío por ser pilar fundamental de escucha, soporte y sólida amistad.

A mi analista, profesora y directora de proyecto María de Jesús Abrego, gracias por darme estructura y acompañarme en tan difícil proceso.

A mis estimados ex alumnos, niños preescolares, por darme la mejor lección de vida y aprendizaje; gracias infinitas a Dante, Leonardo y Eduardo.

La inocencia no se esconde de las luces.

**“LAS TÉCNICAS ESCÉNICAS COMO COADYUVANTES EN LA
REESTRUCTURACIÓN IMAGINARIA PARA EL ACCESO A LO SIMBÓLICO EN
LA CLÍNICA PSICOANALÍTICA DE LAS NEUROSIS Y PSICOSIS INFANTILES”**

INDICE

RESUMEN.....	1
INTRODUCCION.....	4
CAPITULO 1	
El deseo materno en las neurosis y psicosis infantiles desde el psicoanálisis.....	9
CAPITULO 2	
El niño como síntoma de los padres desde la clínica psicoanalítica.....	50
CAPITULO 3	
Análisis y comparación de algunas técnicas escénicas en la psicoterapia infantil.....	109
CAPITULO 4	
La puesta en escena del yo simbólico en las neurosis y psicosis infantiles en el tratamiento psicoanalítico.....	144
CAPITULO 5	
Actuar es sembrar.....	192
CONCLUSIONES.....	224
REFERENCIAS.....	232

RESUMEN

Lacan establece la cuestión de las neurosis y las psicosis (con sus debidas diferencias) como un problema de la entrada de lo simbólico (Ley Nombre-del-Padre) sobre el registro imaginario. Esto quiere decir, que la estructura psíquica bajo la cual se va construyendo el niño –neurosis, psicosis o bien perversión- procede de una dinámica anterior, aquella que se da en un juego entre estructuras psíquicas de ambas personas que lleven a cabo las funciones parentales, pero en especial de aquella que hace función materna. Es por ello que también parte fundamental de la investigación, es el estudio de las estructuras que posee la madre, para que el analista pueda dilucidar un poco del discurso que maneja la misma y como es que el síntoma se gesta en el niño. Todo ello con el objetivo de ofrecer una escucha que permita una intervención indicada para cada caso.

Es bajo términos de transferencia como podrá el analista realizar su función, y no solamente ser un tercero que llegue a romper la relación dual; necesario es analizar la manera en que pueda hacerse posible este ingreso a lo simbólico (deseo en el niño) cuando se percibe una falla a nivel imaginario.

Ante ello, la detección oportuna de las estructura parentales, en especial la correspondiente a la función materna misma que ha ocasionado una relación imaginaria particular. Cuya intervención pueda resarcir el daño en el registro imaginario, y así este corte de lo imaginario por lo simbólico pueda realizarse de forma efectiva.

Este y otros planteamientos que derivan de los puntos medulares en mención, trató de abordar la presente tesis, ello contemplando las técnicas escénicas como alternativa optada para la reestructuración del plano imaginario y así realizar una verdadera apuesta de ingreso a lo simbólico por lo simbólico.

Se trabajó una investigación de tipo metodológico, que tuvo como objetivo profundizar alrededor de la sintomatología del niño, que gira en torno a la demanda de cura por parte de los padres, médicos, maestros, etc. al asignar a su hijo en el lugar de enfermo.

Dicha problemática ya ha sido abordada desde distintos puntos de estudio, siendo el campo psicológico de interés, éste no se queda atrás. El estudio permite voltear a mirar

aquellos enfoques bajo los que se mira al niño, así como las formas de intervención para los mismos.

La investigación se orientó a relacionar las técnicas escénicas como auxiliares en la reestructuración imaginaria en niños, con estructuras psíquicas neuróticas o psicóticas dentro de la clínica psicoanalítica; teniendo como objetivo el advenimiento al campo simbólico. Para ello se profundizó en teoría aportada por estudiosos de renombre tales como: Sigmund Freud, Jacques Lacan, Melanie Klein, Antonio Godino Cabas, Maud Mannoni, Juan David Nasio, Esteban Levin, entre otros.

El estudio psicoanalítico será sustento teórico bajo el cual se desarrolló el cuerpo de esta investigación, tomando como técnica de intervención para con el niño, la técnica escénica. Teoría teatral de Héctor Azar, que habrá de compaginar en muchos aspectos con la apuesta psicoanalítica. Propuesta cuyo objetivo es introducir de manera concisa cómo las técnicas escénicas pueden ser herramienta en el ámbito clínico psicoanalítico, para que se logre el advenimiento gradual al campo simbólico, es decir, al deseo propio del niño.

INTRODUCCIÓN

En el presente trabajo se abordó el manejo de las técnicas escénicas como coadyuvantes en la reestructuración imaginaria para acceder al campo simbólico, en la clínica psicoanalítica de las neurosis y las psicosis infantiles.

Delimitando el marco teórico que se trabajó en la investigación, es necesario puntuar que desde el psicoanálisis Lacaniano, se retomaron los tres registros: real, imaginario y simbólico anudados entre sí, para conformar toda base de estructuración psíquica. Cabe aclarar que el enfoque fue dirigido hacia el registro imaginario, pretendiendo con ello abrir paso a lo simbólico (cuya entrada de acceso al deseo).

Existe la imperiosa necesidad de hablar alrededor del deseo, de aquel deseo que se desprende de los padres y será colocado en los hijos. El deseo entendido como el conjunto de miradas, ideales, gestos y escenas que construye el otro, que ocupará el lugar de ese gran Otro, el cual permitirá al sujeto, precisamente sujetarse de éste para que de tal manera la libido colocada en él tenga como función dar un lugar a partir del narcisismo de los padres.

Desde la teoría psicoanalítica, refiriéndonos en específico del marco proporcionado por Jacques Lacan, a partir de los registros que dan soporte y estructuran psíquicamente al sujeto. Es la relación simbiótica que mantiene la madre con el bebé, parte del registro imaginario. La falla imaginaria que se produce a partir de la imposibilidad de entrada de un tercero o lo que se denomina como “Complejo de Intrusión”. Es decir, no se permite el corte de la díada en cierto momento del infans para que posteriormente pueda acceder a su propio deseo. Ante ello lo que queda es representarse en forma de síntoma o enfermedad, modo por el cual el niño se ofrenda hacia sus padres, ante la incapacidad que tienen estos de hablar sobre su propia historia y enfrentarse con ello a una posibilidad de reencuentro con dificultades edípicas y por ende hablar de su propia castración. Generando la demanda de cura hacia el hijo por parte de los mismos.

Aunado a ello, ¿Por qué hubo entonces que trabajar el registro imaginario desde una técnica escénica? El objetivo de la tesis fue: Analizar y determinar si el planteamiento de algunas técnicas escénicas contribuyen dentro de la clínica psicoanalítica de las neurosis y psicosis infantiles, en la reestructuración del registro imaginario, en el advenimiento

del registro simbólico.

Si se parte de una falla en el imaginario de la madre en su relación con el niño habrá que hacer uso de técnicas que le permitan construir, destruir y reconstruir desde el plano imaginario.

Desde la escucha transferencial, se coloca en escena un lenguaje y un juego de imágenes necesarias para el niño, para que entonces resulte un proceso de menor angustia el dar sus primeros pasos hacia el campo simbólico.

Fundamental será el manejo que pueda dar el analista a la técnica escénica como coadyuvante en el tratamiento psicoanalítico, ya que representa una posibilidad transferencial de otorgarle al sujeto una mirada que resulte no ser amenazante; una mirada, un gesto, una puesta en escena, donde el niño pueda verse en distintos espejos, logre ser posicionado en el lugar que le corresponde, en el lugar frente a su deseo; ello a partir del soporte imaginario que se pueda dar bajo la transferencia, donde el analista tendrá la función importante de resarcir este registro. Para que con posterioridad bajo el trabajo simbólico, el niño logre vislumbrar una apertura de una puerta hacia el exterior,

mismo que no se presentará más de forma siniestra, sino que generará que el niño observe que hay del otro lado, saber que ex-iste fuera del cuerpo de la madre e in-siste en el deseo porque es mirado mas no devorado.

Bajo la puesta escénica al exponerse el síntoma del niño, se habla sin lugar a dudas de la problemática parental, la historia y significantes de la función materna se pondrá en juego, generándose así la oportunidad de apertura a la búsqueda de su propio espacio. Entonces la función del analista no será ubicada únicamente en el niño sino también en la escucha de aquello que tiene que decir el padre, siendo que bajo ello y las intervenciones puntuales permitirán abrir paso a una posibilidad donde el padre demande ser analizado.

En el caso del niño, a través de la escucha fina e interpretación que dirija el analista en el momento justo, se reconstruye de manera gradual el campo imaginario para que entonces el sujeto pueda verse en otros espejos, de manera transferencial se pondrá en juego el dotarle al sujeto de la posibilidad de creación de realidades distintas, bajo las leyes de la ficción que se colocarán en el campo escénico. Por ende el aterrador panorama que antes podrá haberse

presentado para el niño se convierte en un medio con mayor posibilidad de cabida para su ser.

Para finalizar, la óptica bajo la cual se apunta a escuchar la técnica escénica es a partir de la teoría psicoanalítica en conjunto con lo que propone Héctor Azar en su teoría alrededor del teatro infantil, el cual se basa en imágenes (dinámica en el registro imaginario), para hablar entonces de una interpretación sin pasar por alto que el teatro es un espacio vital, que en muchas ocasiones desde el enfoque del teatro tradicional se apunta a educar al sujeto otorgando preceptivas y prácticas seudoteatrales que distancian al niño de su realidad emocional haciendo de ellos marionetas huecas, Azar (1982).

El enfoque que tiene la investigación es hacer del teatro como bien lo determina Azar (1982), un vaso comunicante de emociones donde se apunta a dejar que el niño sea en escena, que se permita explorar y ser en otros bajo las leyes ficcionales, sin pasar desapercibida la interpretación del mismo.

CAPITULO 1

“EL DESEO MATERNO EN LAS NEUROSIS Y PSICOSIS INFANTILES DESDE EL PSICOANÁLISIS”.

“Mae viene con unas tijeras, se acerca a la cuna, le corta las alas a su hijo, alas que parecía ser era lo único iluminado en el cuarto. El niño llora, Mae lo carga en sus brazos, esconde las tijeras y le pregunta ¿Por qué lloras?”

Lemis S. Tres tazas de trigo.

¿Cuántas veces se ha escuchado hablar a una madre y/o al padre alrededor de la expectativa sobre el hijo que viene en camino, es más, incluso antes de que exista? Parece ser que los padres como sujetos en su individualidad generan una serie de fantasías y sueños que visualizan en un ser humano que no existe físicamente, pero que evidentemente in-siste en la mente de quien lo desea para que de esta manera pueda concretarse en la existencia biológica. Esto invita a cuestionarse alrededor de aquellas expectativas, sueños, ilusiones y deseos que giraban y que aún rodean a la persona.

Quizás, se pensaría que todo este cúmulo de deseo, no proviene de ningún punto, que ha sido inventado, y si en algo se ha de confirmar es en el supuesto de la invención complementando esto con que dicha invención ha sido a partir del soporte de otra persona. Esa otra persona, el otro, los otros que crean, que inventan una serie de aspiraciones sobre lo inexistente físicamente hablando es aquello que sin lugar a dudas construye al sujeto. Hablando de sujeto en dos sentidos, como persona y como ser humano sujeto a... sujeto a otro. Ese otro, una persona semejante a nosotros que deja parte de sí, fragmentos del mismo que permiten construir y constituir a la persona.

Entonces se habrá de pensar en el sujeto a partir del otro, ese otro que presta mirada para construir, aquel que pone palabras a algo que es desconocido pero tan conocido a la vez; conocimiento que no proviene de ningún otro lado que no sea su propia historia de vida. De esto, es de lo que precisamente se está conformado, de deseo, miradas, palabras, de gestos que provienen de múltiples historias vividas en el otro. Todo ello, que toca el cuerpo y se construye en la mente, a partir de ese otro sujeto deseante (o no deseante) se conforma el propio sujeto.

El otro deseando continuamente tantas cosas, de diferentes maneras y en distintos tiempos; deseo de un juguete, de saborear un helado, de crecer e imaginar lo que será cuando sea "grande", de terminar los estudios, de trabajar y ser productivos en lo que se anhela, tener una pareja estable, pensar y conformar una familia, desear un hijo, etc.

El ser humano desea y pasa la mayor parte de la vida realizándose en fantasías y ensoñaciones, pero también sucede que se logre pasar de la fantasía a la realidad.

El cuestionamiento será entonces a partir de encontrar una posible respuesta sobre el por qué desear cierto tipo de cosas y la manera en que se desean.

¿Cómo es que la mujer y el hombre llegan a convertirse en padres? ¿Qué es eso intermedio que sucede y que ayudará a entender el porqué y el cómo es que han llegado a desear ser padres? ¿De dónde proviene este deseo?

El ser humano por naturaleza tiene que cubrir una necesidad primaria: la reproducción, el preservar la especie; por ende si el humano fuese un animal, sería el mero instinto lo que lo conduciría a reproducirse con cualquier animal que fuese o no de su misma especie.

No obstante ¿Cuántas veces se ha escuchado a las personas hablar y complicar su vida por problemas de índole amoroso? ¿Cuántos poetas no escriben sobre algo que el humano ha denominado como amor? ¿Por qué tendría que ser diferente en el humano, si para la ciencia tanto animales como humanos se encuentran en el mismo nivel? La respuesta inmediata seguramente es que el humano goza de conciencia. Conciencia que para ojos psicoanalíticos, podría aproximarse a lo que se denomina el aparato psíquico.

Con ello se da a entender que el concepto otorgado por la ciencia se queda corto e inclusive obsoleto. Siendo el ser humano un mar de complejidad, va más allá explicar el asunto de la reproducción como mera necesidad biológica. Se puede decir que el ser humano no se deja llevar meramente por un instinto como en el caso de los animales, ya que a diferencia de ellos, no va directamente tras el objeto de satisfacción indicada a partir de la anatomía, sino que habrá una desviación de objeto, no por elección sino por procesos inconscientes, que de manera breve se explica a partir de cómo es que el ser humano pierde el objeto a tal grado que nunca más volverá a encontrarse con el mismo desde un plano real, sino que habrá de ser desde lo simbólico. Una vez que el sujeto entra al campo del lenguaje

es la palabra lo que aleja cada vez más el objeto de satisfacción, a diferencia de lo que sucede en el animal, que sin más preámbulos y complicaciones se dirige hacia el objeto y sacia su necesidad. No se habla entonces de una desviación, Lacan (1956-1957)

Se habla no solo de un deseo por tener un hijo, va más allá. Existe un deseo de ser algo que solamente conocen a partir de la historia en cuanto a la relación directa con aquellos que representaron las funciones parentales, un deseo de ocupar ese lugar y llevar a cabo una función que más que ser de tipo biológico (madre y padre), es más bien de orden simbólico. Y se habla de simbólico porque el ser humano está construido por signos y símbolos, es decir por lenguaje, que construye y constituye más que aquello que lo que pueda indicar el orden biológico.

Como sucede en el caso de Víctor el niño del Aveyron (1770), donde el Dr. Itard decide llevarlo a casa para enseñarle todo lo que para su edad él ya tendría supuestamente que saber. Es increíble observar cómo el niño no tiene un progreso notable hasta que hace aparición la ama de llaves quien se encarga de dotarle algo que el doctor no pudo darle, y que va más allá de la necesidad de implementación de

conductas, y que es respecto al soporte simbólico que otorga la función materna en la cual se coloca la ama de llaves lo que apoya al niño a deslizar sus primeras palabras.

Entonces si se habla de que un sujeto que desea: sujeto deseante, logra llegar al punto de desear un hijo, y que todo ello refiere como causa su propia historia de vida, basado en aquellos que son sus padres, y ellos encontrándose en el lugar de hijos; será entonces imprescindible hablar de los padres de aquellos que ahora desean tener un hijo, en especial de la madre. Se enfatizará la función materna, porque aquella persona que lleve a cabo dicha función será primordial en la vida el recién nacido, ya que sin lugar a dudas la madre biológica al llevar al niño dentro de su cuerpo, incluso mucho antes, tiene una carga de deseo que será soporte en la estructuración psíquica del ser humano. Pero antes de profundizar, el cuestionamiento radicara en saber ¿Como una mujer desea ser madre?

Es necesario especificar primeramente que refiere la palabra deseo.

Deseo (Del lat. *Desidium*):

1. Movimiento afectivo hacia algo que se apetece.
2. Acción y efecto de desear.
3. Objeto de deseo.
4. Impulso, excitación venérea.

Real Academia Española. Disponible:
<http://lema.rae.es/drae/srv/search>

Referente a la definición número 4 que habla del deseo como "Impulso, excitación venérea"; tal como si esto remitiera directamente a una condición animal donde todo se resuelve a nivel de la satisfacción de la necesidad. El deseo está muy por delante del campo de la necesidad estará más allá del instinto y por lo tanto solo es perteneciente a los seres humanos, por lo mencionado anteriormente, respecto a los diferentes destinos en la búsqueda de objeto de satisfacción.

Introduciéndose al marco teórico psicoanalítico, el animal a diferencia del ser humano tiene efectivamente un objeto que saciará una necesidad; dicho objeto será siempre el mismo. Por ejemplo: El león como cualquier otro animal tiene la necesidad de preservar su especie para lograr este fin el medio es la reproducción; el objeto sexual hacia el que se dirigirá para cubrir dicha necesidad biológica será una

hembra; ya que como la palabra "biológica" lo define es el león un animal que por naturaleza tiene que aparearse con una leona y no con otro animal, para reproducirse.

Pero lo que sucede con el humano es por completo distinto; ya que este tiene la posibilidad de fijar su mirada en otro objeto que pueda cubrir no solo una necesidad sino algo más que pertenece al orden de lo psíquico.

El sujeto podrá estar diseñado biológicamente para cumplir una función sea el de macho o hembra con el fin de la reproducción y sin embargo elegir un objeto sexual distinto, Godino (1980) para no precisamente cumplir con el cometido biológico que por naturaleza debe venir implícito; sino más bien habrá que plantearlo bajo la óptica del estudio de la psique y cuestionarse sobre aquello que le genera al sujeto o bien que fue aquello que lo condujo a cambiar su objeto de satisfacción sexual. Siendo así que el ser humano puede tener un objeto sexual distinto al que "debe ser" por naturaleza. Se puede pensar en ejemplos tales como el fetichismo, el sadismo, voyerismo, entre otras.

Con dicha explicación se esclarece la incongruencia existente entre esta y la primera definición que otorga la Real

Academia Española: "Movimiento afectivo hacia algo que se apetece" se logra entender como aquellas acciones que parecen provenir de algo interno tal como una emoción, sentimiento y/o pensamiento que generan como resultado una conducta, una respuesta cargada de algo, ese algo que no se especifica, que no se sabe a qué se refiera pero que sin embargo está y conlleva a movilizar todo aquello necesario para obtener lo que se quiere. Ese algo de lo cual se habla pero que permanece como oculto, que quizás pueda encontrarse en donde es complejo hallar algo, puede referir a la psique. El deseo que se encuentra en ese lugar, y que de ninguna manera puede permanecer estático, es eso que mantiene en continuo movimiento al sujeto.

Existen muchas preguntas alrededor del deseo, ya se ha dado una definición bastante común, no obstante para esta investigación con un corte de índole psicológico y en especial desde el ojo psicoanalítico es necesario mencionar cómo es entendido el deseo desde la línea pretendida en este trabajo.

Godino (1980), nos habla del deseo como aquella ligazón que se determina entre dos miembros, en el sujeto deseante y el objeto deseado. Si para que exista deseo en un sujeto es

necesario que otro lo desee -como ya se ha venido manejando con anterioridad- se habla entonces del otro y su importancia. El otro, esa persona que es el semejante. Aquella persona que deseará será punto primordial de partida para el propio deseo y las condiciones del mismo. ¿Qué refiere ello? Que el simple hecho de que otro desee no equivale a que se saldrá bien librado hacia el campo del deseo ya que como en todo, existen fallas. En pocas palabras el ser deseado por el otro no significa que se tenga el camino seguro que conduzca hacia el deseo propio. En un determinado momento si el deseo es excesivo ¿Cómo o de qué manera podrá el niño desear algo? Por ejemplo: Aquellas madres que se encargan de dar todo al bebé con tan solo escuchar un mínimo balbuceo y que con el tiempo se preguntan acerca de por qué el niño no habla, siendo evidente la explicación la cual refiere a que si al niño no le hace falta nada, ¿Por qué tendría que hacer uso del lenguaje para pedir algo?

No pedirá, porque nada le falta; porque se han encargado de saturarle con cosas que a propósito no necesita. En ello probablemente se encuentre una ganancia en relación al silencio, un silencio que proviene de los padres; siendo este el medio para no cuestionarse alrededor de su Edipo y por

ende de la castración. Los padres al no querer saber nada de ello, colocan en su hijo aquello de lo que aún no puede hablarse, siendo el mismo un representante del síntoma de los propios padres, es por ello que no puede acceder a un deseo propio.

Por otra parte, hablar de lo completamente opuesto a lo mencionado anteriormente, una ausencia de deseo y de este modo pensar lo difícil que será para este niño estructurar a partir de la nada, es más sobre la nada se construye nada, no hay soporte, no hay elementos que sirvan para constituir al sujeto, no hay deseo.

No se habla de deseo en términos cuantificables, porque resulta imposible definir cuanto es mucho o poco o cuestionarse sobre cuánto deseo es el suficiente, similar a la pregunta coloquial "¿Cuánto me quieres?" Imposible saberlo. No se refieren números pero sí aproximaciones a partir de la palabra donde en cuanto a deseo se refiere las polaridades: completa ausencia o completa presencia de deseo, habrán de generar consecuencias a nivel psíquico es en esencia psicosis de ausencia (autismo, esquizofrenia) o psicosis de presencia (paranoia, melancolía).

En el primer ejemplo sobre el exceso de deseo refiere una

Psicosis de Presencia, llamada así porque la madre en su función de Otro primordial es una madre persecutoria, la que devora al hijo con su total presencia, lo tiene tan abrochado a ella que no le permite al niño ser. Es el hijo quien en este caso sirve de tapón para una madre cuya estructura es de índole obsesiva, siendo aquellas madres que están pendientes todo el tiempo de que es lo que sucede con su hijo y que es aquello que debería estar viviendo, para que nada se les escape de las manos, para formar a un niño en la perfección, en la "locura de la perfección" o en la "perfecta locura", por ejemplo: si la madre ha leído acerca del desarrollo de su bebé y saben que a los 8 meses el niño debe gatear y su hijo aun no gatea es fundamental para ellas que esto se lleve a cabo, obligando al niño a madurar de acuerdo a criterios científicos, sin ser tomado en cuenta al hijo como persona sino más bien como un objeto, un objeto parcial, una extensión de ella misma, un tapón que cubre en apariencia toda su falta; esto es lo que representa para la madre, más que un sujeto, es un objeto; objeto que va a venir a confirmarle que no le falta. Con todo ello el niño al quedar encerrado, sin escapatoria, en una célula donde la madre pinta un exterior peligroso a conveniencia de que el niño permanezca sujeto a ella, lo único que le restará hacer ante

la imposibilidad a salir y ser y por ende acceder a su propio deseo es encontrar en un tiempo posterior como alternativa el delirio.

Caso contrario en las Psicosis de Ausencia, se habla de la nada, de aquello que en el recién nacido se queda en el órgano y no hay palabra soportada en ningún deseo para dar significado y organización al mismo, por ende no existe construcción, niños con este tipo de psicosis remite a aquellos que son diagnosticados con Autismo.

En cualquiera de los dos casos ¿Qué es lo que conduce a cada mujer a otorgar una total presencia o una completa ausencia? ¿Qué sucede en la madre o que fue aquello que sucedió para que estructure de cierta forma a su hijo: neurosis y psicosis?

Para la madre ¿Qué significado puede tener un hijo? Indudablemente existe un deseo aunque en ocasiones sea lo contrario, la verdadera pregunta radicaría en saber cómo adviene ese deseo de ser madre. Será la maternidad un tema de cuestionamiento y análisis.

La definición de deseo anteriormente planteada, remite sin lugar a dudas a pensar en el otro (en representación de ese Otro), en la presencia de ese otro que nos mira y desea, cuya presencia más que ser meramente física pasa a ser una presencia simbólica. Cuando se habla de la presencia simbólica remite a las imagos parentales, aquellas personas que ocuparon un lugar importante para la resolución de complejos que condujeron no sin sus debidas fallas hacia el deseo, en este caso específico el de ser madre, Evans (2007)

Esto conduce a pensar que finalmente la mujer deseará tener un hijo, Godino (1980), la pregunta en torno a la concepción del deseo será ¿Cuál es el objeto deseado? Pareciera que es el hijo, no obstante es el niño un equivalente de lo que ella considera se le privó: el pene. La envidia del pene, a diferencia de la angustia por la cual pasa el niño ante la castración. No resulta ser un pene de forma literal, sino que más bien refiere al falo, a una cuestión de índole simbólico, donde la niña sabe que algo le falta que debió haber tenido algo. Esto como consecuencia de la resolución edípica y por ende de la castración, siendo la maternidad esa respuesta que le dejó como interrogante el Complejo de Castración.

El Complejo de Castración tiene como salida la sesualidad y la sexualidad como bien lo apunta, Godino (1980), lo cual remite a pensar en la madre desde el lugar de hija que ocupó.

La sesualidad referida a un saber dónde se habla de la gesta del inconsciente, es decir la falta primordial, lo cual conlleva a pensar en lo siguiente: Si falta ¿Que es aquello que como mujer se necesita para cubrir dicha falta?

Tanto la sesualidad y la sexualidad parte de la instauración de los imagos parentales Godino (1980), los cuales parecieran por la simple palabra que tienen relación directa con la imagen, imagen proveniente de los padres, y cómo a manera de espejo ellos otorgan al recién nacido una serie de significantes que quedan símil a una huella en la psique del sujeto, mismo que sabe que aunque los padres no estén presentes o no puedan observarlo o escucharlo de forma literal, sabe de su existencia a nivel psíquico. Una imago que le permitirá la conducción a imaginar aquello que desea, y no simplemente ir tras el objeto de deseo de forma directa. Es así como se confirma nuevamente lo que ya se ha mencionado respecto a la diferencia entre el ser humano y un animal en relación al camino hacia el encuentro con el objeto.

Son las imagos parentales importantes para estudiar lo que se encuentra alrededor de la maternidad, sabiendo que esta es la respuesta a la interrogante de la castración, ¿Cómo sería entonces este Complejo de Castración en la niña antes de llegar a ser una mujer deseante?

Como apunta Nasio (1996), niño y niña pasan este complejo de igual manera, sin embargo existe dos semejanzas:

1. La Universalidad del pene: En donde niño y niña atribuyen un pene a todo ser humano. Esta es la premisa del Complejo de Edipo.
2. La separación de la madre como elemento generador de angustia u odio, al saber que esta castrada. Dentro de esta similitud, existe la diferencia, ya que en el niño la separación genera angustia, la llamada angustia de castración, siendo que en el caso de la niña esta separación estará marcada por el odio.

Tanto niñas como niños, no tienen conocimiento alguno acerca del sexo de quienes le rodean, a simple vista lo que tienen, es algo y ese algo, se convierte en un primer momento, en el caso particular de la niña, su clítoris es su

pene. Con el paso del tiempo, y la interacción entre los mismos, se percatará de algo que será determinante, ya que de alguna u otra manera, la niña descubrirá visualmente, que ese “pene” que tiene es demasiado pequeño a comparación del que tiene su compañero de clase, o su hermano, etc. Esto, como se mencionó determinará su postura. Marcará en el sentido de saber que ella no posee un verdadero pene, sino que es el hombre quien lo tiene, cuando lo observa se percata de la mayor proporción a comparación de su clítoris, será entonces el órgano masculino que se determinará como en una postura superior a ella. El no tener pene, será objeto de envidia y deseo de posesión.

He aquí, donde yace una diferencia primordial, ya que en este segundo tiempo, el niño al recibir amenazas verbales alrededor de que eso que tiene (pene) se le cortará si continua tocándose, entra en angustia cuando se percata de que la niña no tiene, sabe que la han castrado. En cambio, en el caso de la niña, ella no recibe ninguna amenaza, porque no hay nada que quitar, ella no tiene nada que perder, ella esta castrada.

La particularidad de la castración femenina reside pues en que ella no vive una angustia, sino más bien una envidia, y

un deseo de tener aquello que vio, y de lo cual se le privó.

Pero la niña no solo presta atención visual a su propio cuerpo sino al cuerpo de otros, en específico de las mujeres y entre ellas incluida la madre. Para este tercer tiempo del Complejo de Castración, en la niña surge un sentimiento de odio hacia la madre, ella que en algún momento fue su objeto de amor, como una madre fálica, pero que al percatarse de que está castrada, se genera un desprecio hacia la misma, y responde a manera de reproche en tanto al porque su madre no le dotó de esos atributos fálicos. Porque no le dio pene, porque a ella se le ha privado. Privación que según Lacan, es la falta real de un objeto simbólico (pene universal)

Este odio y desprecio por la madre, llevará a la niña a orientarse respecto al padre como objeto de amor. Es aquí, donde también reside una de las primordiales diferencias entre el complejo vivido desde la niña y desde el niño. Ya que en el varón, el Edipo se inicia y termina con la castración, y en el caso de la niña, es la castración lo que posibilita el inicio del Edipo.

De esta manera, como etapa final del Complejo de Castración y etapa inicial de su Complejo de Edipo, existen tres salidas, que de manera complementaria con lo que

propone Sigmund Freud en “La femineidad” como tres alternativas de la castración, se encuentra: La inhibición, la cual conducirá a una neurosis; la regresión, conducirá a la homosexualidad; la progresión, que introduce al deseo del hijo, Godino (1980).

El Complejo de Castración no solo refiere a aquella angustia que se genera en el niño ante la amenaza que escucha por parte de las figuras parentales respecto a que será aniquilado el órgano masculino por el simple hecho de estar maniobrando continuamente con él, ni por la forma en que descubre visualmente a la niña que se encuentra castrada; la castración no solo corresponde al sentimiento de odio generado en la niñita hacia la figura materna por no haberle dotado de los atributos fálicos, por haber sido privada de ello. El Complejo de Castración desde la concepción Lacaniana, es estudiada a partir de la segregación de la relación primordial que se da entre la madre y el hijo.

Dicha relación no solamente está constituida por estos dos elementos; esta relación primaria tiene un tercer elemento: el deseo materno el cual está soportado por el falo, el falo simbólico.

...el falo es un nudo que al amarrar este conjunto de relaciones liga a la madre con el hijo, a aquella con sus imagos constitutivas y -finalmente- a estas últimas con la formulación desiderativa del deseo del pene y del hijo. Antonio, 1980, (p.32)

Es el falo entonces aquello que soporta el deseo materno y que se mantiene como un elemento importante en la célula narcisista, componente relacionado de igual manera con aquellas que fueron sus imagos parentales. Nuevamente se remite a dicha concepción donde por cierto se hablaba de imágenes prestadas a través del otro lo que construye y constituye sujeto, esto remite a pensar de inmediato en el registro imaginario. ¿De dónde deriva el falo imaginario? De la concepción de un falo simbólico.

Debe entenderse el término falo distinto al término pene. El falo va más allá del significado del pene, hablando en específico de que este es solamente entendido como el órgano masculino. El falo denotará algo distinto en relación al estadio fálico, el cual denuncia la culminación del Complejo de Castración, Godino (1980). El falo es la representación simbólica de la sexualidad, la cual es determinada a partir de la presencia o ausencia del mismo, Lacan hablará en términos de falta.

No obstante a pesar de que el pene se represente meramente como lo constitutivo al órgano reproductor masculino y el falo sea más bien una representación simbólica, ambos guardan una relación, referente al Complejo de Castración ya que en tanto se hable de una presencia o una ausencia del órgano a nivel anatómico, no es lo que en sí percibe el niño, sino algo más de orden psíquico, refiriendo al falo desde su orden imaginario o simbólico.

El falo imaginario, deviene del Complejo de Castración, donde como ya se ha mencionado el pene como órgano y la concepción del falo se conjuntan para resultar pensarlo desde otro orden. La forma bajo la cual se comienza a constituir el falo imaginario es a partir de lo meramente inmediato que refiere al órgano anatómicamente hablando, es el pene para el sujeto en su presencia o ausencia aquello que mantiene gran carga a nivel libidinal y desde el plano de fantasma, refiriendo específicamente al transcurso del Complejo de Castración, y la angustia que se determina por la aniquilación y la privación del mismo. En pocas palabras, el falo imaginario está determinado por la carga libidinal colocada en el órgano peniano pensándolo desde el plano

simbólico, lo cual remonta directamente al narcisismo colocado en el niño. No obstante, el cuestionamiento gira alrededor de lo siguiente ¿Y de dónde proviene tal narcisismo?

“Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado” (Freud, 1914, p.74)

Ya Sigmund Freud vislumbraba algo respecto a la constitución narcisista en el sujeto, sin embargo continuamente se realizaba este cuestionamiento sin llegar a una conclusión.

Con posterioridad, al retomarlo Jacques Lacan, determina la siguiente respuesta ante dicho cuestionamiento, el narcisismo en el niño es constituido a partir del narcisismo de los propios padres.

Se recordará lo que anteriormente ya se había planteado respecto a la importancia que tiene el deseo sobre un hijo, ya que es a partir de ahí donde comienza a formularse una especie de soporte para la constitución del sujeto.

No obstante, se amplía para su mayor comprensión.

El ser humano es concebido y lo que se encuentra ahí, para

una mujer no deseante será simplemente un feto, un trozo de carne extraño que habita su cuerpo. Sin embargo, para la mujer deseante, ese trozo de carne es más que eso, es un hijo, es su falo “imaginario” en ese momento; porque ha sido aquello que ha venido a cubrir la falta que le dejó la castración. Un hijo al cual le ha depositado una cúmulo de sueños, ilusiones y también fantasmas que constituirán en gran parte al hijo.

No obstante, el falo que representa aparentemente el hijo para la madre, solo habrá de ser por algún tiempo, ya que el falo estará más allá del hijo.

Se articulará el falo como ese gran Otro, que está más allá de la madre y que nunca podrá estar a su alcance, el falo esta más allá del hijo, ya que no puede ser articulado, es decir, no puede culminar en un signo. Su deseo es articulable, es decir puesto en palabras pero nunca articulado.

El recién nacido vendrá al mundo, con la carga de deseo a partir de los padres, y evidentemente desde un registro meramente biológico, constituido su cuerpo por órganos sin organización, ¿Cómo es esto? El niño que tiene un soporte gracias al deseo parental, y principalmente al deseo materno, tiene que seguir construyéndose y fortaleciendo ese soporte que será constitutivo. Independientemente de que el sujeto

venga con cargas de índole psíquica ya desde antes de su concepción, éste viene en carne propia, no es meramente un trozo de carne pero sí en su mayor parte está constituido por ello; en pocas palabras es un cuerpo humano con órganos, que dicho cuerpo tiene que tomar cierta organización desde el punto de vista estructuralmente psíquico.

Se dice entonces que el sujeto se encuentra en un registro meramente tomado desde lo real, donde efectivamente el niño no solo es un trozo de carne, con pelo, huesos y piel, pero que en su mayoría así es como está constituido de primera instancia. Este es el curso por lo real, sin embargo, si un deseo –el materno- le preexiste ese cuerpo real por efecto simbólico no lo será más.

La madre deseante, se encargará de dotarle cierta organización al niño durante esta etapa, hilvanará a ese niño que se encuentra completamente fragmentado, prestando sus significantes que son sus palabras, de sus gestos, sus miradas, incluso de su locura escénica, como ya lo menciona Levin (2006) se da la **invención del bebé**.

Esteban Levin, refiere dos saberes que la madre debe sostener, el primero que remite a su propia historia, a su

propio recorrido infantil y el segundo respecto al saber ser madre. Estos saberes habrán de articularse en el cuerpo del recién nacido y así como de manera mágica, ese saber comienza a inventar una madre que no sabe cómo serlo y a un bebé, los cuales llevarán a cabo una funcionalidad.

¿Pero cómo se inventa este saber? Para ello la madre, tendrá que cuestionar e interrogar al bebé, esto en base a lo siguiente, que la madre le suponga un saber hacer y un saber decir al hijo. A partir de ello se abre la interrogación sobre qué es aquello que le sucede, lo que siente, o inclusive lo que piensa; por obvias razones la respuesta del niño no será a partir de la palabra, sino que a través de los movimientos meramente reflejos la madre habrá de interpretar y otorgarle un sentido a partir de sus propios significantes. Dicho sentido que se ha puesto en esta locura escénica, comenzará a constituir a nivel psíquico en el infante una anticipación hacia la articulación del lenguaje; y si es una locura no es para referir a la psicosis sino mas bien a la locución asociado con el verbo donde se deslizan las palabras, es decir, que será esto fundamental para que la madre vaya preparando el camino de su hijo hacia el campo de lo simbólico y por ende hacia el lenguaje. La madre que juega a manera de espejo a ser su hijo y al mismo tiempo a ser una madre, pone en

escena el juego transitivo donde se refleja en otros espejos y permite al niño a su vez hacerlo directamente en ella, Levin (2006)

A través de este proceso de cuestionamiento hacia el hijo, la puesta en escena de la locura de la madre, y los espejos donde se pueden ver reflejados, solamente es parte de un comienzo hacia la constitución del narcisismo primario del sujeto. Es decir, en el autoerotismo, el cuerpo del recién nacido carece de organización; sin embargo, es gracias a la capacidad que tiene la madre de colocar la libido en el objeto externo mediante el lenguaje, las palabras, las miradas, el gesto, la demanda, el préstamo de significantes que le otorga a su hijo; comienza a estructurarse un sujeto cada vez con mayor forma psíquica. No olvidando que todo esto que la madre le proporciona a su hijo es a partir de su propio narcisismo, del Ideal del Yo ahora depositado en su hijo.

¿A qué se refiere con ello?

El Ideal del Yo, remite a la constitución narcisista proveniente de los padres que les permite construir una serie de fantasías alrededor de ese nuevo ser humano que llegó a su vida, al cual le colocan sueños, ilusiones, expectativas.

Que el falo aparezca en dos puntos esenciales, que es la

madre y el padre, permitirá que el niño proyecte a futuro el falo. La posición que estos tengan frente al mismo determina la posición que tendrá el niño frente a su deseo. Distinto a cuando se habla de una posesión del falo, donde el niño quedará atrapado en una célula junto con la madre donde no hay salida alguna, estructurándose una Psicosis de Presencia, Godino (1980).

Dicha posición frente al falo se visualiza con mayor claridad en la constitución de la célula narcisista compuesta por: madre, deseo materno y el hijo, Godino (1980). En donde para la madre su hijo es el falo, y al no haber alternativa el hijo tendrá que aceptarse como el falo de la madre.

El falo remite a una cuestión meramente imaginaria. Un falo imaginario conduce a un falo simbólico.

Aquel falo imaginario que refiere al Ideal del Yo generado a partir de las figuras parentales y depositado en el sujeto, pasa a ser otra cosa cuando en específico el hijo para la madre ya no basta y no basta por el simple hecho que ya antes se ha mencionado, el tapón que representa el hijo es demasiado pequeño como para cubrir tan enorme falta que ha dejado la castración, Godino (1980). Cuando la madre

comienza a mirar hacia otros puntos que no son en específico su hijo, éste se cuestionará sobre: “¿Hacia dónde dirige la mirada mi madre?”

El niño ha dejado de ser su foco de atención y con ello le permitirá voltear a mirar aquello que mira la madre y entonces se comienza a abrir una hiancia, alrededor del deseo ya que la falta de la madre, su ausencia, permitirá el preludio del deseo, de la entrada de lo simbólico en esa demanda que le hace a la madre. Porque aquello que ha volteado a mirar la madre es el falo, que se encuentra como antes se mencionó, mas allá de ella y de su propio hijo, solo puede deslizarse en palabras pero jamás cerrarse a un signo. Su hijo no puede ser el representante de una totalidad que la deje sin falta, más bien es tan grande su falta que es necesario que voltee a ver a otros puntos que le permitan ir tras su deseo, esto allanará el camino para que su hijo siga sus pasos. Esto se observa cuando se escucha a la madre decir que desea tener otro hijo, o bien que desea trabajar o simplemente voltea la mirada hacia su pareja.

Esto que representa las primeras y pequeñas frustraciones, conducen hacia el campo simbólico y por ende a la constitución de un narcisismo secundario donde el sujeto se

coloca en el lugar del deseo.

Con ello el niño al no haber tenido más remedio que ser el falo de la madre, al mismo tiempo tendrá que renunciar a esto, para incursionar en el campo simbólico, y así deslizar sus primeras palabras, se ha perdido el objeto de amor que es su madre y que no volverá a encontrarlo, ahora es cuando se encuentra en falta el niño. Más aún cuando da sus primeros pasos en el campo del lenguaje, ha perdido todo goce de la madre para generarse una falta, la falta primordial, la gesta del inconsciente, todo sujeto termina por construirse de esta forma, sobre el vacío que genera esta falta.

¿Pero cómo es que se da este corte? La ley materna, donde era un completo goce en dicha relación primordial, también llamada célula narcisista, se ve limitada como consecuencia de la entrada de un tercero, el llamado Complejo de Intrusión. La relación narcisista constituida por la madre, el deseo materno y el hijo no pueden quedar estáticos en esta escena, ya que de otra manera estará refiriendo un camino directo hacia la psicosis; donde el niño quedaría atrapado en la única alternativa que le deja la madre: una madre devoradora que pretende que su hijo sea el falo imaginario y ante esto no le quedará otra salida más que quedar atrapado en esa bidireccionalidad en donde no existe ese otro que llegue a

hacer corte. La célula se cierra por completo llevando al sujeto a tomar como alternativa el delirio. Recordando que bajo esta perspectiva es la Psicosis de Presencia -la que se está mencionando-, a diferencia de una Psicosis de Ausencia. Si bien es necesario dejar clara la diferencia entre una y otra y profundizar alrededor de las psicosis, es prioritario esclarecer la manera bajo la cual se constituye un sujeto bajo la forma neurótica, tomando en cuenta que no se habla de "normalidad" o "anormalidad" ni de "salud" o "enfermedad" ya que la estructura psíquica puede ser psicótica o neurótica, se alude a fallas que se presentan durante el proceso de estructuración psíquica.

Esencial es la presencia de un otro, y cuando se refiere a un otro se habla solamente del semejante, distinto a cuando se hace la referencia de que el otro lleva a cabo la función del gran Otro. El Otro remite a pensarlo en todo y nada (lenguaje, cultura, inconsciente, ley del padre, simbólico); es la función simbólica que permitirá representar en apariencia ser el todo para el niño, siendo esto imposible, el otro girará la mirada hacia puntos que no solo sea su hijo, para seguir su deseo. Ese gran Otro llega a presentarse de primer momento a interrumpir la escena madre-hijo, por ello es llamado por

Lacan como Complejo de Intrusión.

Como su nombre lo dice, refiere la entrada de un tercero, que en su momento podrá ser cualquier sujeto que sea representante del Otro, sin embargo tendrá una función simbólica, la función paterna, aquella que vendrá a hacer corte en la relación primordial, para generar una hiancia, una falta. No solo genera un corte productivo en el sentido que va dirigido al niño, corte que a saber el niño demanda pero también lo niega generándose así cierta ambivalencia en el mismo. El corte no solo va dirigido hacia el niño sino también a la madre. La Ley Paterna hace saber al niño dos cosas fundamentales:

1. No se debe gozar con la madre
2. No se puede gozar con el cuerpo

En cuanto a la madre refiere el corte le hace saber a la misma que no puede llenar tan grande falta con un pequeño tapón que representa el hijo, lo que la conduce a mirar hacia otro lado.

De ello deriva lo interesante de la posición de la madre frente al falo o bien la posesión del falo; esto conduciría a una construcción estructural de forma psíquica en el niño de la

cual ya se habló, en específico de las neurosis o las psicosis. No obstante con mayor profundidad se abordará más adelante en la investigación.

El Complejo de Intrusión genera en el caso del varón, la prohibición de quedarse con su madre, el enamoramiento edipico queda de cierta forma cancelado ante la presencia de ese otro, con función paterna. Por ende esto desencadena el deseo de la muerte del padre, entendiendo este deseo no de una forma literal, sino más bien se genera un deseo de la muerte del otro en el deseo materno Godino (1980), que a propósito ha venido a interrumpir su escena amorosa con la madre. Distinto a lo que por ejemplo sucede en la psicosis donde existe una ausencia de la Ley-Nombre-del-Padre, que no es el padre en la literalidad específicamente, ya que puede ser que exista pero no in-sista y que pareciera más una caricatura que un Otro que ha venido a hacer corte; por ende si no in-siste refiere una ausencia en el deseo de la madre. Hablando en términos de neurosis se sabe entonces que ese otro existe e in-siste en el deseo materno y que por lo mismo insiste en el corte.

Ante dicha circunstancia deberá quedar constituido en la mente del niño dos padres: el Padre real, que es aquel que

se encuentra en el deseo materno y el Padre muerto, es decir, la única muerte que habrá es la muerte de su propio deseo de muerte hacia el padre, a través del Complejo de Culpa, Godino (1980). Ésta queda instaurada a partir de la ambivalencia generada ante el conflicto que se presenta entre un deseo de la muerte del padre y una inevitable identificación que tendrá que llevarse a cabo con el mismo, a manera inconsciente de que tal vez en un futuro si sigue sus pasos podrá encontrar una mujer similar a su madre.

Esto activará el sentimiento de culpa que llevará a instaurar de manera psíquica en el sujeto la imago del padre muerto. En dicho proceso la ley ha sido garantizada así como el acceso al campo simbólico, ya que el sujeto ha pasado su Complejo de Castración y con él su Edipo cargando a un padre muerto y un deseo, que en conjunto con la ley inscribe una existencia respecto al orden de la realidad lo cual llevará a coordinar con ello su propio deseo.

Respecto al varón ha quedado claro cómo atraviesa el Complejo de Edipo y el Complejo de Castración.

Se recordará que se ha mencionado ya la diferencia existente entre el niño y la niña y sus correspondientes

procesos, el niño sufre una angustia al percatarse de que existe la posibilidad de ser castrado así como sucedió aparentemente con la niña; siendo que en la niña se vive de manera distinta ya que ella no vive una angustia como el niño, sino más bien una privación de los dotes fálicos. A saber el Complejo de Castración le posibilita una entrada hacia el Complejo de Edipo. Ante el Complejo de Intrusión y por ende la entrada del tercero que hace corte, aunado a que la niña se ha llevado por decirlo así, una desilusión ante su objeto de amor que era la madre, ya que como se mencionó se percata de que como a ella también le falta, habrá de desplazar aquello con la imagen más próxima que es el padre. La figura paterna, así como en el varón llevará a cabo la misma función; sin embargo, en este caso el padre tendrá que realizar un trabajo minucioso respecto a ser lo que tiene que ser hacia con su hija, es decir un padre ¿A qué se refiere con ello? La niña y su desilusión hacia la madre y su falta, realizará en un primer momento un desplazamiento de la figura materna hacia la figura más cercana que resulta ser el padre. Este soporte que encuentra en él tendrá que ser elaborado desde la posición que debe ocupar el mismo, es decir, el padre tendrá que llevar de manera efectiva una función de soporte, siendo que al mismo tiempo deberá ser

ese tercero que haga corte.

"...el padre llegue a ser padre y no un mero intruso o un mero desplazamiento del deseo." (Godino, 1980, p.37)

Es por ello que la función paterna en el Edipo de la niña, resulta ser un tanto compleja. Ya que esto apuntaría a la aceptación o rechazo del corte, contemplando así tres alternativas, las tres salidas que anteriormente se expuso con el esquema que Godino Cabas proporciona.

1. Complejo Materno, Regresión: deseo de la madre.
2. Castración, Inhibición o frenamiento.
3. Complejo Paterno, Progresión: deseo del hijo. Godino (1980)

Cuando refiere el primer momento en el esquema, se habla de una mujer que no envidia el pene por la razón que no ha escapado de la célula narcisista que comparte con su madre, conduce entonces a pensar en una madre bajo una estructura obsesiva, donde ha convertido a su hija en un objeto parcial de la misma. La niña, como ya se explicó anteriormente, al no encontrar escapatoria se ha quedado

con la única alternativa: la psicosis, estructurándose de esta forma bajo una Psicosis de Presencia.

La sexualidad para la mujer cuya salida ha sido esta, está por completo privada porque no hay más, a nivel inconsciente ella es el falo de su madre y para la madre su hija es el falo imaginario. A la madre parece no faltarle y por ende no hay oportunidad de que logre mirar hacia otro punto. Ha determinado que su hija sea el falo, entonces no será necesario que mire a otros puntos, lo que le resulta a la hija algo terrorífico, en el sentido de no tener escapatoria que ser objeto de posesión de la madre. La posesión del falo distinta a la posición frente al falo simbólico, donde se esperaría que la madre mire a otro lado, tratando de encontrar, sin poder alcanzar nunca el falo, es decir que esto le permita desear otras cosas y no conformarse con que su hija representa la total obturación de su falta. A ello se refería, cuando se hacía la diferencia entre la posesión del falo imaginario y la posición frente al falo simbólico; como se puede percatar la posesión del falo conduce al sujeto hacia la Psicosis, en específico hacia una Psicosis de Presencia.

La salida hacia el Complejo Materno refiere como su nombre

lo dice a una salida donde no hay deseo alguno, ya que encontrándose bajo la ley materna para la mujer esto representa un continuo goce, donde no existe ese Otro que ha venido a hacer corte. Por ende, si esta niña queda bajo la ley del goce, no existe pase hacia el deseo. Si no hay deseo y la misma llegara a tener un hijo probablemente podría constituirse bajo una Psicosis de Ausencia; la cual con mayor profundidad se abordará en el siguiente capítulo.

Para la segunda salida que indica el esquema respecto a la castración, inhibición o frenamiento, se habla de una salida hacia la femineidad bastante compleja de abordar; la cual culmina en que la niñita se peca de manera inconsciente de su falta, no obstante se obstina en tener un pene como aquel que en algún momento quedó fijado psíquicamente. Generalmente los padres de esta niñita suelen ser sumamente permisivos, nombran a su hija como la “princesa” de la casa, siendo esto posible en todo el sentido de la palabra, ya que son niñas que hacen lo que quieren, generándose así una idea alrededor de ella en la medida en que puede realizar todo lo que desea.

Cuando esta niñita crece, se habla entonces de aquella mujer que si en su infancia pudo realizar todo lo que deseaba, en la

vida adulta no debería existir una excepción. Son mujeres que continuamente se encuentran en competencia con los hombres, aquellas que han decidido de manera inconsciente encontrar la forma de tener un pene, aunque no sea en la literalidad. En la forma imaginaria pueden lograrlo siendo en muchas ocasiones ellas mismas el falo. Son mujeres que en su discurso se escucha que no les hace falta un hijo; es más ¿Para qué tener un hijo si a ellas no les falta?

No obstante, existen mujeres que ubicadas en esta salida tienen hijos, siendo la crianza de los mismos bajo una óptica ambivalente, ya que ofrecen una presencia meramente física con una mirada parcial llena de exigencias, con ausencia afectiva. Ofrecen una completa presencia llena de ausencias. Mujeres que dicen no poder amamantar a su hijo por la excusa de no poder dar leche o porque simplemente no la tienen, ¿Pero será?, la razón de no poder dar es porque siendo ellas su propio falo, a nivel inconsciente el otorgar algo les significaría una pérdida y por ende la producción de una hiancia. ¿De qué manera otorgarle algo a su pequeño? Se quedarían en falta.

Estas mujeres suelen tener un discurso respecto a su hijo en tanto a que el hijo es un sujeto autosuficiente e independiente,

sin saber que ellas son en gran medida soporte fundamental para la constitución psíquica del hijo.

Bajo este discurso y dinámica, no le proporcionan al sujeto la seguridad suficiente para salir sin miedo a una situación externa meramente ajena a lo imaginario.

Madres que al dotar de la ambivalencia respecto a la presencia real y a la ausencia real, generan una dinámica en el niño que puede resultar fatal, ya que en muchas de las ocasiones, logran abrocharse al hijo, siendo el mismo un objeto fetiche que da pie a pensar en un probable deseo perverso. Como refieren los casos de algunos pequeños que presentan una sintomatología, que denotan un discurso desde la postura materna, donde ella tiene un deseo parcial hacia el hijo, madres devorantes pero sin nada de deseo porque éste queda atrapado en el cuerpo de la madre, característica principal de la estructura histérica.

Esto termina por posicionar al hijo en un lugar de enfermedad, cuyos síntomas hablan de la propia patología de los padres, en especial el de la madre.

Y para finalizar la tercera salida que refiere al Complejo Paterno, la progresión, el deseo de un hijo. Como su nombre

lo dice, ha llegado el Otro a realizar corte; para abrir camino hacia el campo del deseo. En este caso el deseo por parte de la mujer hacia la concepción del hijo, que resulta dar aparente resolución, al complejo edípico y a la interrogante de la castración.

No obstante, como al inicio se mencionó, los complejos que estructuran psíquicamente a un sujeto presentan fallas que conducen hacia la neurosis, perversión y/o psicosis. Aunado a ello, recordando que no basta con desear un hijo, para que éste tenga el camino asegurado hacia su deseo, se retoman entonces las diferentes posturas frente al deseo de una madre que desea un hijo.

Estas desviaciones del deseo se han mencionado con anterioridad, respecto a la posición frente al falo y la posesión del falo.

La madre deseante, con una posición frente al falo simbólico allanará el camino de su hijo para conducirlo hacia su propio deseo, le otorgará el narcisismo suficiente para fortalecerlo y para que éste constituya un Yo Ideal en base al Ideal del Yo que los padres le han otorgado y que así con sus fallas, contando con un soporte, trabajado desde la relación

imaginaria, se inscriba una hiancia en la célula y siga su propio deseo.

Por otro lado, la madre deseante, con una posesión del falo imaginario refiere una mujer que ha determinado como falo a su hijo, y éste sin mayor opción acepta que él es el falo de su madre; se habla entonces de una mujer bajo una estructura obsesiva, donde el hijo le representa un objeto parcial de sí. Esto enuncia una estaticidad aterradora en la célula narcisista, que remite al silencio de la madre al no querer hablar y mucho menos cuestionarse alrededor de la posibilidad de castración, ya que esto remite a que verbalice cuestiones que giran en torno a ella. Siendo ésta una opción encriptada para la misma, porque se encontraría con fantasmas difíciles de afrontar, recurre pues a generar un Discurso Cerrado en base a un deseo mortífero, Mannoni (1997), ¿Qué refiere esto?

Las madres que se encuentran en esta posición de posesión, prefieren muchas veces ver muerto al hijo antes que presenciar su propia muerte; siendo el niño el síntoma de la madre, síntoma o enfermedad que el niño cargará como aquel silencio que se encuentra encriptado en los padres.

CAPITULO 2.

“EL NIÑO COMO SÍNTOMA DE LOS PADRES DESDE LA CLÍNICA PSICOANALÍTICA”.

"Pero el niño no se duerme siempre así en el seno del ser, sobre todo si el Otro, que a su vez tiene sus ideas sobre sus necesidades, se entromete, y en lugar de lo que no tiene, le atiborra con la papilla asfixiante de lo que tiene, es decir, confunde sus cuidados con el don de su amor. Es el niño al que alimentan con más amor el que rechaza el alimento y juega con su rechazo como un deseo (anorexia mental)"

Lacan, J. La dirección de la cura y los principios de su poder.

En: Escritos 2. 1984, Siglo XXI, pp. 608.

Si el niño y su enfermedad representan en carne propia las dificultades de apalabrar lo que sucede en los padres respecto a su propia historia y sus angustias al remitirse hacia su Edipo y por ende a los conflictos relacionados con la castración; la pregunta es: ¿Cómo se genera el síntoma en el niño?

Existe una creencia generalizada alrededor de la enfermedad

del niño, pensándola a partir de la psicología tradicional, el niño viene a terapia gracias a que los padres tienen una preocupación alrededor de una conducta distinta que se ha estado presentado. Los padres llegan a la clínica con una demanda de arreglo y cura para su hijo. Como si el niño estuviera descompuesto, este hijo visto como objeto presenta fallas, que para fortuna del inconsciente de los padres representara un alivio o salvedad, ante el temor tan grande de hablar acerca de ellos mismos.

El objetivo de su discurso, del discurso parental, es aparentemente saber qué sucede con su pequeño. Sus palabras cargadas de “desesperación” posibilitaron recurrir con anterioridad a médicos y especialistas, y han sido testigos de un sinfín de estudios realizados a su hijo para así encasillarlo en un nombre, en el nombre de la enfermedad. Esto más que aglutinar un conjunto de síntomas, atrapa al niño en el sufrimiento por no tener los significantes bajo los cuales pueda verbalizar aquello que sucede y dar explicación a lo que percibe.

Para ello, la psicología tradicional se encarga de tomar nota de las conductas del niño, que para su edad o momento de vida, no deberían estar sucediendo por el hecho de que

representa un comportamiento que la mayoría de la población infantil no presenta, y si no entra en un promedio o en la escala de Gauss, entonces se piensa que el niño está enfermo; siendo éste encapsulado en una etiqueta que hace aún más pesada su carga.

Para el psicólogo tradicional, la entrevista será un asunto muy sencillo, ya que generalmente se dedica a oír el discurso parental como una demanda que hay que colmar, sin escuchar lo que los padres tienen que decir de sí mismos y sin escuchar mucho menos lo que el pequeño no puede poner en palabras porque no encuentra una explicación a eso que le acontece. Es decir, se escucha solo lo que en el discurso se manifiesta en cuanto literalidad. De esta manera los padres describirán las situaciones en las que su hijo presenta tales conductas, narrarán similar a una receta de cocina la serie de comportamientos que para ellos no tienen importancia porque “no deben tener” lugar en la infancia. Al oír esto, el psicólogo seguramente generará todo un esquema y una concepción alrededor de qué es aquello que le puede estar sucediendo al niño, como si fuera él quien tuviera la respuesta e incluso la solución a ese “problema”, el cual denominará y etiquetará en un concepto no muy lejano a

algún tipo de trastorno o enfermedad mental; inclusive el psicólogo contemplará la opción de algún tratamiento “efectivo”. De manera parcial ahondará en la problemática que exista en el contexto en el cual se desenvuelve el “niño problema” -aunque el contexto no será estudiado a profundidad ya que lo que se requiere hoy día son soluciones inmediatas que no permiten hablar de uno mismo-.

Ante esta circunstancia, la función del psicólogo tradicional será oír y no escuchar. Ver sin mirar. Tomar nota de aquello que para él será importante y así realizar investigaciones en torno a lo que se cree que está sucediendo, para finalmente llevar a cabo un pseudo-tratamiento, una pseudo-terapia, en el que el objetivo primordial será quitar el síntoma al niño, ¿Con qué propósito? Para satisfacer la demanda y la necesidad de los padres.

Cuando se habla de un cumplimiento de la demanda generada a partir de los padres, por parte del psicólogo, éste se envuelve en una relación imaginaria, en una fascinación que se formula a partir de elementos contratransferenciales, los cuales entorpecen el camino hacia una posible cura.

El sentido de ello radica en saber cómo el psicólogo envuelto

en esta fascinación imaginaria, en tanto refiere a la satisfacción directa de la demanda, dirige una mirada distinta al niño, que muy lejos de mirarlo como pequeño sujeto, el niño es visto como objeto, un objeto de problema que necesita una solución, objeto que es objeto parcial de los padres, como si fuese el infante una extensión corporal de los mismos, una parte del cuerpo donde se aloja toda la enfermedad, la cual habrá que curar.

Parece ser que el psicólogo bajo esta postura se colocará no solo en el lugar donde mira al niño como objeto, sino que incluso el propio psicólogo es objeto de los padres, al verse involucrado en una relación imaginaria con los mismos.

¿Cómo es que no se ofrece una escucha del síntoma que por ende infiltra al sujeto mismo?

La ciencia tiene como objetivo llegar a resumir en un nombre aquello que sucede en el sujeto, describe lo que se encuentra ante sus ojos, lo describe una vez que lo “descubre” siendo que en realidad se encubre aquel discurso que proviene del otro, no lo retoma y no le interesa saber eso, esto ofrece una postura de limitantes, que solo se reducen a una simple descripción en lo que aparentemente sucede con

el sujeto y en lo que a su parecer sucederá con el mismo.

En muchas ocasiones ante el discurso del médico, de ese gran Otro que se pone en el lugar seguro del saber, al niño no le queda otra más que conformarse, en el sentido de constituirse, con aquello que al parecer funcionará con él, no le queda otra alternativa que seguir obedientemente la palabra que emite el Otro, refiriendo tanto al médico como a los padres, siendo el discurso del hijo y el de los padres anulado por la complejidad que representa el afrontar lo que remite a su propia historia.

Al ser la descripción el objetivo de la ciencia, la mirada proporcionada al sujeto es vacía. La ciencia ha nacido para describir no para ahondar.

Se convierte en una descripción ciega, ciega inclusive, en muchas de las veces, de fundamento para etiquetar al sujeto. Sujetos que por muchos años cargarán con un diagnóstico que pesará, y que moldeará su cotidianidad en torno al nombre de la enfermedad, sin posibilidad de mirarse en otros espejos, el sujeto con algún tipo de sintomatología, pareciera ser un experimento basado en el ensayo-error, donde el otro

colocado en el lugar sujeto seguro al saber cierra toda posibilidad de escucha, y una respuesta o más bien una palabra de peso, la palabra del médico.

El caso de Pablo, descrito por Mannoni (1987), refiere una sintomatología caracterizada por anorexia e insomnio, y una serie de conductas peculiares que presenta ante ciertos estímulos, como por ejemplo cuando se le intenta regañar él se desmaya, cuando le dan comida presenta crisis alérgicas.

La historia que precede a Pablo es sin lugar a dudas cargada en el sentido de no haber sido deseado por la madre, lo cual trajo en gran parte como consecuencia el hecho de haber sido confiado desde temprana edad a manos extrañas. De cierta forma se puede ir percibiendo la etiología de la enfermedad, ya que el niño al dejarlo desde muy pequeño en manos ajenas, generaría entonces con posterioridad un síntoma que le asegurará la presencia materna. Pareciera que existe una demanda de amor transformada y colocada en el cuerpo que mantiene causalmente dominados a los adultos de la casa con su enfermedad; esto en base de lo que se encuentra implícito en el discurso materno al sentirse ella acorralada por no poder estar en un lugar diferente al que

le designa el llamado de su hijo.

Es importante tomar en consideración lo que precede a la aparición del síntoma, siendo que lo que genera ruido es la culpa que existe en la madre y su no deseo frente al niño. Un no deseo que no siempre significa que no exista deseo, sino que en pocas palabras se habla de un deseo de tipo mortífero, gestado tal vez desde la culpa materna, que se infiltra en su discurso al sentirse “culpable” por haber quedado embarazada a su edad.

La madre tiene un aparente deseo de estar en un lugar distinto al que le demanda el hijo, y se dice “aparente” ya que pareciera que en realidad no le gustaría estar en otro lugar que no sea junto a su hijo, la causa pudiera precisamente remontarse a esta culpa (generada por el médico) de la cual ya se hablaba, teniendo ésta un trasfondo, que gira alrededor del cuestionamiento en tanto refiere a la sexualidad de esta madre.

La situación a la cual se enfrenta madre e hijo, es ante un deseo que se torna ambivalente, donde por un lado a nivel consciente se verbaliza y se hace ver mediante los excesivos cuidados de la madre, un deseo “salutífero” -entrecomillado,

ya que cuando el deseo es excesivo no cabe lo salutarífico ni el amor-, pero al mismo tiempo la madre le conduce a un lugar cercano a la muerte del hijo, donde entonces el deseo remitiría a pensarse, desde un nivel inconsciente, como mortífero. Al final, parece ser que la madre le termina debiendo algo al hijo. Hay un deseo de muerte inconsciente y que pareciera que a partir de la represión deviene una culpa que se transforma en una compensación excesiva a nivel consciente a través del don de sus cuidados, que siendo meramente visto como “cuidados” no representan un deseo que vaya más allá del hijo.

Este *don materno* como lo plantea Mannoni (1987), lejos de ser un soporte en la construcción del sujeto, lo desvía hacia una sintomatología, la cual habla de un excesivo cuidado y sobreprotección, que hace del acto “amoroso” un acto incongruente, que confunde al niño, mismo que sin posibilidad de verbalizar esto (porque no tiene los significantes que aclaren eso que vive, que experimenta como inexplicable), pone cualquier cosa para cerrar, generando así el síntoma.

El niño termina convirtiéndose en el objeto parcial de la

madre, cuyo fin es colocarle algo sobre lo que ella no desea hablar y que remite a su propia historia.

Este doble mensaje que llega al hijo, permite observar conductas que se percibirían como “extrañas” o difíciles de comprender, ya que en el caso de Pablo, no toleraba la ausencia materna, pero cuando ésta se hacía presente Pablo le rechazaba. Esta forma de respuesta por parte del niño parece una forma bastante incongruente, ya que si existe una demanda amorosa hacia la madre, y cuando ella se encuentra allí no hace más que rechazarla, ¿De qué habla esto?

Ya con anterioridad, se hizo mención a la insuficiencia de la presencia física de la madre, se necesita mucho más que un cuerpo acompañante que permanezca con el niño, se necesita aun algo más profundo que un conjunto de cuidados excesivos y excesivamente incongruentes, chocando continuamente con el deseo verdadero y oculto.

El objetivo de este caso apunta hacia el peso que tiene la palabra del médico en el sujeto, la palabra del Otro. El caso plantea que a la edad de 18 meses Pablo sufre convulsiones, por lo que la madre decide llevarlo con el psiquiatra: “Este

niño dice el médico, lo quebrantaré señora, si es que usted no lo quebranta a él” (Mannoni, 1987, p.132)

Y no por casualidad sino por causalidad, al hablar de una atadura dentro de la cadena significativa, permite tanto al médico como a la madre sujetarse a la palabra, de algo que *tras-toca* su vida y su historia, dejando abierta la puerta para que se desarrolle el síntoma con mayor fuerza.

La lectura referente a esta situación, en tanto a la palabra se refiere, Mannoni apunta a que la interpretación que se escucha es la siguiente: una verdadera invitación a mantenerse en la relación dual junto con su hijo, Mannoni (1997).

Y si se mantiene esta relación, la madre colocada en un lugar donde detenta el falo que en este caso es el niño, se considera pues riesgoso para la madre poder percibirse en una imagen desposeída del mismo, lo cual remite a un cuestionamiento alrededor de su sexualidad, en sí, de la castración.

Pareciera que la madre al perder a Pablo le representa una pérdida desde el punto de vista donde ella tiene el falo, y hay un gran miedo por perder el hijo como signo cerrado en

posición de falo. Remite a pensar de igual manera, en una coloquial lucha de poder entre la madre y el hijo, donde ambos luchan por no perder algo, en el caso de la madre: el falo, y en el caso de Pablo: la imposibilidad de acceder al registro simbólico.

Esta situación crítica plantea: no el objetivo de percibir lo obsoleto que gradualmente se convierten las etiquetas y los nombres que enuncian un "trastorno" y que encasillan sin posibilidad de mirada hacia otros puntos que no sea la enfermedad; va más allá: esto remite al cuestionamiento alrededor del discurso, ¿De quién es el discurso? ¿A quién corresponde? Ese discurso que habla de uno mismo y por sí mismo pero que pocos habrán de escuchar.

La mayor parte de los médicos y psicólogos quienes aun inútilmente no pueden poner nombre a eso que tiene el niño, es debido a que solo oyen a manera de un juego similar a las adivinanzas. La dinámica resulta ser la siguiente: el padre o la madre hablan por el hijo, dando una lista de sus conductas extrañas, miedos sin sentido, consecuencias "erróneas" que lo llevan a tener equívocos con la sociedad; todo esto oye el médico y el psicólogo y como si fuera una adivinanza, suelta la palabra misma que pesa y pesa por ser un diagnóstico,

que en muchas ocasiones es equívoca porque no goza de fundamentos, porque sencillamente ante el lenguaje del cuerpo, la etiqueta se convierte inservible porque no coincide con lo que enuncia el cuerpo, sobre eso que no se ha podido poner aún en palabras. Aún así, el diagnóstico en la palabra del médico se pronuncia como una voz de verdad con la que la madre y el hijo habrán de contraer nupcias.

Habrá que escuchar eso que dice sin palabras el niño y más a fondo el discurso encriptado de los padres. El cuestionamiento en este punto gira alrededor del por qué no escuchar al sujeto en la totalidad, habrá que analizar la postura de ese que se encuentra en un lugar no supuesto sino seguro al saber; que como ser humano involucrará su propia persona, su carga de prejuicios, conceptos, ideologías, conocimientos, pero primordialmente una historia de vida, que sin lugar a dudas se proyectarán en el niño, así como aquello que corresponde a los padres y en fin en la problemática en general.

Se logra más bien, percibir una escisión entre cada uno de los elementos, y los discursos que acompañan al niño, a los padres y al sujeto seguro al saber, como si esto tuviese que contemplarse como algo separado, sin asociación; cuando

en realidad lo que gira alrededor del síntoma del niño no son discursos individuales, sino más bien un discurso de orden colectivo.

A todo desorden somático precede una historia llena de palabras que habrá que escuchar. El sujeto que enferma está en búsqueda de una palabra que denote la verdad de lo que sucede, para que entonces se revele aquello que el síntoma tiene como función encubrir. El sentido del síntoma remite a un desciframiento del discurso inconsciente, que aparece de forma única en cada sujeto y que remite a situar al mismo en relación a su deseo, pero que sin lugar a dudas ese discurso del cual se habla, viene precedido del discurso parental que ha sido ya inscrito en el niño, manifestándose en síntoma.

Este discurso que traumatiza, es doble y contradictorio a la demanda y al deseo ya que ambos se anulan, como consecuencia el niño al ser objeto de contradicción en el deseo materno, por el lado consciente como salutífero e inconsciente como deseo mortífero, se genera el síntoma.

En lo que respecta al discurso colectivo, el niño y la enfermedad debe ser leído a partir del discurso parental con

el cual carga, lo que conduce a posicionarlo dentro del mundo del fantasma de los padres. Es un discurso parental, porque no es del niño, no es de quien ha sido objeto de depósito de la enfermedad.

Hay un mensaje extraviado, y que continuamente será retomado por el niño a través del síntoma, entonces el discurso sintomático es igual al discurso de lo no dicho o bien de lo dicho como una verdad en la cual el niño se mistifica, en el sentido de hacer verdad algo que es falso.

El analista debe comprender el origen y hacia donde se dirigen aquellas palabras, saber quién es ese otro que está hablando, porque como ya habrá quedado claro, el síntoma es a partir del Otro, con el Otro y para el Otro; siendo ese Otro no una figura en la literalidad, se habla de un fantasma en la psique de los padres, en especial, en el fantasma de la madre.

Francoise Dolto efectuó observaciones alrededor de la respuesta que tenían los niños “normales” ante eventos de importancia y significado para los mismos, por ejemplo el nacimiento de un hermano, que generan de cierta forma una tensión emocional importante. Dentro de sus observaciones,

se percató de aquello que se infiltra en la respuesta ante eventos importantes en la vida del infante. Pareciera inclusive que son de índole traumatizante y es que el niño genera una demanda, una demanda de saber, de saber qué es lo que está sucediendo. Necesita pues, poner palabra a aquello que ve y vive y que no puede explicar porque aún no puede hacerlo. Esa “*palabra maestra*” como lo menciona Dolto, para que el niño pueda dotar de sentido la escena que está viviendo, y pueda entonces comprender lo caótico de la situación, Mannoni (1987).

Lo que para un adulto será percibido como algo meramente “normal” y sencillo de entender, para el niño será toda una experiencia donde tendrá que realizar una serie de investigaciones hasta dar con aquello que al menos se acerque y pueda producir una palabra.

Para ello, el niño comenzará a tener una serie de comportamientos, que en muchas ocasiones es reprobatorio por el adulto, pero que para el niño le significan y le permiten de cierta manera otorgar sentido a lo que está sucediendo, por lo que este comportamiento requiere ser descifrado.

Como anteriormente se refería en tanto al discurso parental que lleva al hijo a enfermar y que de igual manera, se ha visto

en algunos casos planteados de neurosis, como es que la palabra de los padres tiene un efecto casi mágico en el síntoma, ya que el niño busca esa palabra precisa que le haga comprender y dar sentido aquello que sucede. No obstante, para que el otro (madre o padre) puedan verbalizar esa palabra maestra o poner en escena el sentido de la situación que ha traumatizado al niño es necesario que los mismos se enfrenten a sus prejuicios, ideas y principalmente a sus propios fantasmas.

Resulta al parecer una situación fácil de enfrentar, siendo todo lo contrario, ya que los padres habrán de remitirse al cuestionamiento en relación a su propia historia, a su construcción psíquica, a su propio deseo, el cual se soporta de una cadena de significantes que tendrán que explorar con detenimiento.

Como generalmente sucede, existen ciertos temas y respuestas que aún no han llegado a vislumbrar, en un trabajo de análisis donde habrá de cuestionarse y otorgarse ellos mismos una palabra que de sentido o bien resignifique. De ser lo contrario contribuirá a dejar una gran incógnita en el niño, favoreciendo el mantenimiento del síntoma. Por ejemplo el caso descrito por Sigmund Freud: el caso Juanito.

Sobre el caso Juanito, necesario es rescatar los siguientes puntos, y es que como se sabe el padre de Juanito se encontraba en análisis con Freud; no obstante aceptó abordar el caso de Juanito a saber que sufría de una fobia peculiar a los caballos. Freud llevó a cabo un trabajo en conjunto con el padre donde éste tenía el papel del observador e intermediario. Cuando el padre le informaba lo que sucedía con Juanito, Freud le otorgaba un sentido a ello para que se lo hiciera saber a Juanito, Freud (1909). Para fines de esta investigación se prestará mayor atención en la etiología de la fobia en Juanito,

Mannoni (1987), retoma partes esenciales del caso, que apuntan a contemplar causas importantes para la derivación del síntoma. De primera instancia existe una interrogante por parte del niño a la madre, en cuanto a la diferencia de los sexos, Juanito pregunta a su madre, lo siguiente: “Mamá ¿Tú también tienes una cosita para hacer pis?” (Mannoni, 1987, p.33)

Desde la pregunta se percibe este cuestionamiento sutil de obtener un saber, empleando las palabras justas como para no hacer referencia al pene como un órgano sexual, sino más bien como un órgano que tiene una función, pero que no es

de índole sexual; problemática sobre la cual se desvía la mirada, porque Juanito sabe que a su madre le falta.

Al elaborar esta pregunta Juanito sabe la respuesta, más que buscar escuchar una respuesta, busca que se le confirme lo que él ya sabe alrededor de la falta de su madre; sin embargo no se logra este cometido y por el contrario obtiene de la madre una palabra de afirmación a lo que se le pregunta en tanto a la posesión del pene, esto genera en Juanito la mistificación de la verdad ¿A qué se refiere con ello?

Como todo niño, Juanito careció de palabras que le explicaran tan confusa situación, para poder dilucidar el porqué de la mentira en la palabra de la madre; el niño anula por completo su derecho a dar una palabra de verdad, restringe su respuesta y acomoda la verdad-mentira en algo que se convierte del todo real, es decir mistifica, para responder más que a su propio deseo de saber y a su saber, responder al deseo de lo que en el discurso del otro se infiltra.

Por supuesto, que de cierta manera el discurso que maneja la madre, lleva a plantear bajo qué estructura se encontraba esta mujer, que al parecer apuntaría a una postura fálica

donde minimiza al hombre y al órgano sexual masculino, abrochando así a su hijo como un sustituto fálico, donde puede degradar su postura viril, en específico su órgano en cuanto a función genital para entonces poder disminuir la angustia en relación a la conflictiva sexual, respecto a la envidia del pene, tan marcada.

Mannoni (1987), plantea cómo es que para el momento en el que se encuentra Juanito, lo que busca es una identificación con la figura masculina, misma que el padre cede a la palabra materna, de este modo cuando se presenta tema alrededor del sexo, parece que no hay mayor punto de partida que la referencia materna.

Esta referencia así como el ideal materno se encuentra sostenido por la evidente envidia del pene, donde la madre lo desea en tanto a objeto de posesión, el falo no está planteado desde el lugar del deseo a nivel simbólico, que le permitirá hacer una equivalencia con el niño respecto al pene tan deseado, y que al mismo tiempo, el sexo del hombre es odiado por representarle su falta.

En el fantasma materno, se plantea a la mujer como aquella que puede llegar a tener el falo que tiene un hombre. Pareciera que vive con una esperanza donde cree que algún día podrá tener el pene tan deseado, pero planteado a partir

de que ese clítoris crecerá; por ende es comprensible el porqué del rechazo hacia la figura masculina, hacia ese otro que es la pareja.

En tanto a los fantasmas del padre, él prefiere mejor no hacerse presente, prefiere dejar a Juanito en la mistificación y dejar de cierto modo su lugar vacío para que ahora sea Juanito quien lo ocupe; que ocupe el lugar del hombre que no puede ser en el deseo del otro, en el deseo de la mujer, que por supuesto remite de igual manera a pensar y plantear una problemática alrededor de la sexualidad del padre.

Parece ser que ninguno de los dos padres quería acercarse ni un poco al cuestionamiento alrededor de su sexualidad, de esa representación inconsciente, que lleva a cada uno en el caso de la madre a un abrochamiento hacia el hijo y al mismo tiempo a una devaluación de su sexo y que por parte del padre arroja al hijo hacia la madre para que éste se adecue a su deseo. Los padres eran espectadores de lo que sucedía con el sexo de su hijo, lo cual conflictuaba en gran medida la progresión en tanto a la evolución viril de Juanito.

A grosso modo el síntoma del niño aparece con el Otro y para el Otro, en una función como de encubrir algo de lo que no se quiere hablar y que evidente en el caso de los padres de

Juanito el conflicto radica en una dificultad de afrontar el problema en torno a la sexualidad.

La fobia de Juanito parece un mecanismo de defensa, creado a manera de fantasma, que le permite hablar desde otro lado, acerca de aquello que le genera angustia tras haber sido engañado respecto a la diferencia de los sexos. Parece que el significante se desplaza en una imagen, cuya imagen entonces servirá para desviar la mirada de la representación insoportable. Juanito dice:

“Cuando solo hay un caballo y el carro esta todo cargado, tengo miedo. Y cuando hay dos caballos y está todo cargado no tengo miedo”. (Mannoni, 1987, pp. 36 y 37)

El discurso remite a una angustia generada alrededor de la diferenciación de los sexos, así como la conflictiva común en la construcción psíquica del infante que es el nacimiento de los niños. Radica entonces la causa de la fobia en lo siguiente: si la respuesta de la madre ante la interrogante de Juanito en tanto a su falta, fue una afirmación, el niño tiene una respuesta a dicha pregunta, lo que busca es solo que se le confirme la verdad que él ya sabe, pero al recibir una mentira él no puede de ninguna manera refutar a través de la palabra que ya tiene una respuesta; y como si fuera un acto

de amor toma la mentira y la mistifica y al mismo tiempo se convierte en síntoma. Su fobia yace en una serie de eventos que el niño ha atado, pues bien si la madre tiene un “hace pipí”, mismo que él y su padre poseen, ¿Cómo es que se hacen y nacen los niños? Se crea una conclusión de la diferencia de los sexos entonces tanto niños como niñas pueden tener hijitos.

De este modo, si la madre tiene un *hace pipi* como el que tiene un hombre, esto quiere decir que la mujer no necesita un hombre para poder concebir, por ende los niños se hacen y nacen en y de la madre, sentido encubierto tras el discurso alrededor del mismo al ver solo a un caballo y el carro todo cargado.

De otro modo, si son dos caballos y el carro va todo cargado, eso no genera miedo, porque eso explicaría que mamá no tiene, que a mamá le falta y que por ende necesita del padre para concebir. Ese órgano masculino en el plano inconsciente entonces sería valorizado, su propio sexo ahora tiene también un sentido desde lo sexual y no solo fisiológico, el sexo masculino tendría lugar en el deseo de la madre; contrario a lo que sucede, siendo que la madre hace lo posible por verbalizar la devaluación del sexo de Juanito;

pero al mismo tiempo pretende aparentemente abrocharlo como para ser poseedora del falo.

Bien lo marca Mannoni (1987), al referir que Juanito, en esta sed de conocimiento y de saber, logra imponer al adulto su saber aunque este sea solo a partir del síntoma, de la mistificación, mintiéndose y jugando a aparentar como si no se comprendiera nada.

“El síntoma se convierte en un lenguaje cifrado cuyo secreto es guardado por el niño” (Mannoni, 1987, p.38)

El síntoma parece ser una palabra engañadora, una palabra por medio de la cual el sujeto designa su posición frente al deseo, pareciera que a partir del síntoma busca significarse y dar de cierto modo algún nuevo sentido a lo que gira en torno, un sentido que ya antes ha otorgado pero que ahora tiene que ser modificado y moldeado de acuerdo a la palabra que desprende el adulto que infiltra su deseo, siendo ordenado el entorno a partir del lenguaje.

El infante adecua su saber disfrazado de síntoma al deseo del otro, a ese Otro que le otorga mirada, y que como acto amoroso se ofrece a él, para entonces a manera de sacrificio

colocar en su propio cuerpo todo aquello que ese Otro y ese otro aún no están dispuestos a hablar. Ese Otro materno, tiene en el niño un peso importante en la generación del síntoma, no obstante es también la función paterna, que tanto en los casos de neurosis grave, como en el caso de Juanito; genera una sintomatología cuya solución a veces es difícil de vislumbrar en la clínica; siendo la palabra mágica lo que ayudaría de cierto modo a obtener una aproximación en la cura del niño, así como en los casos de psicosis de presencia y de ausencia; generan, ambas funciones tanto materna y paterna, un desenlace sintomático y estructurante en el infante. Pero que si bien esto podría representar un último punto donde se quedará estático el niño, es prudente pensar que este desenlace, así como el fin hacia el cual estaría destinado ese niño, puede ser planteado como una representación de un inicio en el trabajo de cuestionamiento y análisis de los padres para la reivindicación de su lugar frente al deseo y que de este modo le permitan a su hijo nacer a su propio deseo y verse en espejos alternos.

En el caso particular de las psicosis, así como ya se ha visto en las neurosis, es el deseo y sus desviaciones, lo fundamental en el sentido de la estructuración psíquica.

Ya se ha mencionado, cómo es que el Otro materno a través de su deseo y la forma en que contempla el falo, proveniente esto a partir de la historia Edípica y de castración que haya vivido tal mujer, determinará en gran medida lo que para esa nueva madre le significa el hijo, y que en ocasiones a veces ese hijo no significa en lo absoluto como es el caso de las psicosis de ausencia.

El significado que pueda otorgarse al hijo en el sentido del falo, remite a pensar en la relación madre-hijo, en la relación dual.

Desde una perspectiva un tanto utópica, en el sentido de que eso se pretendería generar en el ser humano que ha llegado, ese Otro le proporciona al hijo el soporte desde su propio narcisismo para poder entonces hilvanar de lenguaje a este ser, para así con posterioridad generar frustraciones en él, debido a que la madre deseante comprobará que con el hijo no le es suficiente y para ello su mirada se tendrá que redirigir hacia otros puntos, tales como pueden ser su pareja, el deseo de tener otro hijo, el trabajo, etc.

Entonces, si la mirada de la madre está más allá, de lo que en su momento concibió como su falo, que en este caso es el niño, y el sujeto al darse cuenta de que la mirada de la madre

ya no está puesta en su totalidad en él, éste se preguntará *“¿Qué es aquello que voltea a ver mi madre, que no soy yo?”* Cuando esto sucede, el niño habrá de tener la posibilidad de también mirar hacia otro lado; parece ser que la madre deseante, abre camino al deseo de su hijo, siendo que ella seguirá su propio deseo; cada uno responderá entonces a la demanda del gran Otro, es decir, cada uno se ocupará de su propio deseo.

Lo anteriormente planteado desde la óptica utópica, jamás se concreta, ya que todo proceso que constituye al ser humano, sufre de fallas, fallas que en menor o mayor medida representarán un camino de conformación psíquica en el sujeto, una construcción que tendrá como precedente el lenguaje, proveniente del discurso de padres deseantes, un discurso que conjunta ilusiones y expectativas. Todo lo que se ha colocado en el hijo remite a pensar en que se le mira, y si se le mira, se le desea. Es por ello que el nombre que se le pone al hijo encapsula todo este mar simbólico.

Esa mirada de la cual se habla, y la cual habla, proviene de un otro como semejante que es sujeto del inconsciente, representante directo del Otro, cuya función es de total

importancia, se habla de la madre. Ella será el primer espejo donde su hijo se verá reflejado, porque la misma como sujeto deseante, tiene la posibilidad de mirar al otro y demandarle algo, de tal manera que la forma en la que es mirado el hijo, y mirado no solamente del verbo ver sino más bien a un lenguaje proveniente del lugar donde está colocada la madre, profundizado ya con el esquema planteado por Antonio Godino Cabas , con las tres salidas a partir de las cuales puede escucharse a una madre, infiltrándose un conjunto de significantes que remiten a la historia de la misma.

Ya se sabe, que en la relación imaginaria o relación dual, el hijo le representará a la madre aparentemente el falo, ya que taponar de manera parcial y momentánea la falta y a su vez el niño acepta sin mayor opción que él es el falo de la madre, no obstante deberá existir una hiancia, una falta que será aquella donde el niño demande por primera vez que la madre regrese la mirada a él. Para ello como ya se mencionó es necesario que en la madre exista el deseo del gran Otro.

Dicho proceso es necesario ya que de lo contrario, la madre y el hijo quedarían atrapados en la relación imaginaria, representando el uno como para el otro la totalidad, una *falicidad* por parte de la madre, convirtiendo al niño en un

fetichismo de la madre, en un objeto parcial de la misma, lo cual apuntaría a pensar en un deseo tal vez de índole perverso -cómo es que el niño puede llegar a demandar la presencia del otro, resulta imposible- ¿Qué puede demandar el sujeto si solo existe presencia? De qué manera si en ese Otro que es la madre no existe espacio para algo más, no hay deseo del otro. Perfilaría al niño hacia una estructura de orden psicótico de tipo presente.

Como su nombre lo especifica en este tipo de psicosis existe una pre-presencia de deseo, es decir hay un antes, existe algo que precede al sujeto, un deseo y por ende una desviación del mismo.

Presente es el falo, aquello que permite otorgar significado, denotarlo y posicionarlo en un lugar libidinal al recién nacido. Ello, apunta a pensar a que la madre de un niño bajo una estructura psicótica de tipo presente, es una mujer que se encuentra en un punto donde desea, se encontraría pues, en la tercera salida planteada por Godino Cabas, donde pasa hacia el Complejo Paterno.

No obstante, si es una mujer deseante, ¿Cómo es que perfila a su hijo a una psicosis de presencia?

El punto medular de este cuestionamiento radica en la posición y la posesión del falo. En este caso, en la madre hay una falla respecto a la posición, porque su posición remite a una posesión del falo, mismo que le representa el hijo, y que este hijo sin mayor alternativa aceptará en una cuestión aterradora de estaticidad por ser el falo de la madre. Se habla entonces de una mujer con una estructura neurótica de índole obsesiva, donde atrapa al hijo en esta relación imaginaria convirtiéndolo en un objeto parcial de la misma.

Le otorga una completa presencia al hijo, se ha posesionado de él, con el motivo de creer que increíblemente ha encontrado eso que le falta, y que después de ello, todo ha sido obturado. Por supuesto, que esto no permite allanar un camino donde el sujeto pueda vislumbrar pequeños destellos en el campo simbólico, la madre hará todo lo posible por cerrar toda salida hacia el deseo. Pareciera de cierta manera que se devora al hijo.

Ante esta circunstancia el niño enferma abrochado a la madre permaneciendo en una relación imaginaria y con ello mejor no salir.

Para que el niño se estructure en base a una psicosis de

presencia es porque en el otro en función de ese gran Otro -la madre- no existe deseo por el Otro, no hay lugar para el mismo, no existen las condiciones necesarias para que la madre pueda comprender la función del tercero y por ende su entrada, este tercero le representa una amenaza que remite no a otra cosa más que a su propia historia de vida, y a la ligazón de significantes que conducen a su estructura psíquica. Si existe un tercero éste le denotará su falta, le hace saber que el falo se encuentra más allá de cualquier persona y cosa, que el deseo no puede llegar a concretarse en algo, no puede ser articulado, pero si articulable a partir de la palabra.

La función del tercero será primordialmente tener la capacidad de mantenerse en el deseo de la madre, con ello la madre se desocupa del infans.

El tercero le representará amenaza para la madre, por ende la ausencia del padre. Ausencia que no refiere a algo literal sino más bien a la función paterna simbólica.

La situación de la ausencia del padre, tiene como causa la estructura psíquica de aquellos que llevan a cabo las funciones parentales: la estructura de la madre que repele la presencia de la función paterna, de tal manera que ella será

toda presencia y se encargará de hacer todo lo posible en las formas necesarias y multivariadas para que este tercero no acceda, para que la Ley-Nombre-del-Padre no se encuentre presente, y como consecuencia la madre con su hijo atrapados en la fascinación imaginaria, la madre pueda engullírselo, sin posibilidad de permitirle al hijo pasar a un plano simbólico, a la articulación de su deseo a partir de la palabra.

En las psicosis de presencia no hay deseo, porque el niño es sin alternativa alguna el falo, no quedando de otra más que aceptar, esta posición en la cual le ha colocado la madre, nada puede atarlo al padre, porque éste no ha hecho un trabajo por esgrimir su título, por hacer valer su lugar en el deseo materno y prestarse a ser objeto de deseo.

La función paterna se concibe en estos casos como una imagen débil, sin la fuerza necesaria para hacer valer la Ley; es más, la función paterna no se concibe ni se perfila en la construcción de esta estructura.

La Ley que representa la prohibición de gozar con el cuerpo de la madre y gozar con el propio cuerpo, marcaría una diferencia debido a que la Ley-Nombre-del-Padre denota

entonces una situación donde la ley se implementa en el sujeto, una ley distinta a la ley materna o también denominada ley de goce. Para poder pasar a otra cosa, y abrir su mirada cambiar su objetivo en la búsqueda del objeto de amor, su madre como primer objeto amoroso se extraviará para nunca encontrarse pero mantenerse en la lucha continúa por el deseo que mueve al sujeto ahora que ha entrado al mundo simbólico bajo la Ley Paterna o Ley del deseo.

De todo ello se ve exiliado el niño en psicosis, a él pareciera que se le priva de la situación edípica que permitiría el pase a lo simbólico. Se le priva de la presencia del padre en el deseo materno, permitiendo que ella se desocupe de él, para entonces poder *entre-ver* que es aquello que la madre ve, y percatarse que el falo se encuentra más allá de él mismo.

Esta completa presencia de la madre, y una completa ausencia de la Ley-Nombre-del-Padre; el devoramiento de la madre y el impasse que tiene hacia su propia palabra, hacia su deseo; esta imposibilidad de inscripción de la castración; el ser objeto parcial de ese Otro, a ser el falo y cuerpo como alternativa única y última que le queda sin posibilidad de ser palabra y lenguaje por vía de la función paterna, a ser dos

en un intento delirante de ser uno, pero no uno en la relación imaginaria, sino a ser uno mismo desde lo simbólico (una construcción yoica), eso-esto (objeto-dinámica) es lo que desgarrar en la Psicosis de Presencia.

Si bien entonces en las Psicosis de Presencia hay una excesiva presencia materna, y una ausencia en la función paterna; en cuanto a las Psicosis de Ausencia hay una ausencia a nivel de la función materna y si no hay presencia de ese deseo del otro como Otro, por ende no puede haber existencia de la función paterna. Es decir que no puede crearse una falta, un corte, una hiancia, de la Ley Nombre-del-Padre sobre una relación imaginaria inexistente, ya que no puede haber ausencia donde no ha habido presencia, presencia de ese deseo del Otro sobre el infans.

Pareciera que a todo sujeto nacido le precede un lenguaje, solo que en los casos de psicosis de ausencia, el sujeto siendo no deseado, no le precede nada.

Un ser humano para que sea hijo, tuvo que haberse investido de deseo, de lenguaje que le suturará aunque sea un poco a ese trozo de carne que se encuentra en el vientre materno.

En las Psicosis de Ausencia, no hay nada de ello, pareciera que el ser humano viene al mundo como una cría más de nuestra especie, viene en cuerpo sin que haya sujeto posible, porque nada está sujeto en él, porque no hay alguien que haga función de soporte narcisista sobre él para entonces el niño pueda sujetarse y formarse como sujeto, entonces no habrá cuerpo simbólico, cuerpo hecho de palabras, de lenguaje, sino solo cuerpo hecho carne y nada más.

¿Cómo podría estarlo si ese otro no está? y no está porque no es. Esa madre no es, pareciera que se encontrara en una estructura psíquica que apuntaría a pensar en una psicosis de presencia, donde ha sido aprisionada por ese Otro que le devora y no le permite salida al campo simbólico, por la ausencia de la función paterna y por ende la ausencia de la entrada del deseo.

La madre de un niño en psicosis de tipo ausente, brilla por la ausencia del inconsciente lo cual no le permite poder ubicarse en el registro simbólico, siendo permanente su lugar en la ley del goce.

Y se gozará precisamente porque la madre ha convertido a su hija mujer, en un tapón que ha terminado de saturar toda

falta y si no falta, entonces es ella el falo y sin mayor opción ella aceptará ser el falo de su madre. No hay manera de que se permita vislumbrar el falo en otro punto que no sea su hija. La consecuencia de ello permite a la mujer tener una postura frente a su madre, de fascinación y desgarramiento, a saber que toda posibilidad de entrada del tercero ha sido clausurada. Esto traerá consecuencias graves en el momento en que esta hija se convierta en madre.

La falta de la falta, es el significante que circulará en esta mujer que ahora es madre y que conduce a su hijo hacia una estructura psicótica de tipo ausente. Por todo ello se explica cómo es que en esta mujer la inauguración del inconsciente queda ahí, como velada, sin que se geste esa grieta que permitiría hacer devenir al niño en un sujeto, gracias a ese deseo bajo el cual pueda estar fundamentada la concepción y la construcción de infans.

Resulta de completa importancia hacer resaltar esto, ya que si no hay inconsciente, no hay deseo, y el devenir de este niño se aproxima cada vez más a la certeza, a saber que aún teniendo la presencia física de ese otro, en específico de su madre, hay una completa ausencia en tanto a la libido que

pueda colocarle ésta a su hijo.

La madre entonces ante este mar de conflictivas en donde a falta de inauguración inconsciente y de deseo, y de una construcción narcisista desde el plano simbólico, quedará entonces suspendida la dialéctica en tanto a la relación dual se refiere junto con su hijo, es más, el niño se queda solamente en ser un trozo de carne allí, vivo porque su cuerpo funciona pero sin nacer, sin ser sujeto.

No se podría decir que el niño desaparece, porque ni siquiera desaparece, porque para ello tuvo que haber aparecido en un primer momento; el niño simplemente nunca aparece ni figura en el deseo del otro. Se queda meramente en el plano real, sin posibilidad de acceder a un registro apenas imaginario, en donde pueda ser acogido por una mirada, una caricia o alguna palabra que infiltre algún significante de la madre para poder ser soporte y así constituir el narcisismo primario. Pero ante la situación de la ausencia del falo imaginario, no permitirá habilitarle al niño una significación, se queda como un cuerpo sin sentido, un cuerpo sin pre-historia, sin origen.

Y es que cuando se habla de ausencia, no se habla de algo meramente literal, va más allá, porque efectivamente es la madre quien en su persona radicarán elementos de suma importancia para la constitución y construcción psíquica en el infans, sin embargo, no se habla de una ausencia física, porque pudiera encontrarse allí la madre hecha carne y hueso pero solo eso, sin poder otorgarle a su hijo algo más como un soporte a partir de su deseo. De ello deriva el pensar que lo realmente ausente no es su persona, sino ese intermediario simbólico, el falo, que posibilita que suceda un encuentro y un encapsulamiento temporal y útil en tanto a la conformación del narcisismo, hablando específicamente de la relación imaginaria. Ese eslabón que permita significar, como lo menciona Lacan: “una tensión vital se resuelve en una intención mental” (Godino, 1980, p.101)

Esto parece percibirse en primera instancia que los cambios que se dan de manera natural, porque de manera biológica existiría una “programación”. Debe entonces convertirse en una intención mental, algo que no solo pase porque madre natura lo marca, algo que no pase desapercibido, sino que será gracias a la presencia de la función materna junto con sus significantes que otorgarán un sentido y un significado a

cada evento que parece ser tan biológico, pero que se hace peculiar por la existencia de esa cadena de significantes específica en cada uno, que hace único en su persona al ser humano.

Complementando ello en tanto a lo que refiere el niño en psicosis de ausencia, sucede que su nacimiento como parte de un evento importante simplemente no se le otorga el significado, no es simbolizado, simple y sencillamente se queda en eso, en una forma cruda y dura del momento, donde hay un pedazo de carne saliendo por la cavidad vaginal sin oportunidad de prestar mirada a eso que ocurre.

El nacimiento de un niño que se perfila hacia una estructura psicótica de tipo ausente, se queda solamente en eso, en un nacimiento sin nacimiento, nació en cuerpo, sin posibilidad de nacer como sujeto porque no le significa para el Otro, porque no hay Otro. En su cuerpo esta la verdad, la verdad de que es un nuevo ser humano, una cría más. La verdad de que es en él donde no hay posibilidad de articulación de la palabra, una verdad que es imposible para el otro poder traducir en un significado en tanto a existencia se refiere; de esta manera el niño se queda con un cuerpo, con la carne y con la materia, sin oportunidad de que ese eslabón simbólico

proveniente del Otro preste mirada y significantes para la metamorfosis de un cuerpo en erogeneidad, de la carne en el símbolo y de la materia en un significante como lo expone Godino (1980).

La ausencia del Otro, proviene de una carencia, carencia de discurso, de lugar frente al deseo, de posibilidad de verse en otros espejos. La consecuencia de ello lleva a pensar lo difícil que resulta para el niño el proceso de construcción yoica y constitución psíquica.

Parece ser que la única salida en niños con este tipo de psicosis, es la de crear universos alternos, son sus universos y dentro de ellos algo se mueve y eso que se mueve les permite al menos poder otorgar una descripción de que es lo que sucede aunque esta solo sea una vaga aproximación.

“Toda psicosis supone una falla a nivel de Nombre-del-Padre y por lo tanto supone una desarticulación a nivel del falo...”
(Godino, 1980, p.97)

En las Psicosis de Presencia el falo se queda fijo en el hijo, y él a manera de respuesta acepta ser el falo de la madre. Para la madre no hay más falo que el que ya encontró en el hijo,

sutura al hijo con la saturación de presencia, amenazante le resultará la entrada del tercero porque éste hablaría de su falta, de esa falta que no quiere ver, no pretende ni quiere percatarse de que el falo está más allá de su hijo.

La Ley Paterna ausente tiene como ganancia en la madre el que no se hable acerca de su propia castración.

El hijo queda entonces atrapado y devorado por esta madre que no permite mayor alternativa que la que el niño podrá darse a partir de la anulación de su deseo propio, deseo que capturado en el otro, no existe.

En las Psicosis de Ausencia, ese otro existe, lo que no existe es el Otro en el otro, la madre se encuentra atrapada en una relación imaginaria con su propia madre. Dicha estructura que perfila hacia una Psicosis de Presencia, en donde el significante que circula es el de la falta de la falta, ante la conflictiva de la inauguración del inconsciente, no hay deseo alguno, no hay eslabón simbólico que le permita mirar a ese ser humano que tiene en el vientre como un hijo, sino más bien como lo que es, como un cuerpo que ocupa espacio en su vientre.

El niño bajo la estructura psicótica de tipo ausente, ante la

ausencia del Otro gracias a la carencia que presenta el mismo en tanto refiere al inconsciente, al deseo, a la palabra, a la mirada y a la cadena significativa que pudiera prestar un soporte al hijo, conduce al niño a quedarse solamente con lo que tiene: con el cuerpo, la carne y la materia, sin oportunidad de que ello pueda mirarse, darse un significado y transformarse en erogeneidad, símbolo y significante. La única salida que le representa al niño una aproximación de otorgamiento de sentido al objeto es a partir de la creación de universos donde él es dueño absoluto, y donde para el otro no le significa algo y no tiene sentido alguno lo que sucede allí, pero para el niño lo es todo.

Se habla entonces de los dos extremos, de la desarticulación de la cuestión simbólica en tanto se refiere al falo y cómo es que cada una conlleva al infante a perfilarse en cualquiera de estas dos estructuras, ya sea una Psicosis de Presencia o una Psicosis de Ausencia. No obstante, ¿Qué sucede cuando presencia y ausencia se conjuntan? ¿Hacia qué estructura perfilaría un niño al cual se le otorga una presencia física pero una ausencia afectiva? ¿Puede demandar aquel que posee completa presencia física y ausencia afectiva en un mismo tiempo? Y si es así, ¿Qué es lo que demanda?

Existirá una alternativa más que sin lugar a dudas es necesario puntuar. En el ejemplo del caso expuesto por Jean Delay, descrito en Lacan (1984), alrededor del caso de André Gide niño, en donde la madre presente todo el tiempo pero al mismo tiempo ausente en tanto refiere a la cuestión afectiva, desemboca en una estructura psíquica en Gide con tintes perversos que encuentra placer en actividades sadomasoquistas. Esta alternativa representó para Gide una forma de salida por medio de la cual pudiera conseguir la mirada amorosa de la madre, desplazando esta figura materna hacia la tía; el ser golpeado le permitía acercarse a una posición de muerte que entonces le aproximaría a un lugar de vida, de presencia de mirada afectiva, de amor a partir del Otro. Deseaba situarse, bajo una regresión, en el goce primario aquel momento primitivo donde se viven los primeros instantes de vida con la madre. Una estructura con tintes perversos que fijado en este momento, busca el encuentro con el primer objeto de amor que ha extraviado pero que al mismo tiempo parece no haberlo presenciado,

Esta madre de la cual se habla parece haberse encontrado bajo una base estructural histórica, ya que durante el complejo de castración, al percatarse de que a su madre le

falta y saber que a la mujer se le ha privado de los dotes fálicos, de forma inconsciente se percata de su falta, no obstante se obstina en tener un pene, el cual encontrará no en su forma literal más bien desde lo imaginario, ella es el falo.

Generalmente el discurso que mantiene este tipo de mujeres respecto a su hijo, es que éste es un sujeto independiente y autosuficiente al grado tal de no ser necesario el proporcionar su persona para servir como soporte en la constitución del infans. No le dotará de la seguridad y confianza suficiente para salir sin miedo a una situación externa meramente ajena a lo imaginario, porque lo imaginario es precario; el soporte narcisista es insuficiente por lo que Gide niño se aferra a lo más primario de lo imaginario: una imagen, sobre la existencia de algo. Y sobre eso escribe, escribe sobre aquello malhecho en su vida, sobre los lazos, sobre su herencia, sobre su manera en la que intenta resarcir lo malhecho, o como él lo dice se trata de “componer”. Y en esa composición literaria, parece “componer” lo “descompuesto” de aquel amor maternal que siempre fue ausente y de ese amor paternal que pudo haber sido la solución pero que le fue arrebatado por la muerte.

Y ¿Cómo se da la relación imaginaria, cómo se construye el narcisismo primario? Al parecer el deseo que tiene esta madre es más bien de índole mortífero, no obstante el que no desee de cierta manera involucra ideales que se ven reflejados por ejemplo en el carácter normativo de la misma, donde no le permite salida de esas reglas, de sus reglas finalmente, siendo que de afecto no había nada.

Ese otro que realiza la función del Otro, parece percibirse por Gide en su discurso:

“...la aparición en la escena en una forma de mujer que, caído su velo, no deja ver más que un agujero negro, o bien se sustrae a su abrazo como un flujo de arena” (Lacan, 1984, p.281)

¿Cómo Gide podía ser a través del Otro, ese gran Otro? Remite a pensar en la percepción que se tiene sobre el Otro, ese agujero negro que parece devorante pero al mismo tiempo con nada, vacío, tan vacío como la presencia materna física y fría y la cual conduce a este "abrazo como un flujo de arena" el Otro que con aquella ambivalencia presencia-ausencia lo construye en una base tan poco sólida como la arena.

Gide parece infiltrar la demanda de una mirada que vaya más allá de todo esto, una mirada que le permita una constitución como sujeto, algo que sea más sólido que un puño de arena, eso que le pueda otorgar un soporte para el descubrimiento de su ser y por ende de su deseo.

La manera en que un sujeto puede ser a través del otro, que ocupa la función de Otredad, conformará al niño permitiéndole un descubrimiento, el descubrimiento del yo, a través del Espejo, el Estadio del Espejo.

Cuando se habla o se trata de abordar el Estadio del Espejo sin lugar a dudas el lector se remitirá a un conjunto de conceptos teórico-lacanianos que parecieran de difícil asimilación por lo abstracto que tal vez involucra este tema; no obstante para entender la dinámica del espejo que lleva a descubrir el yo en el niño, es necesario partir de la elemental idea alrededor de la función de Otredad, el Otro es punto fundamental en la constitución psíquica el sujeto, no por nada Winnicott anuncia lo siguiente: “en el principio esta la función materna, los bebés no existen” (Rodolfo M. R., 1986, p.16). Y si, no existe el ser, aquello que le permitirá ser al sujeto será precisamente la función simbólica que lleve a cabo la madre en representación de ese Otro que le permita entrar al nuevo

humano a ese espacio donde interfieren sonidos, palabras y miradas, una red de significantes, sobre la cual se verá envuelto el cuerpo del niño, eso que será como un remedio a la falta de ser. La función materna, fundamental, no comienza en el momento en el cual la madre da a luz, sino desde antes, la madre ya habrá colocado una subjetividad al cuerpo, hace del niño un “cuerpo imaginado” como lo refiere Rodolfo Marisa y Ricardo (1986), cuerpo en donde se percibe al niño como un ser, un solo ser, con un sexo definido.

En pocas palabras, la madre hace de su hijo, objeto de deseo, porque le cede libido, y este será el primer espejo donde se mirará el niño.

Al ser el niño objeto de deseo del Otro, el niño será y será el medio por el cual tendrá la posibilidad de existir subjetivamente. Es decir, entrega su cuerpo al Otro, el niño no tiene un cuerpo independiente al de la madre, cuerpo que acogerá la misma para inscribir en él, una cadena de significantes donde hará de sus procesos biológicos un manojo de interpretaciones, entonces se percibe por ejemplo, como el niño al llorar (signo), la madre le interpretará como: hambre, dolor, etc. (significante), es decir le otorga una devuelta del signo que le dio el hijo, transformado en un significante, desde su función materna. ¿Qué es lo que

sucede cuando el niño presenta entonces una sintomatología? Al parecer ese signo que le otorga a la madre, pudiera verse implicado en una dificultad de ser transformado en un significante, y a cambio la madre le devuelve un signo, imposibilitando el acceso a lo simbólico.

La cesión libidinal permitirá al niño poseer el cuerpo materno, en forma metafórica ese Otro habrá de otorgar su cuerpo en disposición de ser perforado, para poder ofrecer al hijo partes que le comiencen a conformar; ya que de lo contrario cuando el niño se encuentra con un cuerpo materno entero donde no existe orificio por donde se le entregue algo al sujeto, se le percibe al Otro como intolerante a la perforación, que bien podría remitir a pensar en una falla en tanto al significante de la falta refiere, el sujeto se encontrará pues con las manos vacías sin ningún objeto que pueda hacer relación con la madre, en el caso de las psicosis.

Y es que el cuerpo materno será no solo un cuerpo sino también un lugar de origen donde el niño se ubicará. Origen porque será el sitio donde se pueda ofrecer unificación a la dispersión, es decir se habla de una Imago, importante en la unificación y constitución del rasgo unario. Este rasgo que se

encargará de unificar al sujeto en una unidad falsa, que se le devuelve a partir de la imagen especular. Algo que él no es, sino que más bien pretenderá ser. Es una unidad falsa porque el sujeto nunca podrá llegar a ser uno, sino solamente mantener eso disperso en aparente unidad. “El rasgo constituye al Yo como ortopedia...” (Rodulfo M. R., 1986, p. 22)

Para que el niño pueda reconocer y descubrir su yo, de primera instancia es importante que pueda reconocerse en el Otro, la figura materna, y será a través de dos momentos fundamentales donde por un lado se le otorga el soporte al niño desde lo visual y lo oral, se proporciona una mirada donde se juega un lenguaje a través de palabras, juegos, posturas, etc., en el amamantamiento; y el acunamiento que permite la unificación en tanto a los sentidos se refiere para generar un equilibrio corporal, Rodulfo Marisa y Ricardo (1986)

Ello posibilita la función del Yo (moi)¹ que se adquiere desde el soporte de la función materna en el tránsito de la conformación del narcisismo primario, a través del Estadio

¹ Evans (2007) proporciona la siguiente definición: Yo (Moi, Ego): “El yo es una construcción que se forma por identificación con la imagen especular del ESTADIO DEL ESPEJO. Es entonces el lugar donde el sujeto se aliena de sí mismo, transformándose en el semejante”.

del Espejo

El estadio del espejo es un aspecto a abordar de total importancia ya que esencial es en tanto refiere a la constitución estructural subjetiva, en apariencia es un proceso que se observa en los niños de entre 6 y 18 meses de edad.

[el estadio del espejo es] un fenómeno al cual le asignó un valor doble. En primer lugar, tiene valor histórico pues señala un momento decisivo del desarrollo mental del niño. En segundo lugar, tipifica una relación libidinal esencial con la imagen del cuerpo (Lacan, 1951b, 14). Dylan, 2007 (p. 82)

Al hablar del espejo refiere un orden meramente imaginario, en el cual el sujeto es permanentemente captado y cautivado por su propia imagen. Y como ya se mencionó, este estadio, tiene una relevancia más que histórica, una relevancia estructural; ya que es donde se da la formación del yo, a través del proceso de la identificación, una identificación con la imagen especular:

Cuando Lacan habla de la imagen especular se refiere al reflejo del propio cuerpo en el espejo, a la imagen de uno mismo y OTRO (el "pequeño otro"). Es identificándose con la imagen especular como el infante comienza a construir su YO en el ESTADIO DEL ESPEJO. Incluso cuando no hay ningún espejo real, el bebé ve su conducta reflejada en los

gestos imitativos de un adulto, o de otro niño; estos gestos imitativos permiten que la otra persona funcione como imagen especular. Dylan, 2007 (p. 108)

No obstante, para el descubrimiento del yo, tuvo que proporcionarse un espacio de soporte donde, como anteriormente se mencionó, el sujeto es en el cuerpo de la madre, está sujeto a ella y a la fascinación imaginaria que caracteriza la relación dual.

El niño entonces en un primer tiempo es en el Otro, entre él y la madre no existe una separación, todo es una continuidad, una Banda de Moebius², una banda infinita, no hay un continente y un contenido, sino más bien la continuidad donde no hay fisuras, siendo la única perforación existente aquella que permite la función materna, para que el niño extraiga todo significativo posible para su estructuración; característica distinta en las psicosis, ya que en estos casos el adulto es quien se atiende al niño, entonces el niño debe ser planteado como sujeto agujerado, despedazado y fragmentado en lo real. Es de suma importancia, que este rol,

² La Banda de Moebius es una figura que en apariencia posee dos lados, siendo solo que hay un lado continuo, ello explica la problemática alrededor de las oposiciones.

por así decirlo, no se desplace al niño, sino que más bien sea el adulto quien habrá que aceptar ser perforado y absorbido de cierta forma.

Durante este primer tiempo, que abre paso a la introducción en el reconocimiento yoico, no existe temporalidad y espacialidad alguna, no hay lugar entonces para los pares opositivos (adentro-afuera) tanto madre como hijo se contienen, son uno mismo, pero esta unidad que pareciera aterradora porque es este tiempo un tiempo estático por ejemplo en las psicosis, proporcionará en el caso de las neurosis, un soporte para abrir paso a un proceso identificatorio.

Esta identificación, se procesa de una manera peculiar a partir de que el primer espejo del niño será el Otro, impulsándose con el soporte y la mirada ya otorgada anteriormente, la madre le permitirá que el hijo regrese su mirada a ella permitiéndole una interrogación.

Interrogación alrededor de aquello que puede percibir el niño en el espejo como una completud ante la capacidad visual que ya para aquel tiempo tendrá desarrollada, pero que de manera impactante contrastará con su falta de equilibrio

corporal, percibiéndose así como un ser fragmentado, contraste que lo llevará a ver su imagen completa amenazada por la fractura, respondiendo ante ello con cierta agresividad³.

El sujeto habrá de resolver esta tensión, mediante una identificación de orden primario. Es un mecanismo que le permite al sujeto apropiarse de los elementos que percibe en su reflejo y cuando el sujeto por fin logra asumir y apropiarse de la imagen que se encuentra frente al espejo, el niño se llenará de júbilo, un júbilo que es interpretado como una forma de manifestación de unificación ante la identificación con su imagen. Ahora ese otro que ve en el espejo sabe que es él mismo; como si hubiera el niño alcanzado un grado de sensación imaginaria de triunfo ya que aparentemente logra anticipar un grado de coordinación corporal que por supuesto aún no ha logrado por completo.

Este momento de júbilo se acompaña con una reacción depresiva; es inevitable que el niño no se compare con la

³ Importante será realizar la diferenciación entre el concepto agresión y agresividad, refiriéndose el primero a actos violentos, y la agresividad vinculándose con la respuesta que tendrá el niño al observar el contraste entre el cuerpo real y la imagen especular Evans (2007)

imagen omnipotente que el Otro le representa, al percatarse de cómo es que ese Otro aparentemente esta unificado y completo, siendo que el niño aun no goza de una estabilidad y unión en tanto refiere a la psique y al cuerpo.

Esta omnipotencia que se menciona, remitiría a pensar en el Ideal del Yo que ya los padres han colocado en el sujeto inclusive antes de que naciera, es decir es aquel cúmulo de ideales llevan no solo a colocarlo en otra persona sino también en sí mismos, y como es que esto le permite de cierta manera al sujeto ir constituyéndose a nivel inconsciente en tanto refiere al Yo Ideal.

Este Yo Ideal que se plantea como una promesa de que en algún momento se alcanzará la completud, sosteniendo al Yo en la anticipación.

Es el Estadio del Espejo un producto del desconocimiento y descubrimiento que tiene el sujeto alrededor de su yo, es un proceso en el cual se sostendrá a partir del Otro que le ayudará, por así decirlo a ser soporte e imagen para que entonces el niño pueda obtener un marco referencia y pueda ir constituyéndose como sujeto que en algún momento será pero que nunca alcanzará, es decir se encuentra en

construcción el Yo Ideal, teniendo como soporte el Ideal del Yo de los padres, el yo se construye entonces a partir del Otro.

El Estadio del Espejo siendo un proceso que se lleva a cabo desde el registro imaginario plantea la importante entrada hacia el registro simbólico, el cual se aprecia en el momento en que el niño asume la imagen y envuelto este en júbilo voltea a ver al Otro como si pidiera una ratificación de lo que ahora observa.

Se sabe entonces que la salida del registro imaginario hacia el campo simbólico, ese registro donde el cual el niño entra al mundo de las palabras, y en sí, al mundo cultural y social no es una cuestión sencilla, ya que la madre tiene un gran trabajo en el que tendrá que otorgarle a su hijo una serie de frustraciones donde su presencia física se ve involucrada. Se puede decir que Estadio del Espejo es solamente el preámbulo que le dotará al sujeto un soporte en la construcción yoica, para que entonces pueda llegar a asumir las futuras frustraciones y por ende ausencias de la madre. Tendrá que asumir en resumidas cuentas que él no es el falo de su madre como ya se había descrito en la relación

imaginaria. Tendrá que asimilar y aceptar que la madre se desocupa de él porque en ella hay un deseo que no se concreta en el signo del hijo, sino que va más allá de él y de ella, que tendrá que obedecer a su propio deseo, y como si esto le significara un ejemplo al hijo, éste seguirá sus pasos para encontrar su deseo; pero antes de ellos es necesario saber cómo es que se da este pase hacia lo simbólico.

Cuando se habla de fort/da, se remite directamente a pensar en el paso o la entrada al campo simbólico, a la estructuración del narcisismo secundario, en la simbolización de una ausencia y por ende en la demanda que se genera por la presencia del Otro, de ese gran Otro que ahora pasa a estar más allá del niño; el objeto amoroso que ahora ha perdido el niño será motivo de movilización futura en el sujeto lo pretenderá alcanzar pero sin llegar a obtenerlo en lo real, accediendo de forma introductoria al registro simbólico al mismo tiempo comenzará a perder todo goce con la madre y con su propio cuerpo, así como con los objetos.

Este primer nivel de frustración y por ende escalón hacia lo simbólico, se da en el momento en el cual la madre contemplando la demanda del Otro, redirige la mirada a otro punto que no es el hijo, esto porque la madre irá tras su

deseo y permitirá al hijo interrogarle hacia dónde y qué punto está viendo la misma.

De alguna u otra manera el niño tratará de volver al lugar donde se vivía en un completo goce con la madre, con su objeto amoroso, que por cierto ha extraviado y del cual ya ha puesto distancia con él, porque ha construido un puente a través de la palabra, siendo que cuando más trate de alcanzarla más se alejará.

Ese Otro, la madre antes simbólica, en el sentido de ser el Otro que presta significantes a través del lenguaje y la palabra, pasará a ser real, es decir, la madre queda en el plano real porque será el goce que jamás volverá a experimentar el niño; y los objetos que antes eran reales, en el sentido del goce con ellos, pasan a ser simbólicos, ya que solo apuntara a apalabrarlo y tal vez de esta manera alcanzarlos, Rodolfo Marisa y Ricardo (1986)

Esto remite a pensar, la generación de un nuevo espacio donde el niño habrá de comenzar a vivir en un espacio fuera del cuerpo materno.

El fort/da como operación constituyente es, un modo de simbolización, donde la agresividad juega un papel importante, en el sentido del acto de arrojar la cosa como forma de generar un puente con ella al emitir la palabra fort que significa *ida*, el objeto se va, y al irse, se abre un espacio donde el Otro cada vez más se aleja, la madre se aleja. Esta agresividad característica del fort/da puede llegar a fallar en cuanto se habla de que existe entonces un déficit en la simbolización ya sea del fort (*ida: allá*) o del da (*vuelta: aquí está*), llegando a producirse el síntoma de la agresión, término mencionado como distinto al de agresividad.

Sami-Ali, plantea que la operación del fort/da pasará con posterioridad a convertirse en un marco referente de lo que genera en el sujeto las situaciones de separación, Rodolfo Marisa y Ricardo (1986)

.
Se habrá de constituir el sujeto en tanto a tiempo ("*antes y después*"), espacio ("*yo estoy aquí y eso está allá*") y a una identificación doble con la madre, es decir, que pueda sustituirla cuando esté ausente y también cuando esté presente; ya que de alguna manera llegará a faltar algún día.

Se instauran las oposiciones (*adentro-afuera, aquí-allá, antes-después, cerca-lejos*) que con anterioridad eran inexistentes ya que era entonces un espacio especular donde el movimiento era bidireccional, en una permanente continuidad.

CAPITULO 3

“ANÁLISIS Y COMPARACIÓN DE ALGUNAS TÉCNICAS ESCÉNICAS EN LA PSICOTERAPIA INFANTIL”.

"Si el niño juega a ser...es porque le es imposible serlo".

*Levin, E. Discapacidad Clínica y educación. Los niños del
otro espejo. 2006, pp. 118*

La angustia ante las frustraciones, ante las continuas ausencias que el niño vivirá por parte de su madre, le denotará de forma inconsciente el no poder gozar más con el cuerpo de ésta, a saber que se aleja. Ausencia que es ocasionada por la entrada de un tercero, la entrada de la Ley Nombre-del-Padre y que habrá de presentarse en el caso de las neurosis, con sus respectivas fallas para hacer un corte aunque no definitivo con la relación imaginaria y atemperar la ley de goce; es decir poner distancia al goce, a la relación dual imaginaria por medio de la relación simbólica que habrá de gestarse por la Ley del Padre para introducir el deseo. No obstante, ¿Cómo es que el niño “sobrelleva” esta angustia de separación? ¿A partir de qué?

La alternativa planteada basada en múltiples observaciones y estudios apuntan a la cuestión lúdica como parte del desarrollo del niño, como si esto fuese algo cotidiano, banal y simple, como si

la propia actividad lúdica trabajara por su cuenta sin la imperiosa intervención de una interpretación que activará o desactivará el devenir infantil. Será el psicoanálisis el que abordará con tal importancia el sentido que tienen los elementos fundamentales infiltrados que acontecen en la historia del niño y que lo llevan a manifestar (en el mejor de los casos) su inconformidad respecto al devoramiento parental, la ambivalencia afectiva, entre otros elementos que llevan al infante a mistificar la verdad, desembocando en una sintomatología aquello que no podrá poner en palabras, porque aún no cuenta con la palabra precisa que ese Otro debe otorgar para entonces dar otro sentido a eso que sucede; de otro modo, lo llevará al cuerpo como una alternativa de darse una explicación a “eso” y lo infiltrará de manera peculiar a través del juego. Espacio princeps para la intervención en la terapéutica infantil.

Siendo la interpretación una herramienta fundamental a retomar desde el psicoanálisis, la observación y la escucha de la interpretación que el niño le otorga a “eso”, permitirá que el analista pueda hacer intervenir de manera cautelosa la palabra sutil que permita hacer caer el síntoma de forma gradual; ya que si bien el niño no puede ponerle palabras a “eso”, el psicoanalista habrá de ser una especie de soporte que mediatice bajo la palabra que ha de

hacer intervenir partiendo de la escucha de ese discurso parental que parasita al niño y de la escucha del niño que dejara ver la forma en que ese discurso parental se articula en el síntoma que lo enajena; una intervención sutil que posibilite la caída del síntoma, para hacer que eso que ha mistificado, es decir, que a eso que se ha fijado con el falso don de una verdad, caiga de forma definitiva.

El ejemplo más claro de cómo comienza el pequeño a poner palabras a eso angustiante, es la observación llevada a cabo por Freud (1920), donde describe el juego del niño con el carretel, niño que era su nieto, y que tuvo oportunidad de generar un análisis profundo relacionando la actividad lúdica con las ausencias de la madre.

Como dato introductorio y sumamente importante, se observa de primera instancia la relación que sostiene la madre con su hijo, la cual describe como una relación de ternura y cuidado. No obstante, hace la puntuación interesante alrededor de cómo el niño, en momentos en los que la madre se ausentaba, había resuelto o al menos parecía no estar tan angustiado por la partida de la misma. Freud, refiere que el juego del niño con el carretel era una alternativa que ofrecía al mismo, un trabajo continuo de resolución ante el duelo que posteriormente viviría por las ausencias repetidas de la madre, Freud (1920)

Este buen niño exhibía el hábito, molesto en ocasiones, de arrojar lejos de sí, a un rincón o debajo de una cama, etc., todos los pequeños objetos que hallaba a su alcance, de modo que no solía ser tarea fácil juntar sus juguetes. Y al hacerlo profería, con expresión de satisfacción e interés, un fuerte y prolongado “o-o-o-o”, que según el juicio coincidente de la madre y de este observador, no era una interjección, sino que significaba “fort” {se fue}. Al fin cai en la cuenta de que se trataba de un juego y que el niño no hacía otro uso de sus juguetes que el de jugar a que “se iban”. Un día hice la observación quien corroboro mi punto de vista. El niño tenía un carretel de madera atado con un piolín. No se le ocurrió, por ejemplo, arrastrarlo tras si por el piso para jugar al carrito, sino que con gran destreza arrojaba el carretel, al que sostenía por el piolín tras las baranda de su cunita con mosquitero; el carretel desaparecía ahí adentro, el niño pronunciaba su significativo “o-o-o-o”, y después, tirando del piolín, volvía a sacar el carretel de la cuna, saludando ahora su aparición con un amistoso “Da” {acá está}. Ese era, pues, el juego completo, el de desaparecer y volver. La más de las veces solo había podido ver el primer acto, repetido por si solo incansablemente en calidad de juego, aunque el mayor placer, sin ninguna duda, correspondía al segundo. Sigmund, 1920 (pp. 14 y 15)

Sin lugar a dudas, es lo que en otro momento, el psicoanálisis desarrollará con mayor profundidad alrededor del tema de las separaciones. En este ejemplo descrito por Freud, se aprecia aquello que inevitablemente se infiltra en la cuestión lúdica; de esta manera cuando el niño se niega a verse involucrado en la actividad lúdica, también otorga información acerca de él mismo, es en pocas palabras inherente la continua lectura otorgada al niño.

La actividad lúdica ha sido una herramienta en el psicoanálisis

infantil, para retomar elementos de peso en la historia del sujeto, historicidad que cada segundo se va entretejiendo en el niño y por supuesto aquello del contexto del sujeto que parece aquejarle y que ello le lleva a generar un síntoma.

Freud interpretó el juego como una forma alterna que había encontrado su nieta para tolerar la partida de la madre en el momento en que el niño en el juego ponía en escena las idas y venidas, marchas y retornos del objeto; esto como una forma o un modo mediante el cual el niño se puede encontrar en un estado de menor angustia ante la iniciación de frustraciones, respecto a la ausencia y presencia de la madre, que están por venir y que sugieren un buen porvenir en el campo simbólico.

Este buen porvenir no sugiere un camino en absoluto allanado y placentero; por el contrario, será a partir del displacer que experimente el niño ante la partida de la madre, que se pondrá en escena un papel activo; es decir, que en este acto donde se pone en escena cierta agresividad⁴ de arrojar el objeto fuera de sí

⁴ Entiéndase agresividad en el sentido de acometividad, de plantear una distancia, y en esa distancia una diferencia. Es un primer encuentro con el mundo simbólico; muy diferente al acto agresivo que siempre implica un estado en lo real donde la palabra (simbólica) no tiene ninguna injerencia

permite infiltrar una aparente dominancia respecto de quién es el que abandona a quien; es decir -y como si tal fuese un mecanismo de defensa-, el niño preferirá arrojar, lanzar lejos de sí el objeto, o sea que en su papel activo se pondrá en escena el hecho de ser él quién eche a la madre, la expulse de sí; asumiendo por así decirlo la ida de la madre mediante estos simples vocablos que anuncian victoriosos el preludio a la entrada del campo simbólico; es decir, que en esta especie de agresividad primitiva el niño puede asimilar por medio del juego del fort-da, el cual no se reduce simple y llanamente al juego del carretel, sino a un empleo más variado y rico donde el niño para decirlo en términos lacanianos, juega la experiencia de la presencia y la ausencia. Lacan va más allá: el niño solo puede reconocer la presencia mediante la ausencia; es decir, mediante la pérdida de objeto. En ese momento, el niño no verá más el objeto como tal, en lo real, sino que se convertirá en lo que Freud llamó una representación del objeto por medio de la palabra. Es este el sentido del Das-ding de Freud, sobre la Cosa no será otra cosa que la palabra haciendo puente con la Cosa. De esta manera la riqueza del Fort-da, ira de este allá-aquí, al arriba-abajo, derecha-izquierda, dentro-fuera, cerrado-abierto, aparecer-desaparecer, etc. Es el juego de pares opositores lo que de forma radical remitirá al infans poco a poco dentro del campo de la palabra; es decir, de lo simbólico. La

pérdida del objeto primordial (la madre), cuya forma apuntará a atemperar el goce, por la distancia, pero también la angustia de no tener el objeto de sus deseos tiernos (tempranos).

Esto concede al niño un aparente control y dominio en dicha situación de separación, escena que parece construirse bajo el displacer pero que por ello permitirá el gradual allanamiento del camino hacia lo simbólico.

Bien, en el juego el futuro sujeto abre un campo de posibilidades infinitas, multivariadas donde el objetivo será una búsqueda continua pretendiendo encontrar aquel objeto perdido -sin que lo sepa-. Colocará en escena algo más que la simple manipulación de objetos e *interpretación de personajes*.

La *interpretación* es un término que para el propósito de la investigación deberá ser entendido desde dos perspectivas interesantes, distintas y relacionadas al mismo tiempo. Por un lado en la *interpretación de personajes* que el niño pone en escena. En este espacio se juega la *representación* de una historia y por ende la problemática del niño, el síntoma parece ser que se desvía hacia ese juguete, dibujo, títere o personaje con el cual juega o se identifica el niño, como una forma posible donde el niño puede ser fuera de él mismo. Le coloca entonces al personaje su propio drama, su síntoma, su enfermedad. A manera de exorcismo, en lo

que interpreta en el juego el niño puede librarse del mal solo por un momento del mal de goce en el cuerpo, del mal que le ocasiona la postura coagulante -suscitada por una madre que con sus excesivos cuidados lo enferma- que permite un contacto directo con el cuerpo real. Sin embargo, esto no basta, ya que una vez que el mal o la enfermedad sale del cuerpo, el niño se queda entonces en un completo vacío, vacío que si no se significa con absolutamente nada, volverá a tomar su forma original; es decir, volverá a hacer propio el síntoma del que ha sido preso. Y esto es debido a que una vez que ha echado fuera “eso” en la actividad lúdica, el pequeño se siente desamparado al no encontrar una significación del por qué lo ha echado fuera y que ya no lo necesita dentro. Que eso que le han dicho lo ha mistificado, es decir, que ha vuelto verdad una mentira. Es aquí donde entra el quehacer del analista infantil con su interpretación de aquello que ve y que tiene como base la aguda escucha y observación del mismo, eso que escucha es la forma como se ha construido la relación imaginaria, la relación dual; para dar la palabra soporte que hará caer el síntoma, esa palabra soporte tendrá que ver con lo que en el registro imaginario ha acontecido, como para dificultar u obstaculizar el acceso a la Ley-Nombre-del-Padre.

Fundamental es este elemento, ya que de otro modo, el sujeto se encontraría en un ir y venir bajo un círculo de enfermedad donde

aparentemente expulsa el síntoma siendo que si al final, no se le otorga un sentido a ello, el niño retornará con mayor insistencia al punto de inicio, al lugar de la enfermedad. El lenguaje que otorga el analista al sujeto que se coloca en *escena*, infiltra una serie de palabras, gestos, miradas, sonrisas, voces melódicas, etc. que permiten generar una reconstrucción a nivel imaginario, con el único propósito de generar un soporte que permita al niño en -este caso neurótico- atar un nuevo significante, significante que ya no se ubicará más en lo real, sino más bien en el campo de lo simbólico que ya ha mediatizado al registro imaginario. El analista, dentro de la transferencia imaginaria, deberá leer, decodificar y dar significación y sentido a eso que pone el niño en *escena*, para que de forma infiltrada se muestre toda una paleta de significantes, una extensa gama de los mismos, donde pueda sujetarse el pequeño futuro sujeto. Cuando ello sucede, de forma progresiva se va allanando el camino hacia el campo del deseo, de este modo el niño podrá irse preparando para una *puesta escénica* donde se genere una demanda desde el registro de lo simbólico.

La *interpretación* es entonces un término que colocado en *escena* permite apreciarse desde dos sentidos, a partir del niño y del lugar que juega el analista, ello con el sentido de prestar significantes (**mirada y deseo**), a partir de la escena dramatizada de los padres, necesarios que hagan función de soporte provisional ante la

dirección de la *puesta escénica* que indica la conducción del niño, hacia el campo del deseo. Para ello es necesario prestar escucha y mirada a aquello que se coloca en el escenario infantil, el cual se encuentra conformado de desbordamiento, de construcción, destrucción, fantasías, creaciones. Una movilidad continua que habla de una no estaticidad, la cual remitiría al goce.

El síntoma es la representación precisa de contención en el niño, ya que de otro modo sin este borde (límite) el niño quedaría posicionado en un estado de locura. Ante esa situación, se plantea entonces que el analista al prestar mirada, escucha y en definición lenguaje a eso que sucede con el niño, al colocarse en un lugar bajo el cual prestando soporte reconstruya a nivel del registro imaginario para que bajo esta “palabra soporte” pueda el niño librarse gradualmente del síntoma, con una cautela y sutilidad que le proporcione la palabra, otorgando sentido a eso que ocurre a su alrededor, siendo esto posible podrá tener acceso a su propio deseo.

Es así, que por ejemplo en el caso ya planteado -del juego con el carretel-, se percibe cómo es que el niño, al jugar no solo infiltra sin querer algo de lo que acontece en su historia, sino que también utiliza el juego como una forma de poder *representar*, de poner en *escena*, alguna situación y/o representación insoportable, y que le aqueja ya en su pequeña psique aún en construcción.

Cuando el niño juega, se pone en *escena* el sin sentido, no racionaliza su hacer, simplemente desborda en el acto y muestra su capacidad de metamorfosear la cosa. El juguete no es juguete, él mismo no es. Será en la escena porque de otro modo eso que es, sabe que no será en la realidad, es por así decirlo el juego, una puesta en escena donde todo es una mentira verdadera, tal como lo describe Levin (2006): la experiencia del jugar en escena implica el fracaso del niño, ya que éste nunca llegará a ser del todo el personaje que se pone en *escena*.

El niño en un play juega, pone sus reglas las rompe y las vuelve a poner, condición necesaria para que el mismo pueda dar soporte al yo. La entrada de la Ley por tanto puede representar dificultades.

Cuando un niño se pone en juego, la *escena* le ofrece la posibilidad de ser alguien que no es, pero que al parecer funciona como promesa del yo, ya que el niño sabe que no es por el momento, por ejemplo un aviador, astronauta, corredor de autos, etc.. Pero quizás y de manera inconsciente el niño guardará esto, se quedará en su psique como una huella similar a una cicatriz que aporta el construir una historia; la cual servirá con posterioridad en la etapa adulta para reencontrarse con aquellos elementos que hicieron lo infantil de su historia.

La producción lúdica y la puesta en escena remite precisamente a eso, a que el niño pueda ser y verse en espejos distintos, que la

monotonía e inmovilidad que ofrecen como estado algunas sintomatologías, se vean metamorfoseadas por el niño, que pueda abrirse un camino que como se mencionó anteriormente en las neurosis graves y las psicosis de presencia se encuentra al borde de la clausura, no existe un allanamiento específico del camino hacia el registro simbólico, ni siquiera se percibe una intención mínima de apertura para que el niño sea sujeto del deseo.

Ahora bien, no solo la cuestión lúdica es una herramienta fundamental para la clínica psicoanalítica en el tratamiento de neurosis y psicosis. En esta investigación la *técnica escénica* se propone como herramienta fundamental donde el niño pueda colocar en escena lo que acontece, eso que se logra escuchar como malestar en el discurso parental, que termina por demandar una intervención clínica para el hijo debido a una serie sintomatológica que deriva en la etiqueta de enfermedad.

Cuando el niño se juega en la *puesta escénica*, sin que esto sea racionalizado por el mismo se produce un acto que permite hacer un espacio más sensible ya que el niño hace lo que siente y siente lo que se pone en escena, Levin (2006).

El niño a través del acto escénico puede proporcionar otros significados. En la *producción* construye algo más. Por ejemplo: el niño construye un castillo con piezas de rompecabezas de piso, elige cómo desea armarlo, si es que vivirá en él, si tendrá ventanas

o puertas, de cuantos pisos será, etcétera. Pareciera que elige en su quehacer creativo, qué hacer con las piezas que tenían un fin determinado, transforma el fin del objeto en algo distinto, hace, nombra, transforma, crea, metamorfosea el objeto; le entrega otro tipo de mirada que permite hacerse ver diferente. Aunque sabe que ese castillo prometedor y ese personaje el cual *interpreta* jamás ha de concretarse en un “sí”, ya que como Levin (2006) menciona, toda escena ha de manejarse en un “como sí”.

El niño hace del juguete otra cosa. Él mismo se pone en escena, siendo así que se asigna personajes, crea nombres y acciones y todo ello se traduce en lenguaje, como si tuviera la característica psicótica de crear neologismos, el niño lo hace en un intento de dotar en el sin sentido algo de sentido, de saberse diferente, de poder infiltrar en su lenguaje y sus palabras aquello que le aqueja de la realidad que vive y que es para él difícil tener una palabra que sea precisa para poder cuestionar al adulto o de otro modo confrontarlo.

Pareciera que el niño al ponerse en escena, al crear tuviera una necesidad de llenar vacíos. Al ser dueño de la *escena* y la cuestión lúdica, estas actividades apuntarían a pensar en la posibilidad de otorgarle sentido al mundo, entregar signos para que se le devuelvan significantes. Ya que el otro en representación del Otro construye en ese desbordamiento imaginario para él.

El vacío que se hace presente, para el niño con sintomatología se hace terrorífico, ya que la enfermedad en el niño permite mantenerse en un único lugar, en el de la demanda al Otro, Levin (2006). Sucede entonces, que para el niño con sintomatología el vacío se presenta como la nada. Allí no se puede construir. Y no se construirá en tanto al gran Otro no le otorgue un sentido a eso que se produce; de otro modo esto se asemejará a una caricatura sin peso alguno, sin significante y por ende sin significación alguna. El hecho de poner en juego y/o en escena sería el equivalente a poder salir de ese goce para encontrarse en una posición que apuntaría a que el niño pueda desear mediante la *recreación, representación, escenificación*.

La etiqueta de la enfermedad, la sintomatología encierra al niño y parece condenarlo a quedarse en una posición de goce tortuosa. La demanda entonces, se convierte en ambivalente, ya que por un lado existe la ganancia de mantenerse con la madre, pero por otro, el que ella pueda reubicar su mirada en otros puntos. Lo que quizá haga pensar en que la madre pueda bajo este ejercicio, en bien de su hijo redireccionar la mirada, convirtiéndola en una mirada efectiva; es decir, en una mirada que mire el deseo del hijo y el propio. La llamada para que ese Otro se mantenga en una posición de soporte provisional, de un buen soporte que le otorgue la confianza suficiente para salir de la célula narcisista. Sin embargo

esto no sería posible sin la escucha del discurso parental.

La opción del *teatro* y la *escena*, propuesta en esta investigación, tiene como objetivo que la población infantil, obtenga en el otro espejo, una oportunidad donde a partir del acompañamiento del psicoanalista se logren obtener resultados desde la *interpretación de personajes* en el niño y la interpretación de aquello que el niño pone en escena. Es por ello que se rescata como parte fundamental la transferencia, una transferencia que de primer momento se habrá de manejar desde lo imaginario para después apuntar a una simbólica. La transferencia de tipo imaginaria tiene como fin establecer un espacio donde el analista lleve a cabo la función de soporte simbólico provisional para la reestructuración imaginaria, y con ello abrir paso a una transferencia de tipo simbólica, donde a partir del lenguaje se abra camino para que el infante nazca al deseo.

En cuanto a las psicosis de ausencia, la transferencia colocada en escena refiere lo siguiente: el psicoanalista será aquel soporte simbólico que le brinde de manera gradual una estructuración a través de “la palabra soporte” y en el caso de las neurosis y psicosis de presencia una reestructuración de la relación imaginaria para que el niño pueda lograr acceder al campo del deseo. El analista ha de ser la persona que es objeto y al

mismo tiempo sujeto. Objeto porque será en él donde el niño colocará elementos importantes, proyecciones fundamentales para lo que está a punto de ponerse en juego. Y será sujeto a la vez, en el sentido de ese pequeño “a” que designa al semejante y por otro como “A”, lado que apela al gran Otro porque designa su filiación a lo simbólico, su semblante de ser sujeto del deseo, y porque tendrá que representar para el niño un soporte simbólico, para que el niño pueda arriesgarse a salir y verse en otros espejos.

Se dice simbólico porque el analista deberá regresar la palabra “mágica”, que en realidad es el significante que espera el niño para desentramar “eso” que ha quedado mal fijado cada que él lanza esos elementos sintomáticos y que para él son incomprensibles.

Fundamental será aquel momento donde el niño se movilice, teniendo como soporte y de cierta manera la presencia, para que después se entreme la ausencia como deseo salutífero y alienación al gran Otro, de esta forma el niño comenzará a historizar.

Es entonces que cada parte fragmentada del niño comenzará a libidinizarse, se erotizará cada una de ellas y se va, por así decirlo, entretejiendo con lo simbólico que el Otro, en este caso el psicoanalista, a partir de las intervenciones que no

correspondan a una mera mecanización, ni a ningún imperativo categórico, sino a las detecciones por medio de la escucha y la observación para introducir no en un momento cualquiera del juego en el *acto escénico* el significante, o la palabra, o frase soporte precisa que permitirá la caída del síntoma y el acceso a un deseo propio, en el campo de la palabra, campo de lo simbólico. Este será el devenir del yo.

Cuando el niño entra en escena, surge un desdoblamiento, ya que en ese momento es alguien que no es, pero que sin lugar a dudas permite, desde el punto de vista gestalt, una actividad catártica que tiene como objetivo, en el caso de la técnica de dramatización, que los niños utilicen la mente, cuerpo, sentidos, sentimientos y el espíritu para alcanzar una modificación aparente en la postura y expresión facial, lo cual llevará al niño a tener un mejor contacto consigo mismo y con los demás, Oaklander (1992).

El fin bajo la óptica gestalt, es una “modificación” aparente con apoyo de las herramientas con las cuales parece ser que el niño cuenta como lo son los sentimientos, el espíritu, etcétera. El cuestionamiento es saber si, lo que realmente importa es que el niño cambie por una demanda de cura por parte de los padres. Es decir, el terapeuta responde a esa demanda y se ve entonces envuelto en una trampa imaginaria con los padres, haciendo caso

omiso de lo que el niño dice con su silencio. Se le percibe de esta manera al niño como un objeto a componer para complacer al otro (padres, maestros) en su demanda.

“La actuación ayuda a los niños a acercarse a sí mismos, pues les permite salirse de sí mismos” (Oaklander, 1992, p.137)

Resulta ser ésta una apuesta interesante y que casi logra converger con la mirada analítica, y se dice “casi” debido a lo que se expone en la dinámica de *Dramatización Creativa*, se narra la experiencia de un niño bajo la *puesta escénica*, donde el objetivo es alcanzado, el cual era lograr un cambio conductual y de actitud en el niño; el niño entonces “era otro”. Esta escena fue parcialmente dirigida por Oaklander, Oaklander (1992), punto divergente en la teoría psicoanalítica.

¿Por qué la *puesta escénica* debe ser dirigida por el analista? Se pretende ser soporte para vehiculizar el deseo del menor pero no una meta y dirección a seguir sobre lo que uno desea o lo que los otros demanden que sea.

En relación a la última cita textual en tanto refiere a la actuación, la gestalt tiene una visión peculiar sobre el sujeto. Se cree entonces que por medio de la actuación el niño actúa pero sin dejar de ser él mismo. El niño y todo sujeto es en la medida en la que se construye,

por ende la determinación que toma la visión gestalt referente a la persona como una totalidad en tanto refiere a la completud del sujeto, hace ruido desde la postura psicoanalítica, ya que bajo esta óptica, el sujeto se debe encontrar en continua construcción y movimiento encaminado a encontrar aquello que le falta, sin encontrarlo. Es decir, que siempre exista una hiancia que permita movimiento.

El niño no es el niño, es un frankenstein construido por partes de los otros, no se debe anular tan importante primicia.

Analizando la visión gestalt, en relación al objetivo, pareciera ser que el niño logra tener un contacto consigo mismo y que por ende esto permitirá un mejor contacto con los demás, el cuestionamiento entonces se enfocara en los siguiente: ¿Se pretende adaptar al niño? La respuesta es implícitamente afirmativa. Entonces se está frente a un trabajo meramente de índole imaginaria, un trabajo solo a nivel del yo.

No se trata de que el niño sea “aparentemente funcional” se trata de ir más allá de lo que el terapeuta y analista desean escuchar por su ya tan pulido lugar seguro al saber. Escuchar para no oír.

Necesario es retomar esto, recordando que en la postura del analista y terapeuta no hay lugar seguro al saber respecto del otro que está en *escena*, por ende sería un error el que el terapeuta gestalt pretenda dirigir y pensar que eso es lo que necesita el niño.

Se apostaría a pensar que más bien es una tentativa satisfacción de la demanda de cura por parte de los padres. Por ello, es mejor situarse en un lugar supuesto al saber, donde bajo la mirada analítica se apuntaría a dejar que el sujeto se ponga en juego y entre en *escena*, siendo el analista un soporte; un mediador comunicativo, el niño deberá ser el escritor de una historia, inventor de un saber, que se generará en compañía del psicoanalista.

Bajo la postura gestáltica se percibe el objetivo de la *representación* y la *escena* como aquel descubrimiento de sí mismo para entonces se viva de forma genuina y auténtica, Oaklander (1992). Si bien es cierto que el infante habrá de irse descubriendo en la *escena* también es cierto que no podrá vivirse con la autenticidad utópica que mantiene como meta el terapeuta gestalt. Habrá que recordar, nuevamente, que un niño es un sujeto en continua construcción. Por ello, es mejor referir al pequeño como un sujeto hecho por otros, con ese soporte se es.

Si bien la *escena* permitirá ser un espacio bajo el cual se pongan en juego dichas partes para entonces vislumbrar lo que en el silencio al niño le aqueja y que por ende genera síntoma, el analista será soporte provisional en una transferencia de tipo imaginaria y simbólica al mismo tiempo, otorgándole una gama de significantes posibles que fragmenten la holofrase donde no hay más que goce, para entonces dar pie a una inscripción, a una fractura, un espacio

que genere deseo.

Es entonces lo propio de la *escena* la herramienta fundamental a trabajar en tanto a la intervención psicoanalítica se refiere. Si bien, la corriente gestalt busca el perfeccionamiento de la expresión facial y la verbalización de sentimientos y emociones, bajo diversas dinámicas donde se otorga una interpretación superficial o nula, esto no permite al niño salir de ese círculo de sintomatología y enfermedad, con anterioridad se menciona.

Desde el psicoanálisis, habrá que colocar una atención especial en la observación y la escucha de los significantes, que se han atado en eso que dice el niño: en la palabra y en el síntoma, esto permitirá una mejor intervención clínica que permita al niño atar nuevos significantes de forma gradual teniendo como sostén la transferencia imaginaria para acceder a la simbólica.

En cada una de las actividades propuestas por Oaklander en su libro *Ventanas a Nuestros Niños*, presenta una serie de ejemplos sencillos alrededor de la dramatización, en donde ella dirige las dinámicas, al asignar lo que cada niño debe representar y bajo qué personaje en específico. No obstante, ¿De qué forma es que se puede estar tan seguro de que lo que se ordena en la instrucción será de utilidad para el niño? pareciera más bien ser de utilidad,

pero para el terapeuta gestalt.

Ahora, bien, cada personaje que se asigna en realidad no se sabe que se va infiltrando; solo se puede apuntar a un probable error en tanto refiere a la contratransferencia, la cual implica colocar en el niño lo que él cree que funcionará. Lo verdaderamente importante es el niño que se coloca en *escena* y que al parecer como acto de amor, entrega al analista parte de aquello que le enferma ¿Cómo pasar por alto esto?

Dentro de la técnica de dramatización, en especial cuando desde la gestalt se habla de *caracterizaciones*, se sugiere que el terapeuta haga que los niños *representen* diferentes roles, lo cual puede asignarse de manera azarosa o bien bajo la recomendación de utilizar en niños más pequeños una “llave mágica” o “varita mágica”, para que de esta manera el adulto con la varita mágica ordene al niño convertirse en lo que el terapeuta desee, Oaklander (1992).

La varita mágica, puede visualizarse bajo dos perspectivas: la gestalt y la psicoanalítica. Bajo la primera, el objetivo no es distinto al que ya se ha mencionado en relación a que el niño tendrá una mayor posibilidad de poder aumentar la conciencia de sí mismo, y por ende ser de una forma auténtica y genuina; con mayor

probabilidad de tener una mejor expresión de sus emociones, sentimientos y pensamientos, y así, al estar en mayor contacto consigo mismo lograr un mejor contacto con su entorno.

Sin embargo bajo el ojo psicoanalítico, la varita mágica le pertenece al infante, con la que el niño tiene la oportunidad de hacer que el tiempo, el espacio y la cosa se transforme. Con la varita mágica el niño puede "...construir destruyendo o destruir construyendo". (Levin, 2006, p.183)

La varita mágica permitirá al niño salir del siniestro goce donde se encontraba enclaustrado bajo una palabra o una mirada mal colocada de la función materna hacia el infante. Le permite entonces salir del goce, de aquello terriblemente estático para abrir la puerta del sinsentido, un espacio donde podrá verse en otros espejos, para poder posteriormente descubrir su yo frente al espejo. Dejar de ser un ritmo lineal y monótono para convertirse en un conjunto de sonidos caóticamente ordenados que generan la melodía del deseo. Es decir, salir del goce para ser todo y nada a la vez, es lo que llevará al niño al descubrimiento de su yo, de la singularidad que lo definirá. La varita mágica o escénica como significante que despierta un nuevo sujeto, Levin (2006).

Por otro lado, desde la cuestión psicoanalítica, se pretende la escucha de lo que el niño no puede decir. Será en *escena* donde

el mismo habrá de colocarse en lugares donde jamás podría hacerlo. He ahí la importancia de la transferencia imaginaria en el acto escénico con el infante, el analista apuntaría a ser objeto y sujeto “a” y otro en representación de Otro, a partir del niño y no a partir de la demanda de cura por parte de los padres.

Será en la *escena* donde el infante retome elementos de la realidad para cubrir y descubrir sucesos que le historizarán y que son de total importancia en la escucha para poder ofrecer no solo una mayor comprensión, sino también efectiva intervención.

La *escena* es más importante de lo que se cree coloquialmente. No solo el niño juega a ser otro, sino lo que pone en juego es la *representación*, la construcción y la *producción* de una subjetividad donde se instituyen las grietas propias del inconsciente, que quedarán como resonancia, como recuerdo. Esas sombras de los personajes en la *escena* se convierten en fantasmas, recuerdos de la peculiaridad de sus sentimientos en la infancia, todo ello que hace infantil su infancia y que al parecer se van desvaneciendo, quedando solamente vestigios, huellas, pruebas que dejará el inconsciente en las neurosis a través del acting out, de los sueños, síntomas, lapsus del lenguaje, etc., y que en un futuro ese sujeto podrá resignificar a partir del lenguaje, de la palabra.

El niño es entonces un artista nato.

En la actualidad, el arte se convierte en una serie de técnicas aprendidas pero sin aprehender, de instrucciones y pasos a seguir que dará como resultado un arte (teatro, pintura, música, danza, escultura) gozoso, donde el pseudoartista irónicamente creará que está creando o construyendo, que produce con lo que construye siendo que trágicamente solo se quedará en el mismo punto donde se encontraba, en el vacío nadificante, nadando en la nada.

El artista, el verdadero artista crea, sin tener la menor intención de crear y crea porque *recrea escenas* de su propia realidad. El niño por naturaleza es entonces artista, sin tener la menor idea e intención de serlo, es. Y es, en escena lúdica, porque le es imposible serlo en la realidad. En las neurosis y psicosis de presencia infantiles, lamentablemente lo artísticamente nato del infante se ve entorpecido por el goce encontrado en la relación imaginaria con la madre.

La *puesta en escena* como herramienta, que en esta investigación se propone se visualiza como codivante en la clínica psicoanalítica para estos niños, con el único objeto de posibilitar la entrada al campo simbólico, trabajando en la reestructuración de la relación imaginaria otorgando al mismo tiempo el soporte y

seguridad que el infante necesita para percibir el exterior ya no como algo terrorífico, sino como un espacio donde él pueda recrear escenas continuamente que permitirán historizarse, dejar cicatrices, grietas inconscientes.

El arte, y en específico el *teatro*, no es un tapón más que ayudaría al niño a desviar la mirada de él mismo. Cuando se *recrean* e *interpretan* personajes en la *puesta escénica*, se pretende que sea el niño quien elija, que abra camino, implícitamente, para encontrarse con nuevos rostros, y que de ello se apoye para aprehender su imagen.

Azar (1982), percibió el *teatro* como un arte donde se unifican todas las artes, es decir, es en la puesta escénica donde se juegan todos los sentidos, y no solo la cuestión orgánica y elemental de los sentidos se pone en juego, sino que es la propia realidad del sujeto que coloca en el personaje que encarnará y lo que colocará en *escena*.

La equiparación encontrada entre el psicoanálisis y el *teatro* se resume en lo que Azar aporta alrededor de dotarle al mismo un “poder” y/o “capacidad” que permite otorgar un nombre a la cosa con el propósito de recrearla, interpretarla, ubicarla y contemplarla en búsqueda de un rostro propio, Azar (1982), de esta manera y bajo la técnica escénica, el niño que es sujeto de atención podrá poner en acto aquello que le aqueja, el *teatro* habrá de ser ese

espacio donde el niño pueda sentirse gradualmente seguro y confiado del exterior que le rodea.

En aquel espacio, en el teatro bajo la *técnica escénica*, ese espacio completamente vacío, pero importante, sostenido por un soporte imaginario por lo simbólico, que se apunta que sea el psicoanalista quien habrá de otorgar un sentido a ese sin sentido que se descubre en la escena al momento en que el niño recrea algo de su realidad y que habrá que hacer en el quehacer psicoanalítico: reubicar el posicionamiento de lugares tanto de la madre como del hijo y por supuesto la posesión del falo que se manifiesta en la madre que cambie a una posición frente al falo que la pondrá en condición de desear; todo ello con el objeto de que el sujeto (madre e hijo) sea sujeto a su propio deseo, ello bajo la reconstrucción sutil y paulatina de la relación imaginaria estática desde su posible causa derivada primordialmente de una mirada parcial o total en las neurosis, es decir ese engullimiento del hijo que desemboca en las psicosis de presencia.

La palabra *escena*:

1. Parte de un teatro o local destinada a que los actores actúen y representen un espectáculo ante el público.
2. Fragmento de una pieza teatral que forma parte de un acto de la obra: un

acto está compuesto por varias escenas.

3. Arte de la interpretación de las obras teatrales.

4. Teatro o literatura dramática.

5. Fragmento de una película en el que se produce una acción determinada.

6. Situación de la vida real que se caracteriza por ser especialmente asombrosa, divertida o dramática.

7. Grupo social o profesional integrado por personas especialmente destacadas o conocidas públicamente.

8. Actitud exagerada y fingida con la que se pretende llamar la atención.

Diccionario Manual de la Lengua Española. Disponible en: es.thefreedictionary.com/escena

Llama la atención la definición común que se tiene alrededor de la palabra *escena* y que por ende remite a pensar en el *teatro*. Pareciera, que a nivel social, el *teatro* y la *escena* se relacionan íntimamente en el sentido de que un conjunto de *escenas* hacen una obra de *teatro*, misma que es presentada por un grupo de personas preparadas en esta arte que se encuentran dispuestas a exhibirla sin exhibirse ante un público. Cada persona se prepara en el personaje que le es asignado por el director de la obra. No obstante, he aquí la gran diferencia entre la definición coloquial y el sentido que desde la clínica psicoanalítica se retoma.

Efectivamente, el conjunto de escenas estructuran una obra teatral sin lugar a dudas; sin embargo desde el psicoanálisis a la *escena* como el *acto* propio donde se han de reestructurar relaciones, una relación de índole imaginario mediatizada por la función simbólica proveniente del analista hacia el infante. El psicoanalista

es quien se erige en esta posición simbólica y quien dará ese soporte antes ausente en el pequeño.

No se pretende el montaje de una obra de teatro que pueda ser mostrada a los espectadores, o exhibirla a un público, sino más bien que el niño logre exhibirse, similar a un arrebató de sinceridad personal, como la forma quizás idónea de que el niño, se reestructure de forma gradual para una mayor diferenciación entre el yo y no yo. Es decir, la *puesta escénica* se maneja como un *acto* donde el sujeto juega con su propia realidad para mostrarse a él mismo qué es lo que sucede, siendo que el espectáculo a final de cuentas es para el propio niño.

El *teatro*, el *escenario* que espera, es espacio vacío (lugar donde se crea), la nada predomina; no obstante la puesta escénica pretende generar la importante transferencia en el sentido de ser el soporte imaginario a través de lo simbólico que haga saber al niño que la presencia del psicoanalista no tiene como fin engullírselo, devorarlo, perseguirlo o fusionarse con él, sino más bien marcar la diferencia entre el yo y no yo, importante para la constitución del ser deseante.

Se dice entonces que el *teatro* es espacio de encuentro, de un encuentro con el yo y el no yo en la *interpretación* de un personaje que lógicamente no es, pero que sin lugar a dudas es también

espacio de reencuentro en el hecho de que a saber la madre habrá de reubicar su posicionamiento frente al falo, ubicar su deseo, deseo que no se puede cerrar en el signo del hijo, deseo que está más allá de todo, el cual es inalcanzable, aquel que cuando creará tener atrapado en sus manos, se desvanecerá en cualquier momento yendo tras de él en una constante.

Se pretende que en la *representación* el niño obtenga elementos para reconstituirse, para el armado de su identidad y el camino hacia su propio deseo y por otro lado el de la madre, que haya una reubicación en tanto a su posición frente al falo se refiere.

Aquello que el niño coloca en *escena* no son personajes que el psicoanalista impondrá, ya que de lo contrario pasaría a ser el niño uno más de los seudo artistas, marioneta del Otro. El niño debe recrear lo que él decida, similar a la asociación libre en el diván, dejara fluir -será como iniciar y terminar, será su propio amo en el play (reglas propias) antes de anunciarse en el game- todo elemento que infiltrará su propia queja y el motivo por así decirlo del síntoma que presenta. Pero este vaciado sobre el *teatro* como espacio vacío no ha de retornar al niño de la misma forma, como una náusea que ha de regresar al cuerpo, sino más bien regresará en un entretejido imaginario y simbólico sutil, en la *interpretación* donde hay lenguaje, *acto* ténue que permita al niño otorgarle un soporte, que lo dirija hacia su propio deseo.

“Estoy enfermo de tantas mentiras que me he contado a mí mismo” (Azar, 1982, p.40) es este el sentido de la mistificación.

Es la mentira elemento fundamental causal de la patología en tanto se habla de neurosis y también de psicosis de presencia y es la *puesta escénica* la herramienta con la cual se pretende hacer caer el síntoma a través de la emisión de la palabra verdadera (que antes habría sido omitida a favor de la palabra del otro) desde el Otro.

Bien, el objetivo no solo es que el niño externe y se exprese a través de la *escena*, que represente eso que le aqueja en tanto a la mentira circundante o de otro modo a aquello de lo cual se le priva, en el sentido de que se le oculte información, sino que esto sea devuelto en una gama de significantes que le proporcionen diversidad de elección, como una paleta de colores con los cuales pueda tener mayores alternativas de espejo donde reflejarse con la seguridad y soporte de metamorfosear ese cuadro, esa pintura que el ya está creando y de esta manera decida si añadir color o con el mismo modificar lo que ya está plasmado.

Objetivo divergente en la apuesta gestalt con la técnica de *teatralización*, donde se pretende que el sujeto pase de una etapa *exhibicionista* a una etapa *espontánea*, la cual se caracteriza por una serie de actos que emergen plena y naturalmente, llegando a

ser el sujeto un ser auténtico, Polster (1980), es remitirse a lo abordado anteriormente, alrededor de la percepción que desde la gestalt se tiene del sujeto, un sujeto que no es sujeto a... Es decir, pareciera que la persona es singular, que de forma autónoma o autosuficiente podría llegar a ser un ser auténtico, y ¿Qué no es el síntoma sino por y para el otro?

Cuando se anula al otro del sujeto, sencillamente se anula al sujeto mismo. Pareciera más bien, que la técnica de *teatralización* infiltrará una gran cantidad de resistencias, al trabajar únicamente con la máscara y no con su reverso, bajo la misma pareciera pretender trabajar con un yo que está bajo imposiciones sociales, trabajo únicamente que remite al plano imaginario. ¿Y qué hay con el reverso?

No puede quebrantarse al niño de esta manera, dejándolo sin soporte alguno de la función simbólica, para “encontrar su yo”. Sin encontrar nada, se verá el camino del niño al parecer obstaculizado hacia el descubrimiento de su ser.

De manera completamente distinta es el trabajo bajo el enfoque analítico, ya que este soporte no será anulado, lo que interesa es el niño y la distinta mirada que puede otorgársele desde el trabajo transferencial misma que entrelaza lo imaginario y lo simbólico. En ella se crea un *espacio escénico* que pueda mirar a un hijo de una madre cuya estructura sea obsesiva, pero una mirada que no sature

de amor, una mirada amorosa sin resultar amenazante, siendo un ejemplo claro el caso abordado por Abrego (2015), donde la analista progresivamente a través de las sesiones que lleva a cabo con ella, le presta una mirada de amor, pero no en el sentido de dotarle todo sin que le haga falta nada, sino más bien realizando una hiancia a través de un acto donde el Otro fije su mirada en otro lado que no sea ella, para que de cierta manera pueda proporcionarle un espacio donde la niña por fin pueda descubrirse y ser. Un acto similar a un pseudo-rechazo donde el infante se encuentre ausente de la mirada amenazante y persecutoria tan presente, para presentarse una mirada que mira pero sin sofocarla, una mirada que dentro de un ir y venir le permite a Cho reconocer primero y luego demandar la presencia del otro, pero de un Otro salúfifero, que la mira y que le otorga el espacio necesario para que descubra su Yo.

Por otro lado, crear un espacio escénico donde se presta una mirada con amor a hijos de madres histéricas, cuya causa del malestar del niño es la parcialidad de mirada que ofrece; de esa mirada fría de la madre histérica, permite recatectizar la libido y así redirigirla a fe de darle un soporte que soporte el deseo del propio niño. Y que quizás en muchas de las ocasiones donde se ponga en escena esto, permitirá a la mujer-madre contemplar un

seudo-descubrimiento (en aquella identificación con el analista) de cómo es que se debe ser madre. Madre tanto que mira parcialmente, como la que mira en exceso (histeria y obsesión respectivamente).

En los casos de psicosis de ausencia, las cuales no se abordan en dicha investigación pero sin embargo se mencionan, el analista será ese soporte a nivel imaginario y por lo mismo que lo simbólico le soporta al mismo, hablará por ese que no puede, que no se le ha dotado de deseo. Será un interdicto hablando por aquel sujeto que no tiene la capacidad de hacerlo. Tendrá que poner en *escena* un acto similar al del acunamiento donde por medio del lenguaje, la mirada, la gestualidad y las palabras gradualmente genere un soporte a partir del deseo de ese gran Otro. Como se ha mencionado las psicosis de ausencia se caracterizan primordialmente por la ausencia de deseo materno, no existe una mirada materna, simple y llanamente por que la madre esta imposibilitada para dar una mirada, a causa de su posición psicótica.

Será entonces en las psicosis de ausencia donde habría un que-hacer psicoanalítico de completa construcción imaginaria, siendo que por el lado de las neurosis y las psicosis de presencia el planteamiento va dirigido a una reconstrucción imaginaria que

posibilite a través de la *escena* una *interpretación* del síntoma, otorgando en un plano simbólico todo un lenguaje que consta de distintos tipos de miradas, gestos, palabras que posibiliten a manera de caleidoscopio que el niño pueda dotar de mayores significantes a esa palabra que ha quedado congelada en la holofrase, en esa palabra que atrapa y que liga con otra como si ésta estuviese en el aire.

CAPITULO 4.

“LA PUESTA EN ESCENA DEL YO SIMBÓLICO EN LAS NEUROSIS Y PSICOSIS INFANTILES EN EL TRATAMIENTO PSICOANALÍTICO”.

*“My momma always said life was like a box of chocolates... You
never know what you’re gonna get”
Forrest Gump.*

El niño se mistifica con la palabra dada por el otro en función de Otro, la cual liga con otra palabra que atrapó en el aire anudándose así la holofrase. Misma que remite a un signo que representa la relación de una palabra con un significado quedando fijado el fantasma. El niño encarna la holofrase, se vive a partir de aquel significado que el Otro, en el lugar de los padres, le ha lanzado como una palabra. El niño en una búsqueda desesperada encuentra la palabra que le acomode desde su lugar, como un intento por dar sentido a la palabra fijada, o bien como una forma tentativa de dar respuesta al cuestionamiento que gira en torno al Otro.

Lacan habla acerca del fantasma en relación a ser un *guión* que escenifica el deseo. La holofrase habrá que pensarla como fantasma en muchos sentidos, primordialmente en éste, donde la

holofrase representa una palabra-frase la cual se convierte en signo, un signo que representa el goce. Se cierra toda posibilidad de acceder a lo simbólico, pero al mismo tiempo es este signo que remite a pensarlo como fantasma donde encapsulado hay un deseo. Un deseo articulado de forma inconsciente, que en el adulto bajo proceso de análisis puede ponerlo en palabra; no obstante en el caso de la población infantil será a través de la actividad lúdica o bien bajo la propuesta que tiene esta investigación, la *puesta escénica*, lugar que permitirá un desciframiento de dicho signo.

La holofrase genera un estatismo, un no movimiento, un goce permanente; pareciera ser que deriva de las ganancias encontradas en ella en el sentido de que es esto un tapón que evita a toda costa que se hable alrededor de aquello que generó la fijación en el niño. Ahora bien, es necesario especificar que esta palabra-frase no queda atada en un momento cualquiera, sino que se vinculan en un momento realmente significativo para el niño. Por otra parte, se podría creer que hay en los padres una aparente no intencionalidad en sus palabras, siendo que no hay casualidad sino causalidades, existe algo que inevitablemente liga esa palabra que han desprendido asociado con su propia historia, que hace que de forma inconsciente se emita y sea recibida por el hijo de una manera “distorsionada”. Esto como una forma de darse

explicación de aquello que le es imposible tramitar por los escasos elementos significantes que posee. En muchas ocasiones los padres apuestan a que su hijo de “eso” no sabe nada o no debe saber nada. Lo que desgraciadamente ignoran es que sin explicaciones por parte de ellos, el niño ante la falta de significantes que aclaren o especifiquen algo, se los dará con lo que tiene, creando el misticismo de la holofrase, misma que se convertirá en un fantasma tal como lo define Lacan.

Ante el goce que se vive con la holofrase, el niño no tiene otra alternativa más que seguirse viendo en ese único espejo sin que haya posibilidad de que se le resignifique. En la holofrase habrá siempre una devuelta de siempre lo mismo, la cual parece no tener salida.

Retomando lo que Levin (2006) propone bajo la temática: discapacidad, en referencia a la holofrase; se rescata la tentativa propuesta que tiene ante ello que es: la realización de un corte en la palabra-frase que ayude a rescatar al niño de ese goce y poder así resignificar.

En este sentido, el cometido del analista es precisamente descifrar este fantasma, a partir de la palabra para generar una especie de Spaltung⁵, el cual se asocia con el Fort/da ya antes mencionado, al permitir que se realice un corte para hacer la diferencia y con ello dar pie a que el niño comience a introducirse en el espacio de la oposición y que por ende tome distancia del contacto con el objeto-holofrase en tanto real -y que permanecía en goce- para ir permitiendo al niño moverse de ese estado; es decir posicionarse en un lugar distinto al imaginario. Es lograr poner distancia a lo imaginario por el corte de lo simbólico.

Lo pretendido será la realización de un corte en la holofrase para

⁵ Spaltung que refiere una escisión, un corte entre lo más profundo del sujeto en cuanto a psique y la parte consciente del mismo. La asociación y relación que tendría con el Fort/da es bastante cercana en el sentido de que ambos generan un corte donde el niño puede por fin ir vislumbrando el yo del no yo, es decir, se acerca cada vez más al campo simbólico.

Relación que de forma comparativa lleva a pensar en la holofrase, la cual como se menciona remite a una asociación directa y cercana con el concepto enunciado por Jacques Lacan alrededor del fantasma, a saber que la holofrase, palabra-frase congelada, se coagula en un signo, signo que representa el goce no permitiendo una movilización, sino una estaticidad que encapsula el deseo. Es justo en este punto donde a manera de rompecabezas convergen las piezas, siendo entonces la spaltung asociado con el Fort/da lo que permita descongelar la relación donde el goce permanece en el sentido de que este sea diluido a través de la mediatización, donde por supuesto el lenguaje y la palabra son protagonistas.

diluirlo. Fructífero es pensar en el teatro como herramienta que posibilite interrumpir el estado de goce, el *teatro* como un espacio donde la escena permitirá precisamente que el niño pueda verse en otro espejo a partir de la *representación* de otros personajes, solo así el niño al ser lo imposible, es decir, ser algún personaje de lo que nunca sería, podría percatarse de lo que es en realidad. En definitiva se trata de un juego imaginario donde sin lugar a dudas lo simbólico se pondrá en juego; permitiendo al niño verse en diferentes espejos donde pueda mirar a otro como semejante a través de la mirada del Otro. Mostrar destello de gestualidad, deslizar palabras, realizar algún movimiento, es decir que arroje una respuesta porque es el Otro quien le demanda. La mirada del niño será captada por el analista y debe ser reconocida como una llamada y un destello de demanda, a lo cual debe ser devuelto con un significante, con una gama de significantes, que le haga saber al niño que el Otro le está anticipando “algo”.

Es a partir del lenguaje que pareciera que se le reconstruye a nivel imaginario, lo que permitirá al niño jugar a ser y no ser, pero finalmente ser. Percatarse y hacer una diferencia entre el yo y el no-yo.

El fantasma y la holofrase se asocian de igual manera en el punto convergente de la enfermedad, donde el niño pareciera que se sacrifica por el Otro, su deseo está colocado en el deseo del gran

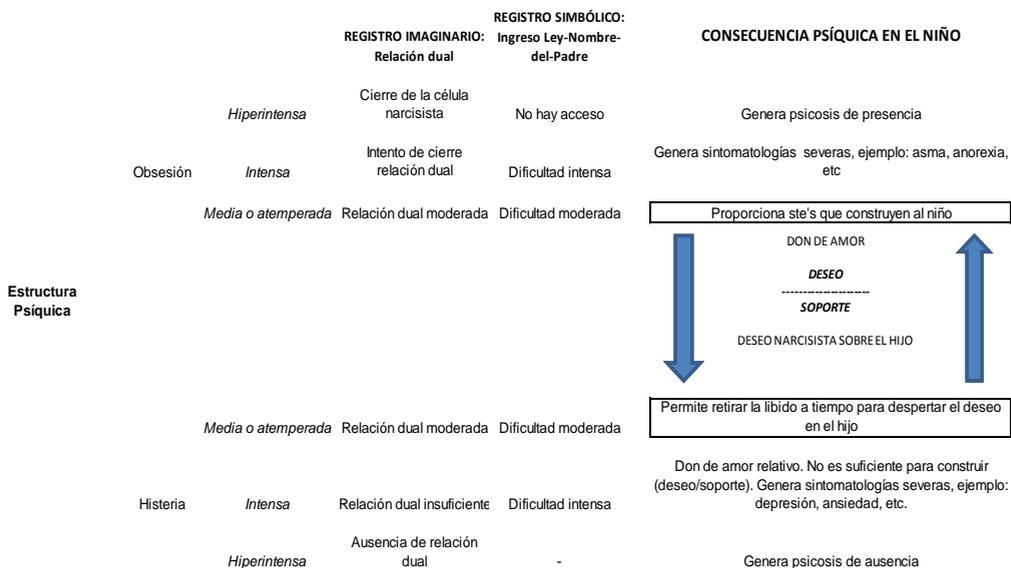
Otro, similar a la estructura histérica, siendo la diferencia entre un niño y la estructura histérica, que en la última existen mayores elementos a nivel simbólico que puedan rescatarse para desanudar el síntoma. La palabra aporta un soporte para el desciframiento del fantasma de su propio deseo. No obstante, en el infante, todo es distinto ya que el niño aun no encuentra palabra alguna para descifrar lo que sucede a su alrededor, con ello se mistifica y se holofrasea, es decir toma una palabra que recibe por parte de las funciones parentales y lo liga con un significado lanzado por una figura simbólica significativa, que quizás para él no tenía como cometido que para el niño llegará a representarle de ese modo.

La posición estática en la relación imaginaria, y los seguros fantasmas a generarse con posterioridad deviene del otro, que en momentos primordiales de conformación y construcción ocupa el lugar del gran Otro, es decir: de la estructura psíquica materna deviene la estructuración del infante.

El soporte dado por la función materna, lo conforman ese Otro, en la función imaginaria, pero también en su función simbólica, mismo que le dará su estatuto de soporte narcisista, es decir de deseo sobre el hijo, para que de esta manera haga construir en el niño un Yo Ideal. Sin el deseo, soporte desde lo simbólico esta relación imaginaria, llamada narcisista sería un imposible.

La estructura psíquica de la madre será el punto medular, ya que de

forma equivalente tendrá sentido con el deseo y soporte otorgado por la misma para con su hijo y ello tendrá como resultado la estructuración y construcción de este pequeño sujeto. Para resumir ello se propone el siguiente esquema, el cual se espera proporcione más claridad alrededor de lo que se piensa sobre la estructura materna y sus consecuencias psíquicas para el hijo.



En el mismo se explica de manera sintetizada cómo es que la estructura psíquica de la madre, traerá como consecuencia la estructuración de su hijo, y con ello la serie de fallas que nunca han de faltar. Se trata de dar una explicación concreta alrededor de

cómo el deseo y el soporte que le proporciona una madre a su hijo tiene que ver directamente con su propia estructura, y por ende tendrá que ver con su propia historia en relación a su conflicto edípico.

En dicho esquema se permite visualizar tres grados de modulación de la estructura especificada, siendo así que aquellas que corresponden a un grado medio o atemperado e intenso tuviesen la tendencia a generar neurosis y neurosis graves; y por otro lado el grado hiperintenso que pareciera ser podría llegar a generar psicosis ya sea de presencia o de ausencia.

La célula narcisista es un primer momento fundamental de constitución en el pequeño, es similar a una fusión entre madre e hijo. Un momento exclusivo de intimidad entre ambos que remite a pensarla en una continuidad infinita, entregados el uno al otro, hacen de dos una sola persona. No hay fisura que aquella que la madre está dispuesta o no a dejar entre-abierta. Esto dependerá indudablemente de la base estructural psíquica y que bien corresponderá a uno de los grados que ya con anterioridad se hacía mención, para la conformación psíquica de su hijo.

En el caso de una mujer con tintes obsesivos con grado hiperintenso, permite pensar la cantidad y calidad del deseo materno, el cual es excesivo y aparentemente lleno de "bondad"; el cual bajo ese aparente deseo salutífero se esconde un deseo de

índole mortífero lo cual lleva a generar una relación imaginaria que se caracteriza por la nula permisión simbólica que daría acceso a la entrada de la Ley paterna, sin ella, la madre se engullirá al hijo y la relación narcisista se estatizará.

Otra característica de dicha relación es el posicionamiento de lugares, por dos puntos específicos e importantes: el primero de ellos referente al posicionamiento de posesión, ¿A qué se refiere? Para la madre el hijo será la representación del signo de completud: el falo en tanto imaginario, y sin más el hijo se resigna a ello. El otro punto corresponde al lugar que ocupa cada uno en esta relación, en donde pareciera existe una inversión; es decir, el lugar que ha de ocupar el adulto para que el niño obtenga de la función materna lo necesario para su constitución dentro del plano de lo simbólico, será en este caso, el niño quien ocupe el lugar del adulto, siendo el Otro quien pretenderá que el niño se coloque en un lugar donde pueda éste entregar algo. Ante la imposibilidad de ello el niño se fragmentará; recordando que es el niño quien necesita obtener lo necesario del Otro para constituirse.

Aunque al existir un posicionamiento erróneo de lugares, en cuanto a la Otredad se refiere, parece no internalizarse del todo, sino más bien se observa una continua desestabilidad por saber en dónde se encuentra ese Otro que le debió de haber proporcionado el soporte

necesario para su constitución como sujeto. Ante el Estadio del Espejo, el infante difícilmente podrá obtener una aprehensión de su imagen, porque pareciera que no existe una alienación fundamental con su propia imagen ya que tanto madre e hijo son uno mismo. El campo del deseo para ambos ha sido vetado. La madre ha cerrado toda posibilidad de ir tras su deseo porque el falo se cierra en un signo, que es el hijo. Se habla entonces, de una mujer con el deseo extraviado en el Otro que de ahí en adelante representará su hijo. Hijo-falo, cualidad que le dará esta madre obsesiva hiperintensa. Irónicamente pareciera que en su inmensa bondad de amor hacia el hijo y la entrega completa hacia él, se encontraría el deseo por el hijo, no obstante, y como ya se ha mencionado, el deseo en estos casos suele ser ambiguo, ya que en apariencia el deseo es salúfero, aunque de forma inconsciente existe un deseo cercano a la muerte del hijo.

Las madres con tintes obsesivos hiperintensos pueden llegar a generar una estructura psíquica en el hijo inclinado en su mayoría hacia la psicosis de presencia.

Caso contrario es la estructura psicótica de tipo ausente en un niño; donde la madre parece estar al filo de la psicosis de presencia, una madre cuyo narcisismo queda únicamente en ella, no tiene la capacidad de dar, se ha encapsulado toda aquella libido en su

cuerpo, imposibilitando la mirada al otro. Durmiendo muerta a lado de su propia madre, se ha quedado estática en un lugar que no le permite desear, parece una madre demasiado histérica, pero no se habla de histeria sino más bien de una psicosis de presencia.

Este tipo de madres no tienen absolutamente nada que dar. El narcisismo de tipo primario bajo la cual se encuentra encapsulada, no le permitirá otorgarle mirada al hijo. El niño entonces quedará únicamente en la parte real, será un trozo de carne que ha salido por un orificio del cuerpo. La constitución psíquica del infante quedará ausente dada la imposibilidad por parte de la madre de establecer el registro imaginario mediatizado por lo simbólico, claro. La hiperintensidad en cada una de las estructuras, ya sea obsesión o histeria, generan sin lugar a dudas una base estructural psicótica en el niño. Por otro lado, la intensidad en cualquiera de las estructuras psíquicas mencionadas, no generan psicosis sino más bien se estaría hablando de la gestación de una neurosis grave en el niño. Como aquellos niños que presentan patologías asociadas al asma o a la anorexia. Se hablaría de una madre cuyos cuidados son excesivos, de una madre obsesiva intensa. El niño bajo el síntoma tenderá a buscar la única alternativa de salida para poder desear, y escapar de ese intento de devoramiento por parte de la madre.

Distinto a lo que por ejemplo, puede resultar en una madre cuya

estructura psíquica es la histeria pero en un nivel intenso, donde ofrece una supuesta y aparente mirada, pero tan parcial que parece vacía, con falta de afecto. Vacía por que no puede dar al hijo, porque la libido se encapsula en ella misma; como en el caso de la madre de Cho, Abrego (2015), y la pregunta interesante y develadora hacia la analista: la madre pregunta si algo habría tenido que ver el hecho de que un día dejó a Cho de 8 meses en su sillita periquete mientras ella iba a tirar la basura. Su ausencia se prolonga debido a que ella se encuentra con una vecina con la que se queda por más de dos horas platicando plácidamente, cuando la charla le aburre se retira y encuentra a Cho hecha un mar de llanto, inconsolable con nada. La madre recuerda que esa ocasión fue terrible porque el bebé no paró de llorar sino tiempo después, arrepentida dijo que de haberlo sabido no lo habría hecho. ¿Tenía que saberlo? ¿O es que tintes histéricos evitaron que esta madre pensara en la pequeña a tiempo?

Y es que, ante el caso de la madre con rasgos histéricos, que ya con anterioridad se mencionó, surge una especie de presencia-ausencia real ante el hijo, es decir, de forma física puede que la madre esté, no obstante el cúmulo de afecto y soporte que debe otorgarse al infante se encuentra olvidado y/o extraviado. Olvidado como en el caso Cho, donde ésta madre realiza una pregunta definitoria después de haberle narrado la anécdota a la

analista, al parecer ella no tiene la capacidad de percibir a la hija como su falo imaginario, para entonces recurrir a tiempo al llamado, al llamado de lo simbólico, al llamado que tiene alrededor de su propia falta, porque de otro modo solo deja ver en el discurso la imposibilidad que tiene de ver más allá de ella, porque ella detenta el falo, a ella no le falta y por ende no sabía que al dejar en abandono a Cho, la consecuencia iba a ser más impactante de lo que en realidad pensó.

En hijos de madres con tintes histéricos, hay un deseo, una mirada puesta de forma parcial. Se trata de madres devorantes pero con muy poco que ofrecer a su hijo, solo está a nivel de cuidados de lo que esencialmente necesita y nada más, un deseo muy precario colocado en el hijo porque este queda atrapado en el cuerpo. Es por ello, que estos niños, en la búsqueda obstinada del deseo y afecto negado por la madre desembocan en una estructura psíquica tendiente a la obsesión más de las veces con tintes perversos, o bien como en el caso de Cho, que al percatarse la madre del avance que tenía su hija en el análisis, decide suspender de manera indefinida. Posteriormente la madre informa a la analista que la niña es diagnosticada con Síndrome de Asperger. La niña tiene una gran capacidad intelectual pero solo eso es lo que ahora la mantiene, el sustento del conocimiento es su único soporte, ante la ausencia del soporte de la función materna.

Abrego (2015), -analista quien abordó el caso-, tuvo una serie de sesiones las cuales posibilitaron poner en escena aspectos fundamentales en el progreso de la niña, debido al espacio transferencial imaginario y simbólico que posibilitó mirar a Cho por primera vez, no ser vista o casi mirada como ya lo había hecho la figura materna, sino prestar por así decirlo, la mirada y la gestualidad necesaria que hiciera con posterioridad demandar a la niña el querer ser mirada. Una mirada no intrusiva, que le permitía abrir un único espacio donde ella podía ser, sin correr el riesgo de ser devorada por el Otro. Ante ello, y con el paso de las sesiones, la niña comienza a demandar la presencia del Otro, del Otro salutífero, permitiendo finalmente que ante el espejo Cho pudiera darle un nuevo sentido a una palabra que repetía sin cesar en cada una de las sesiones cada vez que se aludía al nombre propio, “¿Cabello?” paso a ser una holofrase por la cual la niña se mistificó en una interrogante sobre su existencia “¿Cabe-el-yo?”. Abrego (2015)

Y finalmente, un nivel medio o atemperado tanto de obsesión como de histeria, en un mismo momento, permitiría dotar, desde un lugar obsesivo, al infante de los significantes necesarios para su constitución para que luego desde una posición histérica, poder retirar la libido a tiempo para despertar el deseo en el hijo. Por supuesto, todo ello con sus fallas, generaría una probable estructura neurótica en el sujeto.

En estos casos, el posicionamiento en la relación imaginaria, el sujeto puede extraer del Otro, un soporte y la confianza suficiente para el ingreso progresivo al registro simbólico.

Con posterioridad y de manera gradual, en las neurosis, se van dando aproximaciones hacia la separación del hijo con la madre. Momento fundamental del descubrimiento yoico en el que el Estadio del Espejo, permite al niño aprehender elementos de su propia imagen a partir del acompañamiento y soporte del Otro. Se percatará con el tiempo que para su madre, él ha dejado de ser el falo, ya que ella, mujer deseante, en el mejor de los casos, habrá de percatarse lo lejos que aún se encuentra el falo de ella. Seguirá el mandato que el gran Otro tiene para ella y con él, se acompaña su deseo.

Retomando, la madre cuyo deseo está alienado al Otro, ve al falo mucho más allá del hijo; esto es que al desocuparse del hijo ahora va tras su deseo enfocándolo en otros puntos como: la pareja, el deseo de tener otro hijo, el trabajo, etcétera. Abre paso a la serie de frustraciones en el niño y por ende el cuestionamiento del mismo alrededor de obtener un conocimiento, un saber, saber en relación a aquello que ha retirado la mirada de la madre, y que ahora la ocupa en otra cosa.

Esto por cierto, no es un proceso sencillo, pero ciertamente abre camino a que el niño desee, desee aquello que desea la madre, que

es seguir su propio deseo.

El trabajo transferencial difiere entonces en cada sujeto, ya sea por la estructura hacia la cual perfila la madre y que por ende permite una aproximación a la estructura psíquica del infante, así como también el conjunto de significantes que entretujan la historia de cada sujeto. Lo importante de ello, radica en la posibilidad durante la *puesta escénica*, del analista al colocarse en un lugar donde pueda junto con el niño desbordarse (en el acto bajo una transferencia de tipo imaginaria), con el objetivo de bordar (coser) al sujeto.

En el caso Dick, sucede todo lo contrario. Este caso fue abordado por Melanie Klein, pionera en el análisis infantil. Durante la intervención se genera una especie de error ya que si bien Klein había generado una transferencia de tipo imaginaria que le permitió construir un camino para que gradualmente pudiera acceder al sujeto y esto permitiera conducirlo hacia lo simbólico, cuando Dick pone en escena parte de lo que le aquejaba, Melanie se precipita y genera una excelente interpretación de lo que sucedía con el mismo, no obstante, se adelanta al hecho de haberlo externado, con esto se ve infiltrada de forma contratransferencial a saber que se deja engolosinar por lo que ocurría en la intervención; debido a la serie de elementos que se ponían en práctica analítica y que tenía

sustento bajo su teoría, esto permitió que externara en tiempo equívoco la interpretación, lo que generó un notable entorpecimiento de la intervención clínica.

He allí la importancia alrededor del propio proceso analítico del que se diga el psicoanalista, para la adecuada intervención infantil; en el sentido de que a saber el analista se infiltra en un desborde lúdico y escénico con el niño; esto quiere decir que si bien en escena habrá de gestarse un desborde, éste no tendrá que ser un desborde desbordado por así decirlo. En la transferencia imaginaria este desborde permitirá el trabajo analítico en tanto a la reestructuración se refiere, el objetivo de ello será allanar el camino hacia lo simbólico, es por ello que si bien el analista debe entregarse al desborde en la escena también es necesario borderarlo.

De otro modo, si se desborda en el desborde se hablaría entonces de elementos que se juegan a nivel contratransferencial, no adecuados para la intervención. Siendo el objetivo contrario a ello, que es: borderar con el lenguaje aquello que pone en escena el niño, para entonces conducirlo hacia el registro simbólico.

El analista quien se posicionará, en la intervención, en el lugar del gran Otro que mediatiza y resignifica elementos lanzados en forma de signo por el niño. Permitirá dotarle al mismo de un soporte provisional que lo vehiculará hacia su deseo. El otro en función del

gran Otro habrá de dejar fluir significantes llenos de deseo, para dotarle al niño elementos suficientes de soporte, posibilitándole la aprehensión de su imagen; es decir, que se apropie de ella y le permita en pocas palabras estar preparado para posteriores frustraciones que indican la introducción al campo de lo simbólico.

Tres de los casos abordados por Maud Mannoni y Esteban Levin, psicoanalistas que durante la intervención clínica otorgan pautas importantes y fundamentales para esta investigación con el único propósito de obtener un conocimiento más profundo alrededor de la transferencia y puesta escénica que involucra la *interpretación* -término entendido por ambas posiciones- que debe generarse con el objetivo de tener un trabajo analítico próspero. De igual manera se exponen el trabajo de los analistas los cuales engloban no solamente al sujeto que es traído a análisis, sino también a aquellos que generan la demanda de cura (padres, familiares o tutores) y cómo es que la escucha del discurso parental posibilitará en la medida de lo posible un avance en el sujeto.

A través de la exposición breve de los tres casos, se percibirá a manera de ejemplo cómo la práctica analítica permite la *puesta escénica* bajo la cual se pone juego la *interpretación* de los que intervienen en la misma; es decir, la *interpretación* tanto del sujeto

como del analista quien de igual forma se juega en ese desborde, -con las debidas limitantes ejemplificadas con el caso Dick-, así como la *interpretación* del discurso parental que bien permitirá un gradual avance.

Los ejemplos, dotan de elementos para obtener una base teórica que soporta la propuesta de la investigación en tanto refiere a los puntos importantes a aplicar durante la *puesta escénica*.

El primer caso que expone Mannoni (1987), describe a una pareja de padres muy jóvenes un tanto angustiados por su hija Carola. Una niña que desde los 4 años asiste a continuas consultas médicas. Han pasado dos años, y las mejorías no se hacen ver, fue diagnosticada como esquizofrénica (mutismo psicógeno).

Durante la entrevista con los padres se observan ciertos aspectos relevantes que hacen tener una mayor claridad en tanto al discurso parental se refiere. De primera instancia Mannoni refiere a la madre como una mujer tensa a punto de llorar, y al padre completamente ausente, con una postura similar al de un adolescente Mannoni (1987).

Maud Mannoni retoma acertadamente el discurso parental, el por qué de ello se fundamentó en la obtención de elementos que bien pueden ayudar y posibilitar una mejor intervención con el niño, no obstante, el cometido final de la escucha de este discurso tiene otra

orientación, la cual es el de perforar el fantasma que circunda. De cierto modo, el saber qué es lo que sucede alrededor de la madre y el padre. Su relación y su propia historia permitirá al analista encontrar con mayor entendimiento y congruencia aquello que ejecuta el niño en *escena*, por lo tanto la intervención tenderá a ser de mayor precisión. En tanto a los padres se refiere no es que el analista del niño analice a los padres, sino mas bien se pretende otorgar una escucha que impulse al padre de familia encontrar en lo que dice, algo que le haga buscar por su propio medio o bien aceptar con mayor facilidad el hecho de comenzar su propio análisis.

En este caso, Mannoni escucha lo que la madre tiene que decir, encontrándose un discurso donde en su mayoría no se habla de otra cosa que no sea la enfermedad de la hija, así como la excesiva preocupación que presentaba ante la misma. No obstante, la madre logra hablar alrededor de la situación bajo la cual se encontraba tanto ella como su marido, en el momento de la concepción de Carola. La madre queda embarazada apenas finalizando la secundaria, hecho que entorpeció y obstaculizó su porvenir en referencia a los planes de vida, dice lo siguiente de manera textual: “fue necesario hacer como si no hubiese embarazo. No pensar en él” (Mannoni, 1987, p.137), palabras que sin lugar a dudas comienzan a orientar a la analista sobre el mal posicionamiento del deseo

colocado en Carola.

Consecutivamente la madre refiere que al nacimiento de su hija sobrevienen las enfermedades. Mannoni indaga alrededor de ello; la madre de Carola le expresa que Carola nació antes de término, con ictericia (sucede cuando la piel y las mucosas se pigmentan de color amarillo, debido al incremento de bilirrubina en los tejidos). Además de ciertas complicaciones que sobrevinieron al momento en el cual ella decide continuar con sus estudios, debido a que nuevamente queda embarazada. Al mismo tiempo a Carola le detectan anemia a los seis meses de edad. Con esta situación la madre decide entregarle su hija a la abuela materna. La madre vuelve por su hija y luego se la vuelve a dar, siendo que por fin decide dejarla allí hasta los dos años.

La enfermedad de la niña habla, es un silencio que ensordece. A manera de análisis en específico la anemia, sugiere algo interesante, ya que es un signo que proyecta el cuerpo a causa de una deficiencia de hierro por la ingesta insuficiente, pero... Ingesta ¿De qué? Deficiencia ¿Qué falta? ¿Hierro o Deseo?

Deseo materno que tal vez fue dotado en el tiempo que vivió con los abuelos, generándose así solo un soporte provisional, ya que a los 18 meses Carola muestra un avance en relación al lenguaje, hablando de forma fluida. Siendo que cuando cumple dos años y la madre se la regresa a casa con ella, y no solo a casa sino también

encarna un retroceso, la niña “sorpresivamente” comienza a tener conductas relacionadas con el rechazo al alimento, en palabras de la madre: “Se deja morir de hambre” (Mannoni, 1987, p.138). Si Carola “se deja morir de hambre” es porque la niña muere en el deseo de la madre, totalmente congruente con la decisión que toma la misma al retirarla de casa de los abuelos; ya que si la hija avanza la madre enferma, es mejor que de forma inconsciente Carola muera en el deseo de la madre a que ella enferme y que por ende se cuestione alrededor de la castración.

Con la llegada del tercer hijo, la situación empeora, Carola presenta una serie de enfermedades y queda enmudecida.

Durante la entrevista el padre, como se menciona, se percibe ausente, y la madre le demanda a la analista que le devuelva la palabra a su hija; es decir, que haya una cura símil a como si le quisiera entregar a la niña, para que se haga cargo de ella.

En esa primera entrevista, la analista plantea a la madre como una mujer que se presenta bajo el discurso de la mentira, en una posición infantil llena de angustia y culpa. Al paso de una serie de entrevistas, la analista se percata que la madre comienza a presentarse tal cual es; por lo que decide comenzar la intervención clínica con Carola.

Cuando se presenta Carola junto con la madre, ésta no quita la mirada de la hija. Carla enmudecida, la analista observando y la

madre sugiriéndole le ordene hacer algo ya que de lo contrario la niña no hará nada, como si ella fuese un robot o una máquina que debe seguir instrucciones. Su palabra anulada refería que la niña no tenía espacio y tiempo en el deseo de la madre. Carola no puede hacer nada, sino es que se le dice qué hacer; es decir que el otro hablará por ella. Y ello es visto cuando repentinamente suelta una que otra palabra y la madre se lo niega al imponer su discurso. Mannoni acertadamente le hace notar este reemplazo que hace con sus palabras, en la palabra de la hija.

Con el paso de las sesiones, Mannoni plantea que en una de ellas la niña imitaba a su madre bajo un discurso dirigido a ella misma, en donde se ordenaba qué hacer. La analista interviene en esta escena que se presenta, regresándole la pregunta ¿Lo que tú quieres dónde está? Carola contesta “Es mamá” (Mannoni, 1987, p.141). Lo que puede obtenerse en la intervención clínica bajo la transferencia, es la generación de un espacio donde la niña pueda ser sin verse amenazada. Como en esta escena se plantea, la psicoanalista interviene sin ser intrusiva en el momento adecuado, siendo que a manera de respuesta obtiene una gema de la niña, en las palabra que emite como respuesta a la pregunta que realiza Mannoni, ya que con su respuesta el analista puede ir escuchando parte de lo que le aqueja en el síntoma al sujeto. Si bien Carola enferma y está muerta en el deseo de la madre, parece que la niña

se da cuenta o al menos imagina que algo sucede con su madre, pero que para ella es imposible explicar o darle una palabra a eso que ella encuentra como una situación la cual no tiene sentido. Y ante esta circunstancia, tal vez la única alternativa que encontrará es la enfermedad.

En otra sesión Carola exige la presencia de su hermana Irene, un año menor que ella. Irene realiza una serie de actos y Carola parece desaparecer. ¿Qué estará infiltrándose en esta escena? Parece ser que a modo de sacrificio la niña entrega su deseo al otro, en este caso a Irene.

Es importante retomar la continuidad de las sesiones, ya que en cada una de ellas, se exponen gradualmente situaciones que permiten ampliar el criterio para la intervención clínica. Para fines específicos de la investigación: la analista genera un espacio donde tanto la niña como ella ocupan posiciones que permiten generar un soporte que encamina a lo simbólico.

La posición bajo la cual se coloca Mannoni es en el del gran Otro, lugar donde no pretende devorar ni robar el deseo de Carola. La niña al ser devorada, su palabra ha sido usurpada por el de la madre, esto le resulta amenazante. No obstante, el espacio transferencial que se genera en la puesta escénica le permitirá probar distintos modos de ser y descubrir finalmente su yo.

Por otro lado, el acto de la *interpretación* y lo fundamental que

resulta el emitir una palabra cuidadosa hacia el niño permite abrir nuevos horizontes para el análisis y la intervención clínica. Palabra que no solo se externa al sujeto sino también a la madre, generando una facilidad en tanto al análisis infantil se refiere, el acceso de los padres hacia el cuestionamiento sobre ellos mismos.

La comprensión que el analista y que en este caso Mannoni pudo obtener al escuchar ambas partes, tanto el discurso parental como el infantil, le permitió abordar con mayor exactitud el caso. Las intervenciones de forma individual, tanto con Carola, como con la madre, permitió que la misma se cuestionara alrededor de su propio deseo, causado por el hecho de haber retomado elementos importantes de su propia historia, que hicieron hacer consciente muchas de las cosas que llevaba al acto con su hija. Esto se reflejó en el progreso clínico en Carola; claramente ilustrado en sesión, Mannoni cita a la madre de Carola y estando las tres en el mismo espacio el ambiente se tornó silencioso, como si la niña le cediera la palabra por completo a la madre, y efectivamente la misma comenzó a hablar, pero no en una forma donde se evade todo lo relacionado a la castración, se vislumbra por primera vez algo en el discurso, cuando habla de forma consciente alrededor del devoramiento. La analista realiza una intervención por medio de la *interpretación*, apelando a la presencia paterna, Carola se dirige a su madre de forma inmediata, la abraza y verbaliza que ella es una

mamá buena, rompiendo ésta en llanto. Por fin se comenzaba a entrever algo del deseo materno y la ambigüedad del mismo, al apelar en la interpretación por la introducción de un tercero, padre, Carola no siente más peligro de ser comida por el Otro.

Carola cargaba como objeto fetiche una muñeca sin extremidades, después de aquella sesión la niña deja el objeto, después de descubrir la desesperación que inunda a su madre al escuchar las palabras de la psicoanalista respecto al cuidado que su esposo debía tener hacia ella, es decir el permitir que el deseo del Otro se introdujera, para que haya un corte y por ende un cuestionamiento alrededor de la falta.

Para las próximas sesiones hay silencios prolongados por parte de la niña, no obstante Mannoni se encarga de significar dichos silencios con la palabra, en relación a la historia que circunda a los padres y a los padres de sus padres. Con sorpresa, Carola comienza a buscarse, encontrándose en el reflejo del espejo, causalmente a partir de lo dicho alrededor del tercero, en la actividad lúdica Carola compromete siempre tres elementos que la conducen a un proceso identificatorio resultado de un corte que se está haciendo advenir.

En sesiones subsecuentes, la analista se percata de cierto tic en el momento de hablar, Mannoni emite la palabra “mágica” al hacerle saber a Carola con sus palabras lo siguiente: “-Es incomodo

cuando no se sabe si las palabras que tienen que salir son las de Carola o las de mamá” (Mannoni, 1987, p.143)

Este es otro claro ejemplo de la intervención sutil soportada bajo la transferencia simbólica e imaginaria, las cuales van de la mano una con otra, ya que por un lado existe un posicionamiento de la analista al nivel de la niña que le permite por así decirlo introducirse en el juego, sin ser intrusivo, pero al mismo tiempo se coloca en el lugar donde para “eso” que pone en escena la niña, existe una devuelta, siendo de forma simbólica que le entrega una palabra que le permite dar al niño sentido a eso que circunda alrededor del síntoma.

Con el transcurso de las sesiones, Mannoni refiere una situación en donde la niña lanza un signo a través del dibujo de cruces, lo cual lo lleva a cabo por segunda vez frente a la madre, como si la intención clara fuese que ella lo viera, lo que lleva a ésta a remitirse directamente a la muerte de su propia abuela paterna, narrando que los niños no estuvieron en el aniversario de la muerte; hecho que es verbalizado por su hija Irene, con una evidente intención en el discurso en relación a la exclusión que hicieron de ellos en tan importante y significativo momento. Con posterioridad la madre menciona una idea interesante alrededor de lo que significa ser madre, en el sentido de hacerse saber que el hijo no es aquel sujeto

que debe cumplir el deseo propio.

Cuando gradualmente la analista devuelve eso a la madre y permite una transferencia con Carola abre nuevos campos. Carola comienza a descubrir y cuestionarse alrededor de la procedencia de los niños, por ejemplo. Preguntas que quizás por el momento no necesitan una respuesta inmediata ¿Por qué? Porque la niña se fascinará en ir tras esa respuesta y después de tenerla ir por otra, en pocas palabras, comienza a introducirse en el campo de lo simbólico, en el campo del deseo.

En el proceso gradual de la transferencia, el analista es para Carola, una especie de figura bajo la cual podría ella colocar sus ojos, oídos, manos, nariz y boca para que Mannoni realizara todo lo que ella tenía que hacer; es decir como si fuese una cesión del propio deseo al otro. Se habla de una especie de relación imaginaria, donde ambas se juegan en un desborde (transferencia imaginaria), que borda (coser, estructurar) y contiene a Carola; al grado que la niña se percata con el paso de las sesiones, que la analista no adivinará su pensamiento, que no serán uno mismo y que por ende debe seguir en el camino que ya la analista ha venido allanando y dotándole de soporte y confianza a la niña para la conducción hacia su propio deseo. Pareciera que la relación imaginaria, en la medida

necesaria, catapultará a Carola para empezar a hablar sobre un deseo, el propio.

Cuando la niña habla de su deseo, es porque la madre ya ha permitido ser leída, porque habla de su propia historia, de su falta, de la castración que se encuentra como velada o taponada al fijar su mirada estática en la hija, sin saber que lo que realmente se encuentra en el pasado, en su historia es allí donde esta parte clave de su deseo. En el ejemplo de este caso, la madre de Carola, al acudir a su propio análisis desvanecerse el fantasma que llevaba a la misma a dirigirse de cierto modo hacia la hija. De manera breve, lo que en el fantasma de la madre se encontraba era un contexto familiar, donde ella no se sentía querida, sintiéndose excluida, decide excluir al otro. Cerró oídos por completo y retiró la palabra a sus propios padres. Situación que se refleja en la vida adulta, al retirar por completo el derecho al padre de sus hijos como un otro que podría generar el corte; lo excluye de tal manera que se queda encapsulada con Carola generándose de este modo la sintomatología. La madre no espera palabra de nadie, solamente de alguien imposible: de su propia hija.

Es necesario rescatar en el análisis del niño, la palabra o discurso parental, de modo que permita una mayor comprensión e

intervención en la *escena* con el niño. Por ello, es importante empujar por medio de la escucha a los padres para que acudan a su propio análisis, como en el caso de Carola, la madre comienza a ser consciente cuando de forma gradual verbaliza actos significativos que corresponden a su propia historia, lo cual permite un avance favorable en el niño. Cuando la madre aborda lo no-dicho, se genera un cambio en la relación inconsciente con su hija.

El papel del analista, en este caso fue también el de jugarse en un lugar que lo posiciona frente a la relación imaginaria entre Carola y su madre, como un tercero que tal parece viene a interrumpir con la relación de goce, para abrir camino a la búsqueda de su propio deseo.

El caso expuesto, remite a una psicosis de presencia, precisamente por la relación simbiótica de goce característica entre la madre y la hija. El analista en este ejemplo, pudo llevar la operación clínica bajo la puesta escénica donde se vislumbraron elementos fundamentales para el progreso del sujeto. No obstante ¿Qué sucede en el caso de que el analista se enfrente a un niño en psicosis de tipo ausente?

Esteban Levin trabajó con Darío, un niño de 6 años, que fue diagnosticado con epilepsia, sufriendo convulsiones incontrolables y

bruxismo lo cual le imposibilita masticar y emitir palabra, muestra únicamente interés en golpearse, motivo por el cual es llevado por los padres; los mismos dicen que se golpea y que no siente dolor.

Levin en el momento de entrar en contacto directo con Darío, lo primero que lleva a cabo es una observación aguda de lo que el niño pone en escena: se percata de que Darío no puede mantenerse quieto, todo el tiempo parece estar en movimiento, movimiento sin ninguna intencionalidad, ya que a su paso golpea todo lo que se encuentra. De cierta forma, comprueba lo que ya el discurso parental enunciaba alrededor del niño, al golpearse el rostro no muestra respuesta que refiera dolor, no tiene registro de su propio dolor; esto lleva a pensar que con mayor razón no tiene registro del otro (Otro), Levin (2006)

Dicha observación e *interpretación* es determinante para el abordaje en tanto a la intervención clínica se refiere, ya que si bien el niño no tiene un registro del otro porque no hay gran Otro, y si no lo hay difícilmente el niño tendrá una serie de elementos que ayuden a determinar la diferenciación que se coagula en este caso con la holofrase sensorio-motor, esto conduce a plantear este caso bajo la perspectiva de que el sujeto, se encuentra en una estructura tendiente a la psicosis de ausencia.

De primer momento Esteban permite que Darío despliegue su hacer, para posteriormente impedir que siga golpeándose el rostro,

emitiendo un: “NO”, porque a él también le duele. Levin no le permite golpearse, deteniendo sus manitas. El niño parece que “accidentalmente” mira al analista, siendo éste un primer momento de mirada fugaz, una mirada donde Darío se percata de que el otro, en el lugar del Otro, le mira. Mirada que libidiniza, una mirada que gradualmente irá generando en primera instancia un soporte a través del deseo, dando como resultado una relación de índole imaginaria que constituirá al niño, para después generar la demanda del mismo. En lo que refiere a la transferencia, se puede percatar de lo significativo de aquello que se genera a nivel imaginario, en el momento en el cual el analista se presta para ser ese Otro que por primera vez lo mire, y le constituya, le otorgue una mirada, un gesto amoroso, una palabra que le “ordena”, por así decirlo, que no se golpee más. El que otro preste mirada a un niño que se encuentra en una posición meramente arcaica donde en el goce se coagula su hacer, permitirá a Darío con la mediación del analista, que se descongele la holofrase a nivel de lo sensoriomotor, que esto entonces sea descongelado, teniendo cada *acto* una significación, que se transforme en gesto, y no sea un mero reflejo de lo real que representa el cuerpo a Darío.

El objetivo de la intervención analítica parecía esclarecerse con mayor fineza, el analista buscaba a toda costa el corte, hacer la

diferencia en la holofrase, diferenciar lo sensitivo de lo motriz. Levin (2006), se cuestiona alrededor de cómo es que tiene que llevar a cabo dicha intervención, llegando a concluir que la mejor manera de efectuar el corte, era incluyéndose en el desborde del niño, es decir, generar antes que nada una transferencia imaginaria cuyo soporte sea mediatizado por el registro simbólico.

El hecho de que el analista se enfrente a su propia inclusión en el desborde de Darío, no tiene otra lectura más que la que refiere exclusivamente a que el analista se permita ser soporte, se permita colocar frente al niño para que éste obtenga del adulto primeramente el deseo y el soporte necesario para constituirse dentro del narcisismo primario; es decir, generar una célula narcisista, un primer tiempo donde se puedan entretrejer elementos que borden al sujeto en construcción, donde ese Otro pueda otorgar una gama de significantes que permitan gradualmente generar la diferencia, una diferencia entre el tú y el yo, el adentro del afuera, lo sensorio de lo motor; es decir, que exponga una escena donde se juegue continuamente el fort/da; para que con posterioridad el niño pueda pasar a un segundo tiempo del narcisismo, hablando del narcisismo secundario, donde ya con el soporte elaborado pueda seguir construyéndose en base a la serie de frustraciones que vienen y que por ende permitirán el acceso al registro simbólico. En

el caso de Darío era necesario realizar un proceso largo, ya que bien se partiría del punto de la construcción del narcisismo en base al deseo y soporte del gran Otro.

Retomando el transcurso de sesiones que Levin lleva a cabo con Darío, si bien el niño ya había mirado aunque sea de forma fugaz al analista, posterior a esta escena se presenta nuevamente la estereotipia, donde el niño golpea su rostro, solo que esta vez Levin al lanzar la palabra: “No” (en el sentido de que el niño dejara de golpearse) con un timbre de voz mucho más alto y firme, el niño detiene por completo el movimiento dirigido a su rostro, lo mira para después continuar golpeando diferentes y otros objetos.

Con posterioridad, Darío intenta nuevamente golpearse el rostro, nuevamente Levin interviene del mismo modo, solo que esta ocasión el niño además de detener el movimiento y de mirar al analista, también grita un significativo: “iiiiii”, vocablo que es *interpretado* por Levin como un “sííí”.

Pareciera ser que la palabra emitida por Esteban había generado un corte en el acto y al mismo tiempo un lazo transferencial que había introducido al analista a un desborde junto con el niño. No obstante bajo este desborde escénico Darío se suturaba. Acto posibilitado por el deseo que se infiltra bajo la palabra, la mirada y el gesto que Levin le regala, y que posibilita la construcción de un

soporte. Palabra, mirada y gesto, que gesta el gesto en el niño; y como a manera de juego pareciera poner en escena la contrariedad del acto; es decir, pareciera que ahora busca con mayor insistencia el golpear su rostro. *Acto* de sumo interés en tanto a la lectura que se le dará, ya que al parecer esa es la única alternativa que tiene el niño para poder ser mirado por el Otro. Ese Otro que no solo lo mira, sino que al mismo tiempo le significa eso que el externa como un: (iii), es decir el niño realizar por primera vez un gesto, "...un gesto es siempre un movimiento dado a ver a otro, es una realización escénica dedicada al Otro, que pueda leerla e interpretarla como tal" (Levin, 2006, p.49) Bien, el niño emite por vez primera palabra, gracias a la mirada y a la decodificación bajo la cual se empieza a ver envuelto, en una gama significativa.

El que el analista decodifique el "iii" de Darío, por el "s" generaba una hiancia, diferencia que constituía gradualmente al sujeto entre lo sensorio y lo motor, contrario a la monótona y lineal estereotipia reinada por el goce.

Con el consecutivo paso de las sesiones Darío a través de la puesta escénica, colocaba por un acto el cual fuese interpretado y decodificado por el Otro (analista) siendo la respuesta del niño tal vez una mirada, una sonrisa o algún gesto; respuesta que para ese momento tenía un peso igual o mayor que el de una palabra, inclusive los silencios que llegaban a presentarse no eran silencios

vacíos, sino silencios escriturales, donde había un intercambio de gestualidad que permitía mirar al niño, un silencio donde se permitía un acercamiento en la intimidad escritural, donde se infiltra el soporte. Esto condujo al niño a constituirse en base al deseo y a la hiancia que ya se estaba gestando.

Parece ser que lo que se coloca en escena, es el acto como algo silencioso e inclusive simple de llevar a cabo; no obstante, toda intervención dada por medio de la palabra, la mirada y el gesto tiene un sentido: el sentido de generar, en el caso de Darío, un sentido y un quiebre, generar una falta que produjera ante la pérdida una posible respuesta, una demanda por parte del niño, algo que hiciera la diferencia en esa coagulada y fría posición estereotipada donde el goce no permitía al niño verse en espejos distintos. El objeto de todo ello es un descongelamiento de la posición gozosa y estereotipada; una palabra, un gesto, una mirada proveniente del gran Otro hacia la diferencia marcada, debido a algo que pareciera mágico: la anticipación simbólica. El solo hecho de anticipar al sujeto, lo hace sujeto, sujeto a la imagen de quien le crea, el niño por sí solo no puede generar una imagen de sí, ni de su cuerpo, el Otro en función de soporte tendrá que colocarse en un lugar que se permita dar, darse y desbordarse para suturar al niño, y que por ende éste quede sujeto al mismo.

Dentro de la *puesta escénica* que se lleva a cabo con Darío, existen elementos importantes a considerar en la intervención analítica con niños. Por un lado, la cuestión de la transferencia imaginaria y simbólica, importantísima en *la puesta escénica*, ya que como se describió anteriormente esto posibilitará un acercamiento íntimo en el desborde del niño, bajo el cual no habrá que perderse el analista sino por el contrario; esto ofrecerá la posibilidad de bordar límites necesarios ante la ilimitación gozosa. Con ello, va acompañado el que el analista permita que el niño ponga en *escena* su desborde mismo que será anticipado, decodificado y resignificado de tal forma que cada momento puesto en escena pase a la historia, es decir, que haga por vez primera una representación simbólica por parte del Otro, le permita la historicidad, una construcción de un laberinto.

Esto sin lugar a dudas permitirá constituir una *escena*, *escena* donde una serie de elementos se verán involucrados, bajo una clara intención en cada intervención: que en el niño exista un corte y un lazo escritural, un fort/da donde pueda jugar a ser y no ser, y será en la medida en la que el Otro, posición que ocupara el analista, le preste mirada y palabra a eso que le resulta tormentoso, generando un sentido o bien un sinsentido que abrirá paso al sentido, en el caso específico de Darío.

En ambos casos ya descritos, uno de los principales temas a resaltar es el que tiene que ver con la transferencia. No obstante, la transferencia se juega de manera distinta. Bien, en el caso de Darío, la transferencia que genera Levin, es orientada a generar con ella una intervención donde el analista sea esa primera persona que ve y mira por primera vez al niño. Situación que puede resultar similar a cuando se tiene por primera vez a un bebé en brazos, es como si se tuviese que realizar un acunamiento con el infante, con el objetivo de que el psicoanalista preste su persona para figurar como ese Otro que le desea y que por ende puede prestar su imagen para poder instalar en el niño, un Ideal del Yo, un deseo que vaya suturando las partes fragmentadas de ese trozo de carne que percibe la figura parental. Esto permitirá tejer aquellos fragmentos por medio de la significación y la decodificación que se le da. De la mirada otorgada que genera al mismo tiempo un soporte, soporte que introduce a la gesta de un narcisismo de tipo primario, donde uno y otro, analista y niño tendrán que ser uno solo, una célula dual que permita libidinizar al niño, y esto a su vez sea fuente de soporte y confianza para las posteriores frustraciones a vivir, que marcarán el comienzo del camino allanado hacia el registro de lo simbólico. En pocas palabras, cuando se trata de una intervención con niños en psicosis de ausencia, el trabajo del analista se amplía al grado de tener que hacer todo un recorrido desde ese lugar donde no ha

nacido hasta una posible estructuración psíquica dentro de lo simbólico.

En los casos de psicosis de presencia, la intervención analítica tendrá que estar mayormente vinculada con una transferencia de tipo imaginaria y simbólica al mismo tiempo, escena donde pueda ponerse en juego el yo y el no yo, el adentro y el afuera, en sí, las oposiciones; jugar a fort/da, para que de esta forma el niño tenga un acceso más viable al descubrimiento del yo, y con ello poderse mirar en otros espejos, distintos a los que ofrece la relación dual y gozosa que se tiene con la madre. Padres que a su vez están marcados por una historia, la cual al ser escuchada e intervenida en la medida de lo posible por el analista, sea esto un impulso que los lleve a buscar su propio espacio de análisis; cuestión distinta en las figuras parentales de los niños con psicosis de ausencia, ya que se recordará que la madre se encuentra bajo una estructura de psicosis de presencia, distintos a los padres de niños con psicosis de presencia y neurosis obsesivas, los cuales se encuentran en su mayoría bajo estructuras psíquicas tendientes a una histeria exacerbada o bien sólo con tintes histéricos.

La apuesta, es que dentro de la *puesta escénica*, pueda determinarse una diferencia, diferencia entre madre e hijo, y el deseo de cada uno de ellos. Esta alienación, permitirá al niño poder

llevar a cabo un proceso de identificación donde comienza a descubrir el yo, y por el lado de la figura parental a descubrir y desvanecer aquel fantasma que permite se gesten una percepción del hijo como tapón que permite no hablar a toda costa de la propia falta, de la castración.

En el caso descrito y abordado por Levin, el caso de Carla, se ejemplifica con mayor precisión la intervención clínica en casos de neurosis y psicosis de presencia, así como la importancia de escuchar el discurso parental, que en su mayoría rodea al síntoma del niño.

El caso Carla, abordado por Levin (2006) muestra la historia de una niña diagnosticada con trastorno global del desarrollo, esto es con marcha y coordinación claramente entorpecidos, mostrando conductas autoagresivas, y de agresión a otros, sin habla emite sonidos guturales, no establece ningún tipo de relación interpersonal, no presta atención a nada, tiene movimientos estereotipados y no demanda.

Por otro lado, el discurso parental resulta ser interesante por el peso que tiene en la vida de Carla, ya que es hija adoptiva. Los padres de Carla adoptaron a un niño que no tenía aparentemente problema alguno en referencia al desarrollo, hasta que a los 5 años de forma repentina fallece de enfermedad medular. Con posterioridad

deciden adoptar dos niños más: Carla y Juan, los cuales son hijos de padres diferentes, no obstante los padres adoptivos los registran como si fuesen gemelos y para prevenir cualquier disturbio en relación a la enfermedad, deciden realizarles una serie de exámenes médicos para verificar que todo marcha bien con ellos; aunque con el tiempo Carla comienza a tener problemas con el desarrollo. Levin (2006)

Cuando Carla tenía 9 años de edad, muere su padre adoptivo, con quien tenía mayor cercanía y afinidad. Muerte que la madre decide no contarle a Carla para evitarle sufrimiento, sin embargo por instrucción de la escuela, a los 6 meses, la madre decide hablar con ella acerca de lo ocurrido. Levin (2006)

Levin (2006) comienza narrando lo interesante del inicio de la supervisión, describiendo a Carla como una niña que no mira, que se encuentra indiferente y tensa desde lo corporal, en especial brazos, manos; así como con problemas de marcha. De cierto modo, se corrobora la información alrededor de sus datos clínicos; no obstante, la forma de responder de Esteban ante ello es distinta porque mira a la niña, ofrece una mirada que no oye la sintomatología, sino que la mira como si Carla fuese por primera vez mirada en dos sentidos: ella es mirada por otro que la mira y esto provoca que ella sea mirada, es decir que se convierte en

mirada, ella es también mirada que mira al otro; estableciendo un juego de miradas dentro de la relación dual.

El analista decide iniciar la intervención con dos palabras sencillas: “Hola Carla”, las cuales vienen cargadas de afecto, la mira a los ojos y se percata del temor que le inunda a la nena, Carla vuelve a mirar al suelo y Levin redirige ahora la mirada hacia sus brazos tensos encontrando una pulsera, que le hace notar a Carla. En la pulsera encuentra un corazón y un osito. Levin rescata esto que encuentra en la pulsera para comenzar con la intervención clínica.

El analista se jugará con Carla primero en un desborde, en el desborde del juego, lo cual habrá de tener un bordado-suturación que no satura, una dirección fija que será el de producir un acontecimiento, una escena, que ponga en acto la diferencia. En esta transferencia imaginaria, el analista le presta vida al objeto encontrado en la pulsera de Carla: el oso, metamorfosea el objeto y lo convierte en personaje, en un títere. Levin se pone en juego, le presta palabras al osito para poder construir un *lazo escénico* gradual con la niña. Al prestar vida al objeto, se percata de que en Carla comienza a haber destello de la diferencia; por primera vez mira al analista. Con la intención de crear un amigo para el oso, ella comienza a distensar el brazo, como si éste fuese el medio para

que allí se creara otro personaje. Parece que algo comienza a gestarse al nivel de la demanda.

Levin, le da una significación a ese gesto que tiene la niña hacia él, se percata de una notable diferencia, Carla parece sentirse dispuesta a entrar en el juego, de prestar su mano, para que el analista comience a trazar las primeras líneas de un amigo, un nuevo espejo.

Carla presta y se presta, entra en el juego y en la *escena*; permite que Levin trace líneas, dibujos-títeres-personajes en su mano y antebrazo, cuando comienza a trazar, Esteban cambia su tono de voz, en algo melódico. Repentinamente, Carla comienza a generar movimientos en la *escena* y juega a retirar y colocar de nuevo el brazo; es decir, a ir y venir, juega a ello con un gesto significativo, la sonrisa y la mirada dirigida al terapeuta. Éste continúa la *escena*. Pareciera que existe una generación de la demanda bajo la construcción de un saber, sin saber que a través de lo imaginario y lo simbólico se trataría de construir un lazo, una *intimidad escénica*, cuyo fin determinado era conseguir que Carla lograra verse en otros espejos.

El ir y venir (primer comienzo de fort-da) del brazo de Carla, se pone en *escena* como gesto significativo. Con cada vuelta la niña permite que se le dibuje una línea más al dibujo, es decir que el dibujo, la

imagen, se vaya construyendo se vaya uniendo una a una con la línea del trazo. Pareciera algo similar al armado de su propio cuerpo, o sea que ese cuerpo que era puro real (conjunto de carne, órganos, piel, hueso) comience a tener mayor estructura y significación porque hay otro colocado en el lugar de Otro que otorga sentido, que mira, pone palabra, entrega gesto y lee su gesto para decodificarlo e interpretarlo.

No bastando con ello, fue necesario en el caso de Carla que Esteban invirtiera el espejo, bajo la forma de que ahora ella era quien habría de trazar en el brazo de él. Con atención, se observa esto como un *acto* que no pudo llevarse a cabo con anterioridad por la razón de que aun se necesitaba construir, brindar y hacer sentir soporte a Carla. Con ello, pudo continuarse con la intervención clínica donde ahora a nivel identificatorio, la niña podría ubicarse frente al analista y siguiendo una *escena* donde se colocaba en el dibujo una ficción que cada vez más concretaba una instalación de cierta inscripción.

Lo fundamental e importante de que el Otro mire, es la libido que se infiltra en el *acto*. Esto quiere decir, que para ese otro en el lugar del gran Otro, tiene una significación esa manita, o el brazo de Carla. De tal modo que Carla logre entonces acariciar su brazo, mirarlo,

mirar aquello que ha energizado el Otro. Caricia, que en la *escena* es también elemento a traducir en un decir, tal como lo hizo Esteban al *interpretar* la caricia de Carla, como la demanda de otro dibujo. La libidinización no termina ahí, ya que bien es necesario que se acompañe de todo el gesto amoroso. La melodía de la voz, la mirada, todo ello ofrece un soporte, porque se desea.

El Otro le mira y le demanda a Carla algo, que obtiene como respuesta una mirada por parte de la niña que a su vez demanda presencia y mirada. Carla, acto seguido demanda al analista cuando le entrega aun no trazado; pareciera un acto de amor, la entrega de una parte del cuerpo que pareciera representar la totalidad, una totalidad expuesta al Otro para que éste le dote de elementos necesarios para que se sostenga en el camino hacia el encuentro con su ser.

Durante la *puesta escénica* de este caso, deviene otro *acto* que bien podría estar asociado con lo que anteriormente ya se hablaba alrededor del fort/da, ya que Carla en un momento repentino esconde el brazo en el cual se encontraba la mayor parte de los dibujos. Ante ello, el analista procede a significar el *acto* bajo la gama de lenguaje, por medio de la palabra, la voz, la mirada, el gesto, le transmite a Carla el deseo de que su personaje encuentre los personajes de la manita escondida de Carla, siendo que

aparentemente no las encuentra, Esteban le verbaliza a su personaje que no se preocupe que ya aparecerá. Carla saca su mano, y el personaje de Levin le dice que la ha estado buscando, que no quiere abandonarle y que no le dejará sola.

Este discurso en específico es de total relevancia, ya que como se percatará, le hace saber a la niña bajo el desborde escénico algo trascendental, que es el poner en palabras algo que no ha sido verbalizado por ningún medio, el hecho de ser, en este caso Esteban, un soporte para la niña. El no dejarle sola podría traducirse quizás en una palabra salutífera que permitirá a la niña ir vislumbrando con mayor claridad el camino hacia lo simbólico. Lo que ahora vendría sería una inversión del espejo que permitiría a la niña, generar una demanda gradual desde el registro simbólico; esto por medio del juego de las escondidas, ya que si bien los dibujos de Carla ya se habían escondido, a manera de juego de las escondidas, era entonces el turno de Carla buscar al personaje de Levin; esto permitió que Carla produjera un sonido y el movimiento de su brazo como si pidiera el retorno de su amigo; entonces bien se corrobora que ante la ausencia, se demanda una presencia ¿Por qué? Porque ya hubo presencia.

Sin lugar a dudas esto va allanando un camino hacia el campo del lenguaje, donde se va gestando la capacidad de recibir algo del otro en calidad de Otro ya fue referencia en una relación imaginaria

donde no se corre el riesgo de ser devorado. Entonces se deduce que el exterior no es peligroso, que puede salir, exponerse frente a los demás y que si bien se generaran ciertas frustraciones, el soporte inscrito a nivel psíquico permitiría que Carla se pudiera levantar, aprender y continuar.

De esto es lo que primordialmente hace denotar la *escena* donde Carla comienza a pellizcarse el brazo, arriba donde se había dibujado un sol; pellizco que se interpreta como un intento por sentirse en lo real en el único lugar donde podía corroborar su existencia. Esteban le significa diciéndole algo alrededor de la existencia de una tormenta -ahí cuando Levin habla sobre la tormenta parece indicar que es terrible vivir en ese goce donde a propósito no se había inscrito nada (cuerpo real)- la cual también lo pone en trazo. Carla sonrío ante lo que pone en *acto* Levin con el dibujo de las nubes y las gotas en sus brazos; acompañando esto con una voz melodiosa y con la mirada.

Recordando que para el niño no hay aun manera de explicar aquello que le sucede, difícilmente puede encontrar palabra a eso. No obstante es por ello que la intervención clínica, (donde habrá de consolidarse el quehacer analítico, en poner a través del lenguaje palabra, gesto, tono de voz, sonrisa, mirada) dará aquel sentido que

el niño desesperadamente busca sin encontrar. Colocado esto en una escena ficcional construida donde bajo la transferencia se inventará un saber, un espacio que permitirá un lazo, una intimidad que acerque al niño a la inscripción simbólica.

La intención de esta investigación también propone, en esta desmitificación del síntoma como verdad en el menor a través de lo que se pone en escena lúdica, dramática, teatral, es el de escuchar el discurso de los padres, que en gran medida encierra el padecer del niño, ya que el padecer del niño es la *representación escénica* del síntoma parental. Escuchar el porqué del mal-estar del niño, es escuchar el discurso en tanto mal-estar que los aqueja. Ese ocuparse de su hijo porque él ocupa su lugar. Un lugar que por cierto padece porque no le es propio, porque es el de los padres. Es necesario hacer nacer al niño a su deseo, sí, pero también para ello es necesario escuchar lo que los padres tienen que decir, acerca de lo que su propio decir inconsciente quiere revelar.

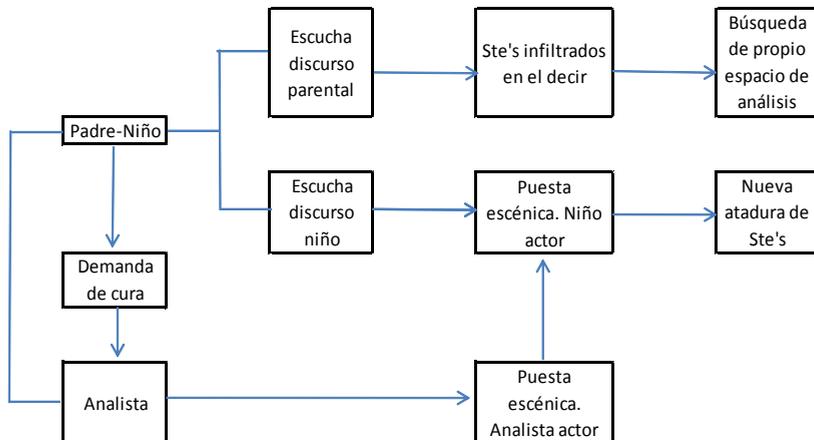
CAPITULO 5.

“ACTUAR ES SEMBRAR”.

“¿No hay veneno?, no me gusta estar muerto, no me gusta estar muerto, no me moriré... el jueves. El señor Freddy murió, no importa, era un glotón, comió tres pollos enteros y no le hizo caso al doctor, yo nunca estaré muerto, nunca seré viejo, porque no me gusta. Me gusta ir a Juvisy, es un centro aereado donde dan de comer, no es una escuela, incluso si lo es, no tiene ninguna señal, pero quiero irme. Es veneno, no quiero estar muerto, nunca estaré muerto. No quiero que me toquen. ¿Usted es una dama? Usted debe saberlo, porque yo no sé nada la que sabe es usted. Eso es lo que le digo a todos cuando hablo para saber.”

Mannoni M. El niño, su “enfermedad” y los otros. 1997, pp. 111

Escuchar, observar, analizar, *interpretar*, mediar, son algunas de las ejecuciones, en cuanto a intervención se refiere, esto por parte del analista. La propuesta de esta investigación va más allá de la intervención con el infante, es también necesaria la escucha del discurso parental, y como es que el psicoanalista media entre ambos combinados y complejos discursos, para ello se propone el siguiente flujo ideal para la intervención clínica:



El esquema propone gráficamente la dinámica que se juega en tanto a la demanda de cura, donde hay un discurso alrededor de la “enfermedad” del niño, el cual infiltra elementos del discurso parental. El padre llega junto con el niño, demandando al analista una cura.

La intervención clínica que llevará a cabo el analista, será al doble, desde el padre y el hijo. La intervención con el padre refiere a una escucha del discurso parental, en donde se tendrá que detectar con agudeza la estructura psíquica predominante en el padre patógeno, esto le permitirá ampliar su escucha ante el discurso, mismo que en la mayoría de las

ocasiones se presentará como un discurso de tipo cerrado. Y he ahí el objetivo de la intervención en tanto a la escucha refiere con los padres, se pretenderá entonces transformar aquel discurso cerrado en un discurso dramatizado; para que a partir de ello se infiltre o deslicen en su decir aquellos significantes que serán puntos importantes en la probable decisión que tomará con posterioridad el padre, alrededor de una búsqueda de su propio espacio de análisis, en donde pueda hablar de su falta.

Por otro lado, se encuentra la intervención clínica con el niño. La cual constará en realizar una escucha del discurso del mismo, para que a partir del mismo pueda el analista hacer uso de la técnica que se propone en esta investigación como herramienta; se habla de la puesta *escénica*, donde una de las primordiales herramientas del analista será la *interpretación* que continuamente hará de aquello que se pone en *escena* con el niño. Esto tiene como fin que se generen nuevas ataduras significantes, ante la coagulación de holofrases tendientes a la creación de fantasmas.

El esquema resume tres posiciones a considerar en la intervención: el niño, el padre y el analista.

El analista habrá de posicionar en cada uno, el discurso correspondiente, sin escindirlo, ya que ante ello el analista tendrá la tarea de mediar, analizar e intervenir.

La apuesta de esta investigación se planteará desde dos sitios, desde: el padre y el hijo.

Desde la intervención con el menor, se trazará una dinámica enfocada en que el niño pueda tener su espacio, mismo donde podrá colocar en escena aquello que habrá venido coagulándose en una holofrase cuya función se reduce a otorgar sentido a eso que circunda a su alrededor y que aparece como un discurso sinsentido.

Palabra que el niño utilizará para aclarar aquello que se presenta sin un sentido aparente para el mismo, la cual dotará de un sentido, con los significantes que tiene, generándose así el misticismo de la holofrase, misma que remite a un fantasma. Este misticismo del cual se habla remite sin lugar a dudas a un goce, a un continuo: *verse en un único espejo*.

La apuesta de la *puesta escénica*, es generar un espacio de reestructuración desde el registro de lo imaginario donde el

analista desde el lugar del Otro, ofrezca los significantes: mirada y deseo, para que el niño escanda el misticismo de la holofrase, generándose así en el fantasma un *guión*, pero no un *guión* inamovible sino un *guión teatral* donde se juegue un *diálogo*, un *guión* que por supuesto no sea impuesto, y único del cual no se pueda salir, ya que de ser así el analista estaría bajo una función o un lugar de bordeamiento, es decir como aquel que coloca límites o bien introduce Ley Nombre-del-Padre sin antes haber generado un espacio confortable donde se genere un play y con ello la seguridad y confianza suficiente al niño para que con posterioridad pueda pasar al símbolo.

Necesario es rescatar como punto medular de la propuesta, la asociación teórica y práctica del Estadio del Espejo con el fort/da, vinculándolo con la *técnica escénica*. La reestructuración imaginaria como punto central a tomar en cuenta en la intervención clínica, llevará a pensar en los siguientes puntos:

1. El play y el game
 2. Asociación entre el estadio del espejo con el fort/da
- Ambos infiltrados por la *técnica escénica*.

Para ilustrar lo anterior, a continuación se resume un caso expuesto por Marisa Punta de Rodulfo.

El caso corresponde a un niño llamado Gustavo, de apenas 6 años, que no tolera situación que implique separación. El niño no puede situarse fuera del espacio del otro, esto trae consecuencias de tipo espacial, Gustavo se confunde entre la derecha y la izquierda, cuestión que como lo apunta, Rodulfo Marisa y Ricardo (1986), contamina el plano de la escritura y de las matemáticas.

Dicho caso lleva a pensar lo conflictivo que resulta para el niño la situación de la separación con el cuerpo materno, el niño no puede construir la diferencia. Pero, ¿Por qué el niño no puede llevar a cabo el proceso de autonomía? ¿Qué hay detrás de la sintomatología de Gustavo? Dicha problemática, puede remitir a una falla aguda en el proceso de fort/da, el niño parece querer permanecer abrochado a la madre. ¿Qué parte del proceso ha fallado?

Gustavo no podía arrojar objetos, pero tampoco podía poseerlos.

La intervención se basó en la puesta escénica a partir de un juego con dos latas unidas que simulaba un teléfono, **unidas**

pero separadas a la vez por un hilo. Juego sugerido por el paciente. El empleo de este par de latas unidas, al cual el niño metamorfosea en juguete, comienza en un mismo espacio, es decir, niño y analista en el mismo cuarto, en un mismo espacio que ofreciera el soporte imaginario necesario y fundamental en el niño para acceder con gradualidad a lo simbólico. Soporte soportado en un deseo por parte del analista.

Rodolfo Marisa y Ricardo (1986), apuntan cuatro transformaciones en la intervención. La primera de ellas, ocurre cuando el niño se va de la habitación sin soltar el teléfono, sale de la habitación y se introduce a otra dejando la puerta abierta. ¿Qué permite que Gustavo se pueda mover? Quizás pueda decirse que el trabajo transferencial llevado a cabo por el analista permita ofrecer los significantes de mirada y deseo como soporte para que en la escena se produzcan los significantes que lo representen.

Una vez que el niño y el analista se encontraban en distintas habitaciones, se generó la segunda transformación, que fue que el paciente cerrara la puerta, sin soltar el teléfono. Es decir, se empieza a generar desde el registro imaginario

infiltrado por lo simbólico, la presencia/ausencia, bajo este modo se comienza a instaurar en el niño lo siguiente: sabe que el otro está aunque no lo pueda ver, pero aún no puede desapegarse en su totalidad, aún no suelta el teléfono, porque esto significa que aún tiene la posibilidad de mantenerse unido aunque sea por un hilo con el otro.

Para la tercera transformación, Gustavo abandona el teléfono. Se pone a dibujar y le pide al analista no moverse de allí, hasta que él llame. El niño cierra la puerta. Se logra percibir los primeros destellos de ingreso a lo simbólico por la reestructuración de lo imaginario. Gustavo puede por fin arrojar el objeto, está seguro ahora que aunque no pueda ver al otro allí estará y no solo se queda en idea, lo pone en palabras. Se ha creado un puente con la cosa, a partir de la palabra.

La cuarta y última transformación, que remite a la efectividad de la puesta escénica: el niño, logra transformar ese juego en otra cosa, soportándose en eso que le ofrece el analista, de principio para poner sus propias reglas y para que con posterioridad pueda introducirse a las reglas del otro. El niño cambia de juego, jugando al almacén dibuja en una hoja la palabra abierto y del otro lado la palabra cerrado. Se ha generado la diferencia, la distancia con el objeto, lo real se

convierte en simbólico. La palabra cerrado denota la instauración del fort, de la ausencia, ¿Por qué? Porque hubo presencia.

La presencia no solo significa estar, significa deseo, mismo que proporciona soporte para que entonces el niño pueda conducirse hacia su propio deseo.

El analista bajo la transferencia permitirá generar un espacio donde se coloquen en *escena* elementos importantes como el hecho de que el niño pueda ser, no ser, hacer y deshacer, colocarse bajo un modo *PLAY*, un play que indicará la imposición de reglas, reglas impuestas por el niño, mismas bajo las cuales el analista habrá de hacerse participe en dicho desborde, con el objetivo de prestar soporte en tanto a función simbólica. En el caso de Gustavo, el juego del teléfono con las dos latas unidas por el hilo, ha sido elección del mismo, en las primeras etapas de transformación es él quien pone las reglas, esto permite que a nivel transferencial se juegue un desborde entre analista y niño generándose así un soporte, que permita el hecho de que el niño pueda con posterioridad salir del play, para introducirse al game, es decir a las reglas del otro.

Gracias a la *puesta escénica* donde se pone en juego los pares opositores (dentro-fuera, arriba-abajo, aquí-allá), se puede allanar el camino hacia lo simbólico.

Dentro del *play*, habrá entonces una reestructuración imaginaria dada primordialmente por los significantes: mirada y deseo; permitirá que la intervención no sea intrusiva. Para lograr que bajo la *puesta escénica* el niño, mediante un proceso de identificación logre posicionarse en un lugar bajo el cual logre percatarse de la diferencia. Mismo proceso de identificación en donde se juega parte de lo que ya se ha abordado durante la investigación, haciendo referencia al Estadio del Espejo, mismo que en la *puesta escénica* sin lugar a dudas se infiltra, y se infiltra en la reestructuración imaginaria. Es necesario que a partir de los significantes que están dando soporte, otorgados por el analista, pueda el niño lograr obtener un punto identificatorio que no le sea intrusivo, que no le sea impuesto; sino todo lo contrario que genere un espacio que permita asimismo confianza para que de este modo el niño bajo dicho soporte pueda con posterioridad lograr percatarse de la diferencia entre el yo y no yo.

La *escena* representa el espejo.

Un espejo que el analista habrá de manejar con extrema cautela, ya que no se trata de confrontar al niño con su imagen, sino más bien el analista bajo la voz de la experiencia, la práctica, el estudio de casos y primordialmente la escucha llevará a cabo dicho proceso del niño de acuerdo con la cadena significativa que proporciona el discurso parental en el decir.

En este inicio de intervención gran parte de ella compromete el soporte que se tiene que llevar a cabo para la reestructuración imaginaria, no obstante mientras avance la intervención de forma gradual a fin de generar un espacio donde la *escena* permita un proceso de identificación, para después generar pequeñas frustraciones al niño; ya que como se ha mencionado: una vez reestructurado el imaginario entonces se puede pensar en un corte, un corte que no es abrupto, sino una introducción gradual hacia el registro simbólico, el cual se verá representado en la segunda etapa de la *puesta escénica*: el *GAME*, donde las reglas ya no provienen del niño, sino más bien son aquellas que corresponden a un sistema social, al lenguaje y a la cultura, misma a la cual ingresará de forma más allanada, no sin sus debidas fallas.

Si bien el pretendido cometido de la *puesta escénica* se va resumiendo con anterioridad, también es necesario que se contemple de forma importante la estructura psíquica hacia la cual apunta el niño tomando como referencia la estructura psíquica materna, esto lleva por ende a pensar en la atadura de significantes particular por parte de los padres.

El fort/da en la práctica clínica será empleado con el sentido de poder hacer ver la diferencia, dotar de uno para poder introducir el opositor y entonces así abrir una brecha que le permita desear al niño.

Los pares opuestos se ven reflejados en la puesta escénica. Fort-da que se ve reflejado en el espejo. Punto medular del trabajo clínico.

¿Qué refiere la imagen, aquella que se refleja en el espejo, en el caso de un niño en psicosis o bien en neurosis grave? En más de las ocasiones podrá referir fragmentación, generando al mismo un estado de terror elevado. ¿Y qué refiere la percepción de una imagen fragmentada generadora de la más pronta huida o nulo acercamiento? Sin lugar a dudas remite a un escaso o nulo soporte desde el registro imaginario, donde aquel otro en su función de Otro no brindó el deseo y la mirada en un punto atemperado, es decir, no

dotar en exceso pero tampoco ofrecer tan escaso de tan mencionados significantes medulares en la estructuración psíquica.

¿Qué ofrece la intervención clínica, enmendando el espejo y por ende la imagen? Ofrece como herramienta la *puesta escénica* donde al niño por principio se le ofrezca un espacio donde el desborde y el play se hagan presentes con la presencia, soporte deseo y mirada de aquel analista que acompaña, escucha e interpreta; para que así durante la reconstrucción del imaginario, pueda darse un proceso de identificación que dote de soporte necesario para que de esta manera el niño pueda enfrentarse de forma gradual a las frustraciones venideras, donde se reflejará sin lugar a dudas el juego de los pares opuestos. Es esta una de las razones medulares y fundamentales para la propuesta de la *técnica escénica* como herramienta en la clínica psicoanalítica infantil.

Es el teatro visto como un espacio donde permitiría al niño atemperar el goce, ante el corte que se hace de la holofrase, posibilitando de esta manera el poder verse en otros espejos bajo la *representación* de otros personajes; el niño descubre

lo que es, siendo otros, permitiendo mirar al otro como semejante a través de la mirada del Otro, porque ese gran Otro ya ha construido un espacio seguro donde lo imaginario le ha prestado soporte para que el corte simbólico no represente una amenaza.

El espacio transferencial donde se juega lo imaginario en combinación con lo simbólico permite al niño experimentar ser, pero no es un intento aventurado el que hace, ya que solamente lo llevará a cabo cuando en el mejor de los casos el analista le otorgue un soporte imaginario y un corte simbólico en un tiempo y forma que corresponderá según cada caso en particular. Este espacio transferencial deberá estar llena de una mirada no intrusiva, para que el niño no se sienta amenazado y de esta forma gestarse un nuevo espacio donde el niño sea y no.

La transferencia involucra la identificación, misma que remite a pensar en las imagos parentales, funciones simbólicas, procesos que lleva a cabo el otro para colocarse en el lugar del gran Otro y así prestar esta imagen como parámetro de construcción del niño, futuro sujeto del deseo. No obstante la identificación también permitirá al sujeto fijar la mirada en ciertos objetos o actividades lúdicas que únicamente denotarán y exhibirán el síntoma del niño, es ahí donde el

analista deberá prestar una atención y escucha fina para saber los momentos de articulación del síntoma o como se entrama en el drama parental que lo hace preso, a fin de localizar y ubicarse en el contexto adecuado para las intervenciones y/o cortes simbólicos que estarán por venir. Esto específicamente se aprecia cuando el niño elige ciertos juguetes, cuando tiene preferencia por jugar ciertas actividades o bien hay inclinación por escuchar tal o cual cuento o canción, etc. la agudeza del psicoanalista deberá reflejarse en las próximas *interpretaciones* de la *interpretación* y *representación* que hace el niño en la *puesta escénica*, donde sin lugar a dudas se pone en juego el malestar que no solo corresponde al infante sino al padre patógeno.

¿Qué es lo importante del propio análisis del analista? El punto de evitar a su máximo grado la contratransferencia, ya que la transferencia que se maneja con los niños, imaginaria y simbólica en un mismo tiempo también tendrá que estar bien delimitada. La preparación y experiencia del analista permitirá que éste identifique puntos importantes donde habrá que hacer escansión, un corte de lo imaginario para que el niño pueda entonces percatarse gradualmente lo que

le corresponde, lo que es de él y lo que no es de él, lo que está adentro y aquello que se encuentra afuera, el yo y no-yo; un fort/da continuo y salutarífico porque ya hubo un soporte fundamentado en un deseo; gracias a la función simbólica de la Otredad.

Por otra parte la participación del analista tendrá que ser contundente y precisa enfrentarse a la situación donde se presente la relación madre-hijo. Ello dependerá completamente de dicha relación. Pareciera que se juegan papeles o *personajes* en diferentes *escenas*, cuyo último objetivo es generar un discurso dramatizado. Si bien el analista puede colocarse en un lugar cuya función sea la del tercero, como en el caso Carola, permitiendo que se muevan cuestiones inconscientes en los padres, que permiten la transformación del discurso cerrado (donde la mirada/lenguaje se enfoca únicamente alrededor del síntoma y/o enfermedad del hijo) a un discurso dramatizado (donde la mirada/lenguaje retorna a sí mismo, es decir, por fin la figura parental puede voltear la mirada hacia su propia historia y así hablar sobre su Edipo, por el por venir de él y de su hijo). Dentro de la transferencia, en el punto importante de la identificación que debe tener el niño con su analista, permitirá

realizar un trabajo con mayor profundidad ya que el mismo además de ser soporte, podrá de igual manera realizar una especie de inversión del espejo, es decir, el niño podrá llevar a cabo la actividad que se pone en *escena*; como se vio en el caso Carla y el trazo de dibujos en sus brazos; bien ella con posterioridad tuvo que encargarse de realizar el trazo en los brazos y manos del analista. Esto abre la posibilidad para que el niño se sujete a ese que lleve a cabo función simbólica de Otredad. Esto no podría ejecutarse si el analista no ha llevado a cabo una buena estructuración desde el plano imaginario, si no se ha encargado de libidinizar y significar al niño, lo cual progresará al grado de que el niño identificado con el analista, se mire primero en el espejo del otro antes de abrir con su ausencia la demanda.

Ello remite sin lugar a dudas a una *escena ficcional*, construida gracias a un soporte transferencial, donde se inventa un saber, un espacio que permitirá el lazo, una intimidad que acerque al niño gradualmente a la inscripción simbólica.

La “enfermedad” del niño, remite a la madre o bien al padre patógeno.

Para ello el analista se dará la tarea de ubicar cual es el lugar que ocupa el niño en el fantasma de la madre.

Que ello pueda modificarse, dependerá en gran medida de dos variables importantes: estructura psíquica materna (mencionado en el esquema del capítulo 4) y por ende en el tipo de discurso parental que maneja, el cual puede ser: Cerrado o Dramatizado, Mannoni (1987)

El discurso cerrado, inmoviliza. Es un relato que no tiene la mínima intención de denunciarse nada alrededor del propio conflicto edípico. Si el analista únicamente es testigo de las palabras de un discurso cerrado, será tendiente a colocarse en un lugar de triangulación y fascinación imaginaria con el padre de familia, de ser lo contrario provocará la huida de los mismos. Este discurso coagulado, únicamente habrá de tener mirada en el niño, tiene un soporte en la enfermedad del mismo, mismo que representa el mal-estar y el Edipo encriptado de los padres.

La escucha que presta el analista como forma de intervención con el discurso parental, permitirá gradualmente la transformación de un discurso cerrado a uno dramatizado.

Esta escucha permitirá a los padres poner en escena lo dicho como tal para que de él emerja ese decir que es el inconsciente mismo.

El que el padre de familia pueda poner en palabras aquellos conflictos que remiten a su propia castración, y que otro en un lugar supuesto al saber le devuelva aquello que había sido escuchado por él, permite sin lugar a dudas un reposicionamiento del lugar frente al falo.

En el momento de remitirse a la estructura psíquica materna se puede vislumbrar que tipo de discurso tendría correspondientemente la estructura obsesiva o histérica, se percibe una especie de sufrimiento.

En el caso de que la estructura psíquica de la madre sea obsesiva genera una especie de adhesión del hijo al cuerpo de la misma, pasando este a ser objeto parcial de la misma, un órgano más de ella; la cual dispone sobre en qué hacer y donde quedará el hijo. Lo que supone que bien una madre con tintes obsesivos de todo a manos llenas, el “don de amor” es ilimitado, todo con el único fin de no perder y mantener el control. Estos cometidos remiten sin lugar a dudas al problema edípico ¿Qué es lo que perdería una mujer con

rasgos obsesivos, al permitirle a su hijo nacer al deseo? De primer momento, le generaría un inevitable voltear a mirar su propia problemática alrededor de la falta, una falta que remite a la imperiosa necesidad de ser mirada por su propia madre (la cual seguramente tuvo rasgos histéricos) y la continua lucha y competencia con el padre y el deseo aparente de aniquilación del mismo, para generar continuas expectativas cada vez mas inalcanzables que permiten bordear o rodear continuamente el objeto, primer objeto amoroso (madre), sin llegar a tocarlo. Solo aniquilando al tercero, la mujer obsesiva podrá aspirar a ser mirada por la madre, deseo de muerte que pondrá en práctica en la vida adulta con todo tercero posible (pareja, trabajo, etc), no permitiendo que haya entrada del tercero, engulléndose al hijo.

Por otro lado, en el caso de una madre con tintes histéricos, el hijo desempeñara un papel de fetiche, encubriendo la falta del Otro, Mannoni (1987). Si bien el cometido del lugar bajo el cual se posiciona el niño en el lugar de fetiche; remite a la negación de la falta, se posiciona en el lugar donde ella detenta el fallo, el hijo será el fetiche representante del fantasma de la falta.

La cura en el niño deviene del cambio y curso de la palabra

parental; es decir, en tanto al curso se refiere en el sentido de conducirlo hacia la propia problemática hablando de los conflictos y fallas edípicas en la castración, lo cual igualmente posibilitará un re-posicionamiento del lugar frente al falo. Y en tanto al cambio, referente a que después de analizado el padre ofrece una palabra/lenguaje diferente al niño.

Gran parte de la dirección de la cura del infante es desde el discurso dramatizado que se logre, cuya relación con la estructura psíquica tanto de madres con rasgos obsesivos como histéricos sufren en el punto específico de perder. Desde la obsesión parece dar a manos llenas, pero particularmente en análisis ¿Qué es lo que tendrá que dar sin buscar alimentar un narcisismo mustio? Dar en el sentido de dar-se a sí misma, significaría soltar al hijo para dejar de absorberlo, perder un poco de control para ganar un discurso que gire en torno a su problemática edípica.

Por otra parte, la madre histérica, que no da más que una mirada parcial, todo lo que tiene nutre un narcisismo que al final propone ser el falo o detentarlo. El hacer que otro hable de sí, evita que ella misma hable sí, lo que le generaría una pérdida, misma que no se puede permitir, porque involucraría saberse en falta lo cual le llevaría a generar un discurso

puramente dramatizado, donde puede poner en escena su falta y la falta de mirada al hijo.

Es por ello que con cada una de las estructuras, el analista debe mantener la escucha, ya que sin lugar a dudas cualquiera de las dos posturas ofrece posibilidad a generar un discurso dramatizado, como también a un discurso cerrado donde solo se reservarán a emitir un discurso sentido como única y aparentemente verdad, anulando de esta manera al analista. Como en el caso de la histeria, dando un sí pero no. “Lo que da acceso al discurso dramático, es la posibilidad que ese sujeto parece tener para asumir una verdad “incluso a riesgo de morir por ello”” (Mannoni, 1987, pp.126 y 127)

Necesario es que el analista no pierda de vista la particularidad de cada uno de los discursos parentales, el peso de la historia y la cadena de significantes correspondiente a cada sujeto, desde este punto varían una serie de objetividades, llevando esto a estipular un número tal vez incierto de entrevistas al padre patógeno.

Una estabilidad en la estructura psíquica materna que pueda proporcionar una relación salúfera de desarrollo psíquico en

el niño, propósito de la orientación de la cura analítica. El trabajo analítico corresponde a delimitar la orientación del discurso, remitiéndose así a pensar en una mujer con tintes obsesivo, cuyo don de amor permitiera dar pero al mismo tiempo tener características histéricas que le otorguen la posibilidad de retirar la libido a tiempo y hacer un corte gradual, es decir, prestar significantes y prestarse al desborde imaginario, para que con posterioridad retire la mirada y entonces atienda el llamado del Otro y siga su propio deseo, colocar un borde gradual, gracias a la entrada Ley-Nombre-del-Padre, que posibilita la conformación del sujeto como contenido y continente, naciendo a su propio deseo, en cuanto se percata que el otro en función de Otro, atiende al llamado del gran Otro.

Pareciera debe existir una especie de atemperamiento del goce entre ambas estructuras que posibilite el nacimiento al deseo del hijo, es por ello que se retoma con tanta insistencia la escucha del discurso parental que si bien no es un análisis, la escucha permitirá que el padre y/o madre hablen de mas, hasta llegar a la palabra que genera una demanda de ayuda. El analista deberá ofrecer una escucha a ambos discursos, no obstante profundizará en la intervención con el niño;

contemplando la importancia y la vinculación cercana que tiene el psicoanálisis con el teatro. Estos dos puntos que convergen de manera cercana, permitirán al analista tener otra noción o alternativa del fundamento teórico-práctico, para mejorar la calidad de la intervención en la puesta escénica.

Fundamental es considerar que el teatro es arte y espacio no es tapón que niega realidades ni juego de superficialidades. Por lo contrario, la idea alrededor del teatro se familiariza con el psicoanálisis en el sentido de que es un espacio vacío donde el sujeto habrá de hablar de sí mismo y de su sufrimiento. Similar al diván, el escenario permite la puesta en palabras y acto aquello de lo que aqueja y mantiene en un mal-estar al niño, aproximándose a un punto referente de sí mismo; donde con la escucha e intervención del analista se pretende hacer caer el síntoma.

En el caso particular de los niños el acto escénico infiere una representación, una puesta de lo que a diario ocurre en la escena familiar y en particular con cada padre y el deseo del mismo colocado en él ¿Cómo interviene el analista? Bajo un enfoque con tintes obsesivos-histéricos donde su principal herramienta será la palabra, el lenguaje y el silencio

permitiendo al niño nacer a su deseo. Permitir que el niño interprete bajo un soporte que proporcione seguridad, donde no se vea amenazado por la posibilidad de ser devorado; es decir, dotar un soporte narcisista para que el niño pueda experimentar ser.

Un error en la intervención sería que el analista se colocara en una postura por completo histérica y entonces bajo elementos contratransferenciales, colocara su deseo en el otro (niño); es decir dando una serie de instrucciones a seguir al niño, un libreto y un guión que escenificar. Lo que se tiene que poner en escena no es el guión teatral en su forma literal, sino entendido el guión como el fantasma, esa holofrase que ha permitido un estatismo, una palabra-frase coagulada que estatiza al menor en un goce. Este goce habrá de interrumpirse bajo un corte simbólico, que implica un orden de lugares a partir de una intervención que involucra una interpretación por parte del analista. Esta interpretación deberá siempre ir dirigida al lugar que le han dado al niño en el deseo o no deseo del Otro. El lugar que el Otro debe ocupar en él para abrir su deseo. No sin antes haber generado un espacio de transferencia imaginaria que permitiera la reestructuración de un primer tiempo del

narcisismo.

A cada niño habrá que dotar y quitar de elementos particulares provenientes de factores tales como los mencionados en relación a la particularidad de historias y cadenas de significantes de cada integrante de la familia. No obstante, a grosso modo se puede otorgar una tentativa forma de abordar a un niño con rasgos psicóticos de tipo presente. En este caso el analista habrá de generar una relación transferencial desde lo imaginario poniendo especial atención primeramente en la escucha de los discursos tanto del padre como del niño, para así poder abordar a cada uno bajo el respectivo flujo que con anterioridad se expuso.

En el caso de la intervención clínica para la reestructuración del registro imaginario, el analista deberá poner especial atención en el juego entre la mirada y el deseo; ya que particularmente con niños que se encuentran bajo una estructura psicótica de tipo presente, se recordará que se encuentran en un lugar donde la mirada es devoradora, la relación imaginaria parece no tener escapatoria. Por lo que la mirada que deberá pretender colocar en escena el analista junto con el niño será de primordial importancia. La mirada con el deseo que se infiltra inevitablemente, deberá ser una

mirada que mire y que permite al niño ser mirado y ser mirada que mire; que mire al otro. Para ello será necesaria una importante intervención tanto a interpretación y juego de mirada con deseo que le permita al niño tener un espacio donde pueda ser y no ser en base a un soporte que confiera vislumbrar un camino más allanado, camino que pueda conducirlo sin miedo al registro simbólico.

En el caso de ser una psicosis de tipo ausente, ya con anterioridad se mencionó la imperiosa necesidad de construcción del imaginario, ya que el niño que se encuentra bajo esta estructura psíquica se recordara que proviene de una madre con una estructura psicótica de tipo presente, en donde sin lugar a dudas se ha quedado atrapada en la célula dual con la madre, no tiene mayor opción que ser eternamente el falo de su propia madre, por ende una madre de este tipo de estructura imposible será que preste mirada y deseo a su propio hijo, por lo que el niño entonces nacerá en carne viva. Y se dice: "carne viva" porque nada de él ha sido dotado de significado.

Queda claro entonces que la intervención clínica con niños bajo una psicosis de tipo ausente, tendrá que ser un trabajo arduo incluso de acunamiento, en donde el analista deberá

permitirse colocarse en un lugar que entregue mirada, deseo para poder significar el cuerpo del niño. Para poder prestar algo de sus significantes y con ello construir por completo el registro del imaginario, a diferencia de lo que sucedería por ejemplo en la intervención con niños en neurosis grave o bajo estructura psicótica de tipo presente, en donde más que una construcción se habla de una reconstrucción, es decir habrá de donde partir. En el caso de niños con psicosis tipo ausente, hay nada, por lo que necesario será construir gran parte de lo que soportara al niño, si es que se aspira a generar la grieta del inconsciente.

Cuando se habla de un niño en neurosis, un niño que coloca en escena la ambivalencia proveniente del estar y no de la madre (exceso de: presencia física - ausencia afectiva) el analista se desbordará con el mismo a efecto de ser presente afectivamente y ausentarse gradualmente, con el transcurso de la reconstrucción imaginaria, que permita gestar a nivel inconsciente en el niño de que efectivamente hay alguien que le mira y que le dota significantes, con base en el afecto, para dar sentido y poder prestar mirada al otro una vez que el narcisismo se instituye con mayor fuerza.

“...el actor obtenga mediante la representación los elementos de identidad” (Azar, 1982, p.39)

La identificación deberá ser sostenida por el conjunto de lenguaje que el analista pone en juego, otorgando con ello un sentido para aquello que al niño no le parece explicable.

La técnica escénica se propone entonces como herramienta que bajo la intervención no solo del analista sino también la de los padres, pueda el niño salir y nacer a su propio deseo. Para ello es necesario que el analista tenga muy claro cuál es la función que se juega en la intervención analítica, y por ende la postura que debe tomar tanto con el padre como con el hijo, primordialmente es en lo que profundizará, que será en la técnica escénica. Deberá tener clarificados puntos medulares de vinculación entre la teoría escénica y el proceso analítico, entre ellos y el más importante: **la interpretación.**

1. **Interpretación:** Término que en teatro se entiende como aquella acción que el actor lleva a cabo al apearse y desprenderse de ciertos papeles asignados. En psicoanálisis, se contemplará bajo dos vertientes: la interpretación de personajes u objetos que llevara a cabo el niño, representar

para así poner en escena su realidad y la interpretación que realiza el analista de la *interpretación* del infante; para que con ello se pueda generar un movimiento a nivel psíquico.

2. **Escena:** En teatro como en psicoanálisis, es un espacio que permite exponer gran parte de la realidad del sujeto. Espacio donde se recrea, coloca, quita, destruye, forma y deforma la realidad con la única intención de poder moldear con un mayor sentido y con libido como con significantes dotados por el analista para un mejor entendimiento de la situación que circunda. La escena como herramienta en la intervención psicoanalítica permitirá la generación de un proceso analítico mediante el cual puedan generarse importantes momentos de estructuración imaginaria de soporte e identificación, basados en lenguaje (mirada-deseo) donde el analista se jugará en el desborde de dicha relación imaginaria con el niño para reestructurar el primer tiempo del narcisismo.

3. ***La concepción del Héctor Azar, respecto al teatro infantil:***

“No llegar a los niños y asestarles preceptivas ni prácticas pseudoteatrales como pedradas que los distraen de su

realidad emocional y hagan de ellos marionetas huecas, estúpidos monigotes ante los aconteceres cotidianos que no llegan a comprender. El teatro infantil nace del propio niño cuando este lo “hace” cuando sale de él con la fluidez de su fantasía y la plasticidad de sus recursos corporales” (Héctor, 1987, p.73)

Azar tiene una propuesta interesante alrededor del teatro infantil. Los niños como pueden colocar ahí, en escena un acontecer pero que no remite a la imposición del deseo del otro en una práctica característica de la estructura histérica. De igual manera menciona lo importante de la puesta escénica para el niño donde bien retoma aquello que aun es incomprendido por el niño que es lo abstracto del adulto.

4. *Teatro como forma de retorno a sí mismos:* Si bien esto remite, compaginándolo con la propuesta desde el enfoque psicoanalítico, precisamente a ese voltear la mirada a lo que realmente acude en los padres, a ese llamado del gran Otro para ir tras su deseo, a ese nudo que cuesta desatar mediante la palabra de un Edipo doloroso, y ahora representando una carga pesada no solo para el padre sino también para el hijo. Esto posibilitará en gran medida que el

niño pueda ir en búsqueda de su propio deseo, una vez que los padres ponen en palabra su sufrimiento esto permite un acontecer en el niño donde ya no cabrá la posibilidad de sacrificarse por el otro, porque ese otro ya puede verbalizar su conflicto y sufrimiento.

CONCLUSIONES.

Las expectativas de los padres al hijo, se resumen en un cúmulo de deseo que entreteje y sutura al mismo, lo inventa. El niño se constituye en base al otro, que hace función de Otro. Ese otro como semejante que realiza la función de Otredad, que le presta mirada. Pero ¿Cómo es que la mujer llega a convertirse en una mujer deseante? Se habla de que por necesidad biológica el ser humano tiene que cumplir con la reproducción, para mantener la especie, no obstante el cuestionamiento será en relación a saber porque el ser humano es distinto al animal y no se deja llevar únicamente por el instinto de supervivencia; es decir, que el ser humano no va directo tras el objeto, como lo hace un animal. Existe una elección misma que será de índole inconsciente.

Ello deriva en el deseo de ocupar un lugar, de ser padre y tener una función en la constitución del sujeto.

Se enfatiza la posición de la mujer, ya que es ella la que en la mayoría de las ocasiones lleva a cabo la función materna esencial para la constitución temprana del bebé. Para que invente al bebé, y lo entreteja en una cadena de lenguaje compuesta de palabras, miradas, gestualidades. No obstante, se genera una inquietud por saber cómo es que la madre

puede desear, de dónde proviene ese deseo. La teoría psicoanalítica da respuesta a ello, en lo que respecta al posicionamiento frente al falo, que quiere decir, que la mujer que ahora es madre a su vez fue hija, y fue constituida por un otro como semejante que ocupó el lugar de Otredad y que bien posibilitó que fuese receptora de una cadena de significantes y lenguaje, transmitidas, que la fueron conformando, mismos que ocupará para facilitar la invención de su ahora hijo. No obstante, no todas las madres, desean porque no todos fueron inventadas de la misma manera, es decir, que existirán casos en los cuales las mujeres no logren ser madres, debido a que la estructura de su propia madre tuvo dificultades para abrir camino al deseo y si bien esta mujer llegara a tener un hijo, el destino del mismo estará condenado a una neurosis profunda o en el peor de los casos a psicosis de presencia o psicosis de ausencia.

La propuesta del trabajo de investigación, apunta al trabajo con dos tipos de estructuras psíquicas en particular, las neurosis y las psicosis de presencia, mismas que tendrán un devenir de acuerdo a la estructura con que la función materna cuenta. En ambos casos existe una falla a nivel imaginario, sin posibilidad de acceso a lo simbólico. No

obstante, las diferencias específicas se marcarán por la calidad de presencia materna, es decir, no bastará únicamente con que exista un cuerpo acompañando a otro cuerpo, sino que se pensará en una presencia de índole significativa, que permita dar al niño una mirada de amor, una palabra, una mujer con deseo que pretenda prestarse en el juego desbordante del niño, para entonces poderle dar algo de esa locura escénica donde por el aire circundan una serie de significantes que suturan, suturan sin saturar, ya que bien, en este caso habrá de referir a un niño que presentará quizás una sintomatología cercana a lo que es una psicosis de presencia. O bien en el polo opuesto, donde el deseo materno es por completo ausente, el niño tenderá a aproximarse a una sintomatología con rasgos pronunciados de psicosis de ausencia. En la elaboración de esta investigación, se dedujo un importante e interesante punto a resaltar para posteriores investigaciones. Ya que, se plantean dos posturas, en tanto a psicosis se refiere no obstante, ¿Qué pasa cuando existe una posición entre las dos que resulta ser de presencia y ausencia?, ¿Hacia dónde se conduce la estructuración psíquica del niño? En el marco teórico se habla de niños que quizás puedan llegar a ser tendientes a la obsesión con tintes de perversión.

Siendo que en el caso de las neurosis, pareciera se presentan fallas agudas en el momento de la relación dual, momentos donde pareciera se queda ahí un fantasma, atrapado en una palabra que el niño toma y que coagula con un significado, la holofrase, fue parte medular de aquello que se presenta como síntoma en el niño. En conclusión, cada uno de los diferentes devenires del sujeto, se pudo observar en la medida de la posición o posesión del falo, lugares donde se permitirá o no la entrada del tercero para que éste pueda esgrimir su título y realizar un corte, corte que permitirá que el niño pueda vislumbrar de forma gradual el camino hacia lo simbólico. Pero ello, únicamente se plantea como una cuestión meramente utópica, ya que el Complejo de Intrusión no siempre sucederá de modo sutil, y he aquí donde cada caso presenta su particularidad, en el hecho de que a saber son toda una gama de significantes que hacen único a cada ser humano.

Es la enfermedad del niño, aquello que habla del silencio de los padres, aquello que no quieren enfrentar que es el complejo de Edipo y temas relacionados con la castración. Parece ser que de forma inconsciente miran al mismo como objeto en el cual depositan aquello encriptado alrededor de

su propia castración. La función del psicólogo tradicional será en la mayoría de las ocasiones atender la demanda de los padres, que llevan al hijo para que el pueda curarlo, tal como si fuese un electrodoméstico descompuesto. Generalmente el psicólogo llevado por la fascinación imaginaria se juega en la dinámica perversa de los padres, para entonces pasar a satisfacer eso que está colocado en un tipo de discurso cerrado.

Esto permitirá que al dejarse engolosinar a nivel imaginario, el psicólogo no se permita escuchar aquello que el niño le está diciendo con su silencio, silencio que no debe dejarse pasar, ya que el niño pone en escena lo que le adolece, similar a lo que sucede con un adulto en el diván a través de la asociación libre, lo mismo sucede con el niño cuando se pone en escena, se deja llevar por el acto de jugar, de representar y escenificar. La diferencia existente entre el análisis de un adulto al análisis de un niño, es que en el primer caso hay material de trabajo en tanto a que el sujeto puede recordar momentos de la infancia, mientras que en el caso del niño, aquellos recuerdos de la infancia que se le piden al adulto, apenas se están construyendo en el niño, por lo que por decirlo así, el material de trabajo es fresco,

abordándose de esta manera como algo reciente y con mayor posibilidad de redirección.

Escena de la cual debe prestar atención, observación y escucha fina, para la función que estará próxima a ejecutar, si es que la intervención se rige bajo enfoque psicoanalítico.

Ya que de otro modo, bajo otro enfoque como el anteriormente mencionado, el gestalt: solo remitirá a la postulación de una serie de órdenes donde se ve infiltrado elementos contratransferenciales, al querer que el niño cumpla el deseo del terapeuta gestalt.

En la puesta escénica deberán jugarse tres posturas, la del discurso parental que llevará a solicitar una demanda de cura para el hijo enfermo, ya que llevan al niño con el analista, para escuchar un discurso alrededor de la enfermedad del mismo, lo cual permite que sigan encriptados los fantasmas que circundan alrededor de los padres, en relación a la castración. Y la tercera postura que es la del analista, en relación a generar una distancia del discurso colectivo, que al final pertenece al discurso parental y al discurso del infante. Una vez posicionado cada uno en su respectivo lugar, la función del analista se propuso se centre en el niño con el objetivo de poder observar y escuchar de manera cautelosa

aquello que pone en escena y que interpreta, para que con posterioridad pueda interpretar el acto, y entonces una vez generada una transferencia de tipo imaginaria, realizar una introducción a nivel simbólico que permita hacer un corte desde este registro. Ello con el objetivo de dotarle de la palabra mágica que otorgara un mejor sentido a aquello que representaba una escena sin sentido o bien darle un significado a “eso” que ocurría.

En resumen, el analista habrá de generar una escena donde se ponga en juego la estructura psíquica del niño, para entonces comenzar a generar la grieta del inconsciente.

Por otro lado, la función del analista, no se detendrá ahí, ya que bien algo tendrá que hacer en relación a los padres, no puede quedarse posicionado en un lugar cuya dinámica es jugarse en la relación imaginaria con los mismos, es por ello que se sugiere el recurrir a abrir la escucha con los mismos, siendo que a partir de ello se amplían las posibilidades de transformar un discurso cerrado a un discurso dramatizado, siendo así que el padre de familia, demande por cuenta propia su propio espacio de escucha y análisis. Esto permitirá en conclusión generar un avance óptimo para el ingreso al campo simbólico del niño.

Es para ello necesario y de total importancia que el analista, haya tenido su propio espacio de análisis, para poder así evitar los atropellos constrastransferenciales tan frecuentes. De igual manera importante será, la aplicación y vinculación de conocimientos relacionados entre la teoría psicoanalítica y la teoría teatral, rescatando puntos importantes tales como:

1. *Interpretación*
2. *Escena*
3. *La concepción del Héctor Azar, respecto al teatro infantil.*
4. *Teatro como forma de retorno a sí mismos:*

Con ello, se concluye parte de esta investigación documental, cuyo alcance es posible, siendo para ello importante el retomar esta investigación como punto de referencia para posteriores estudios, donde pueda realizarse quizás una puntualización más detallada de cómo pueden por ejemplo generarse los primeros bosquejos de un taller teatral, donde se describa con mayor puntuación un espacio, material a utilizar, técnicas a abordar, etc.

REFERENCIAS

Abrego, M. (Enero, 2015). El descubrimiento de Cho. Un ejemplo de intervención psicoanalítica en la clínica infantil. Vitam. Revista de Investigación en Humanidades, 1.51-62

Azar Héctor, (1982). Funciones Teatrales. México: SEP/CADAC.

Evans Dylan, (2007). Diccionario Introdutorio de Psicoanálisis Lacaniano. Buenos Aires: Paidós.

Freud Sigmund, (1909). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. Tomo X. Buenos Aires/Madrid: Amorrortu

Freud Sigmund, (1914). Introducción del Narcisismo. Tomo XIV. Buenos Aires/Madrid: Amorrortu

Freud Sigmund, (1920). Más allá del principio de placer. Tomo XVIII. Buenos Aires/Madrid: Amorrortu

Godino Cabas Antonio, (1980). La función del falo en la locura. Buenos Aires Argentina: TRIEB.

Lacan Jacques, Escritos 1, Siglo XXI

Lacan Jacques, (1984). Escritos 2, Ed. Siglo XXI

Lacan Jacques (1956-1957). Seminario 4. La relación del objeto. Argentina: Paidós

Levin Esteban, (2006). Discapacidad clínica y educación. Los niños del otro espejo. Buenos Aires: Nueva Visión.

Mannoni Maud, (1987). El niño su "enfermedad" y los otros. Buenos Aires: Nueva Visión.

Nasio Juan David, (1996). Enseñanza de 7 Conceptos Cruciales del Psicoanálisis. Barcelona: Gedisa

Nasio Juan David, (2001). Los más famosos casos de psicosis. Buenos Aires Argentina: PAIDOS PSICOLOGIA PROFUNDA

Oaklander Violet, (1992). Ventanas a Nuestros Niños: terapia gestáltica para niños y adolescentes. Santiago de Chile: Cuatro Vientos

Polster Miriam y Polster Erving, (1976). Terapia Gestáltica. Buenos Aires: Amorrortu

Real Academia Española. Disponible:
<http://lema.rae.es/drae/srv/search>

Rodulfo Marisa y Rodulfo Ricardo, (1986). Clínica Psicoanalítica en niños y adolescente. Argentina: Lugar Editorial.

Stavchansky Liora, (2012). Tejiendo la clínica. Entre el niño y el Otro. México: Paraíso Ediciones.

“El niño salvaje” Dir: Truffaut país Francia, año 1970. Basada en hechos reales acontecidos a finales del siglo XVII.